



LA BELLA

y

EL BARÓN

RITMO CARDÍACO



LARISSA DE SILVA

LA BELLA Y EL BARÓN

Plan de vida de la Dra. Ari West, toma 1:

- 1.) Cásate con tu novio de la universidad.
- 2.) Conviértete en pediatra.
- 3.) Ten una manada de preciosos niños propios.

Plan de vida del Dr. Ari West, toma 2:

- 1.) Ver a la basura de su marido abandonarla.
- 2.) Preguntarse qué demonios hacer con su casa vacía.
- 3.) Convertirse en pediatra de todos modos, y al diablo con los hombres.
- 4.) Hasta que el hombre más extraño del mundo entre en su vida, con una deliciosa hija.

A veces las cosas no salen según lo planeado.

Y enamorarse de un hombre a quien sus padres llamaron Oscar Wilde definitivamente no va de acuerdo con el plan.

Pero Oscar, multimillonario de la tecnología y recientemente padre soltero, necesita ayuda. Después de la prematura muerte de su joven esposa, está solo... con una niña pequeña cuya frágil salud lo deja constantemente abrumado, preocupado y necesitando desesperadamente un milagro.

Nunca pensó que su milagro, la renombrada pediatra Dra. West, sería tan condenadamente hermosa.

Aunque Oscar también tiene un plan. Y ese plan nunca tuvo en cuenta el enamorarse de nuevo. Podrían ser perfectos el uno para el otro... o podrían destrozarse el uno al otro, mientras su atracción actual lucha con los fantasmas de su pasado.

Pero Ari está demasiado decidida a rendirse.

Y de una forma u otra... tendrá tanto a la bebé como al barón de la tecnología que está empezando a amar.

LA BELLA Y EL BARÓN

LARISSA DE SILVA

©Larissa de Silva, 2020

Todos los derechos reservados

Este libro está destinado sólo a un público adulto.

Los eventos descritos en esta obra son ficticios. Todo y cualquier similitud con cualquier persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

A menos que conozca a algún hombre como los que se muestran en estos libros. Si sabe de alguna similitud con alguna persona viva, le insto a que me envíe un correo electrónico. Si no es para mí, entonces para la ciencia. O la medicina.

CAPÍTULO UNO

Ari

Sabía que iba a pasar. Lo sabía.

Lo sentí, pero no quería sentirlo. No sabía si era porque vivía en la negación, o sólo porque la idea de que volviera a suceder me asustaba. Pero sentí calambres, y luego, tal vez tres minutos después, había comenzado.

Otro período.

Otro fracaso.

Sabía que Roger tenía que ser la primera persona en saberlo. Él estaba involucrado en esto, tal vez incluso más que yo. Habíamos tenido suerte. No había sido necesario. No habíamos tenido ninguna pérdida todavía. Habíamos empezado a ir a un especialista, pero el proceso de Fertilización In Vitro todavía estaba lejos.

La Dra. Zaphyr había dicho que teníamos suerte de no haber concebido todavía. Ella recomendaba un terapeuta a todos aquellos cuyo embarazo había terminado en un aborto. Después de que nos dijo eso, se quedó mirando. Como si quisiera que le pidiera que le recomendara un terapeuta.

Pero aún no estábamos allí. Lo estábamos intentando, y eso era todo lo que podíamos hacer.

Fui al baño, me arreglé el maquillaje con manchas de lágrimas y me limpié la nariz antes de volver a la sala de estar. Roger estaba viendo la televisión, golf creo, y apenas me miró mientras yo sacudía lentamente la cabeza.

No dijo nada.

—Roger —dije, tratando de evitar que mi voz temblara.

Entonces levantó la vista, y nuestras miradas se encontraron por un largo segundo. —¿Qué?

—Lo siento —dije, aunque me había dicho antes que no iba a disculparme por esto otra vez.

—Tengo mi período.

Miró a la televisión nuevamente. Murmuró algo, pero no pude oírlo.

—¿Qué fue eso?

Me miró otra vez. —Nada —dijo, y luego se enderezó un poco. —No es una maldita sorpresa, ¿verdad? Conociéndote.

Pestañeé. —¿Crees que yo hice que esto sucediera?

Tardó mucho en responder. Cuando oí su voz, ya no estaba en la sala de estar.

El divorcio, me aseguró mi abogado, iba bien. No tenía ningún punto de comparación, nada con lo que relacionarlo, y no estaba particularmente interesado en profundizar en el proceso.

Mientras me quedara con lo que era mío, él podía protestar todo lo que quisiera. Todos mis amigos me dijeron que debería ser capaz de ver lo que había pasado entre nosotros como una bendición disfrazada -no querías realmente un niño con ese tipo, ¿verdad?- pero no se sentía como una bendición. Se sentía como una bofetada en la cara, como si no hubiera logrado escapar de nuestra relación con dignidad.

Él había sido el que presionó por el niño, y yo siempre quise complacerlo, pero me había dado

cuenta de que yo también quería desesperadamente un bebé. Resultó que el divorcio fue un proceso largo e interminable, y aunque una parte de mí se decía a sí misma que era arcaico preocuparme por haber pasado mi mejor momento antes de quedarme embarazada, no podía permitirme ir por ello sola.

Y la idea de encontrar un hombre... no era sólo desagradable. Era tan absurda como la luna hecha de queso.

Sabía lo que tenía que hacer. Tenía que mantener la cabeza baja, seguir haciendo mi trabajo, y preocuparme por eso, y sólo eso. Eso era lo que mi terapeuta me había recomendado. Era gracioso, había terminado pidiéndole a la Dra. Zaphyr una recomendación después de todo.

Por eso seguí yendo al trabajo, aunque cada vez que interactuaba con un niño, sentía una tristeza muy particular e insidiosa. Sabía que no iba a desaparecer, pero si no era capaz de traer a mi propio hijo a este mundo, lo menos que podía hacer era asegurarme de que los niños que me rodeaban fueran tan felices y saludables como pudieran serlo.

—¿Quién es el siguiente en llegar? —Le pregunté a mi asistente, que estaba obedientemente a mi lado.

—Se llama Tatiana Wilde-García. Tiene tres años y medio.

—¿Tres y medio? ¿Para un niño sano? —Le pregunté.

—La familia se acaba de mudar a la zona —respondió Kelly. —Son un poco...

—Espera, ¿entonces esta es su primera visita?

—No para nuestra práctica —dijo Kelly—. Solicitaron otro médico después de ver al Dr. Dayleview por primera vez.

Parpadeé un poco. —¿Dijeron por qué?

—Querían a alguien un poco más... minucioso.

No pude evitar reírme de eso. —Bien, de acuerdo —dije—. Supongo que tendré que hacer un gran espectáculo de esto.

—Sí. El padre está un poco... parece un poco ansioso por la salud —dijo Kelly, su forma educada de decir que este padre iba a ser una pesadilla fuera de lo común.

—Lo entiendo —respondí—. No te molestes en entrar y tomar la historia antes que yo, entonces. Yo me encargaré de eso.

Sus ojos se abrieron de par en par. —¿Está segura, Dra. West?

—Absolutamente —dije—. No quiero que tenga que seguir repitiendo lo mismo, y se hará a la idea de que soy más atento que el Dr. Dayleview, lo cual todos sabemos que no es cierto en absoluto. Sólo quédate conmigo, Kelly, y toma notas detalladas. Podría ser una de esas personas cuya ansiedad se alivia con el conocimiento.

—¿Lo crees?

Le sonreí antes de llamar a la puerta de la habitación cinco. —Quiero decir, honestamente, sólo puedo esperar —respondí en voz baja antes de proyectar mi voz en la habitación—. ¡Vamos a entrar!

Abrí la puerta sin mucho aviso. La niña estaba caminando, mirando el techo, que estaba pintado de colores, y el padre estaba sentado en una silla de plástico, mirándola. No pude verlo tan bien, porque su cara estaba alejada de mí, y estaba encorvado. Pude ver que era alto, porque sus piernas eran tan largas que casi me tropecé con él. Tardó un poco en reposicionarse, mirándome después de lo que parecía una eternidad.

Lo primero que noté en él, aparte de lo alto que era, fue lo cansado que parecía. Había bolsas oscuras bajo sus ojos claros, y aunque parecía que había intentado hacer un esfuerzo con su pelo, estaba claro que había estado a medio camino, en el mejor de los casos. Sus ropas estaban

limpias, pero cuando me arrastré hasta sus pies, noté que sus calcetines no hacían juego.

—Dra. West —dijo mientras se ponía de pie. Extendió su mano hacia mí—. La han recomendado mucho.

Le sonreí mientras estrechaba su mano. Noté lo suave que era su palma, pero las puntas de sus dedos tenían callos y sus uñas eran un poco largas. El apretón de manos fue un poco incómodo antes de que se alejara de mí.

Empecé a hablar. —Así que esta es tu...

—Sí, mi hija —dijo—. Es mi hija, y está enferma, y quiero saber qué le pasa.

La observé un poco. Era una niña tranquila, de tamaño normal para su edad, con grandes ojos y una pequeña sonrisa en su rostro. No decía nada, lo que me sorprendió un poco, pero cuando obtuvo mi atención, sonrió y me saludó.

Sonreí y le hice señas para que se acercara y me arrodillé. —Hola —dije—. Me llamo Dra. West. ¿Cómo te llamas?

—Tati —dijo en voz baja.

—Hola, Tati —dije—. Tu papá me dice que te sientes un poco mal. ¿Puedes señalar dónde te duele?

Sacudí la cabeza y noté que su nariz estaba un poco tapada.

—Bien —dije—. Hazme un favor, ¿vale? Tu papá te va a ayudar a subirme a esta mesa por mí, y luego sólo necesito que te quedes quieta para que pueda ayudarte a sentirte mejor pronto. ¿Puedes hacer eso por mí?

Ella asintió de nuevo. Su padre entró, la levantó y ella sonrió. Antes estaba bien, pero definitivamente parecía estar mejor en sus brazos. Él le devolvió la sonrisa, pero había algo en la forma en que la sostenía.

—Mi asistente va a necesitar que extiendas tu brazo —dijo mientras indicaba a Kelly. —Y la máquina va a apretar tu brazo un poco. Sólo quédate quieta para que no tengamos que hacerlo de nuevo, ¿de acuerdo?"

—¿Oíste eso, Tati? —dijo el padre.

Ella asintió con la cabeza.

—Es tímida —dijo mientras Kelly se ponía a trabajar.

Me giré para mirarlo. —Tiene un pequeño resfriado, pero parece estar bien. ¿Ha tenido fiebre?

—No —respondió—. No hay fiebre.

—¿Alguna tos seca o estornudo?

Sacudí la cabeza.

—¿Qué hay de pérdida del apetito?

—No lo sé —respondió, encogiéndose de hombros. —Es difícil alimentar a un niño pequeño.

—Absolutamente —dije—. Lo entiendo. ¿Está más malhumorada que de costumbre?

Sacudí la cabeza. —No, honestamente, siempre ha sido una bebé muy fácil de llevar —dijo—. Desde entonces... durante los últimos meses, ha estado más tranquila de lo normal.

—Bien —dije—. ¿Así que te preocupa que su cambio de actitud esté relacionado con su salud?

—Oh, no. Su actitud cambió hace un tiempo —dijo, mirándome y levantando las cejas cuando no dije nada. —Su madre murió. Estamos adaptándonos.

Pasé saliva. —Siento mucho su pérdida —dije.

—Gracias —respondió.

—Entonces, ¿ha estado más callada desde entonces?

—No lo sé —dijo—. Ocurrió de repente, y creo que, desde entonces, las cosas no han sido exactamente iguales. Estoy preocupada. Sé que tiene poco sentido, pero parece que de alguna

manera ella es más vulnerable a enfermarse.

Volví a asentir con la cabeza. Tendría que preguntar más sobre la historia familiar, y sabía que probablemente tendría que remitirlo a terapia familiar, pero no podía simplemente dejarlo así. —¿Le molesta si le pregunto qué pasó?

—Cáncer —dijo—. Pancreático. Etapa cuatro en el momento en que fue descubierto.

Nuevamente pasé saliva. —Lo siento mucho. Es horrible.

—Yo también —dijo—. Sólo tenía treinta y seis años. Nunca esperé que criara a mi hija yo solo.

Esperé a que dijera algo más, sobre todo porque no sabía qué más decir.

Me sonrió, un poco triste. —Lo siento —dijo—. No quise hacerte sentir incómoda.

—No lo hiciste —respondí—. ¿Cuándo ocurrió?

—Justo antes de Navidad —dijo.

Asentí con la cabeza y miré la tabla en mi mano, aunque no necesitaba leer nada. —Bueno, es un gran cambio —dije—. Dudo que le afecte físicamente, pero puede que note algunos cambios de personalidad. El duelo es extremadamente difícil para los adultos, y los niños pequeños no pueden decirnos cómo se sienten al respecto.

Asintió con la cabeza, mirando entre Kelly y su hija. —Bueno —dijo—. Estoy haciendo terapia de duelo, y ella está haciendo terapia de juego. No sé si está ayudando.

Volví a asentir con la cabeza. —Lo entiendo completamente —dije—. Es un proceso.

—Gracias —dijo, su expresión se suavizó un poco. Luego cruzó los brazos sobre el pecho. Se lamió los labios antes de empezar a hablar de nuevo. —Creo que el Dr. Dayleview pensó que estaba siendo paranoico, pero sólo quiero que ella esté bien.

—Entiendo —respondí—. Bueno, déjeme examinarla, pero parece una niña feliz y saludable.

Sonrió, pero aún así parecía devastado.

Me incliné antes de que pudiera pensar en ello. —Escucha —dije—. Normalmente no hago esto, pero entiendo que sus circunstancias son un poco diferentes a las normales.

Levantó las cejas.

—Te voy a dar mi número de teléfono personal —le dije—. Enviarme un mensaje de texto es más fácil si tienes alguna pregunta, ¿de acuerdo? Normalmente estoy un poco ocupado para responder. Pero si crees que ayudará...

—Gracias, Doctora —dijo, sonriéndome, y esta vez, se veía un poco mejor—. Se lo agradezco mucho.

—¿Tienes tu teléfono?

—Sí —dijo. Lo sacó de su bolsillo y estaba a punto de darme un teléfono tan grande que apenas cabía en mis manos. Lo abrió primero, antes de dármelo. —Gracias de nuevo. Ha sido tan difícil, tuvimos que mudarnos justo después de que muriera, y ha... ha sido un gran cambio.

—Apuesto que sí —dije mientras veía a Kelly echarme un vistazo—. Bien. Voy a examinar a su hija ahora, de acuerdo, Sr...

—Wilde —dijo—. Pero puedes llamarme Oscar.

Lo miré, parpadeando.

—Está bien —dijo—. Te dejaré hacer una broma sobre ello, ya que eres la médica de mi hija y todo eso.

Me reí. —Me abstendré. Aunque es curioso.

—Una médica muy recomendada, y muy educada —dijo—. No sé qué más podría haber pedido.

—Soy muy competente, Sr. Wilde —le dije, sonriéndole.

—En serio —respondió—. Oscar está bien.

CAPÍTULO DOS

Oscar

—Lo estás haciendo muy bien —le dije a mi pequeña. Ella me miró con esos enormes ojos marrones y frunció el ceño—. La doctora dijo que estás bien y saludable. Siento que tu nariz haya estado congestionada últimamente.

No dijo nada.

—Bueno, supongo que eres muy pequeña para preocuparte mucho por tu estado de salud —dije mientras caminaba con ella hacia mi coche—. Pero te has portado muy bien, y eso merece una recompensa. ¿Qué te gustaría?

Continuó mirándome fijamente.

—Bien, supongo que estás cansado de la doctora —le dije mientras la ponía en su silla en el asiento trasero. Siempre había sido una niña pequeña, y me pareció aún más pequeña desde que Camila murió. Había crecido tan rápido cuando llegó al mundo, pero sentí que la muerte de su madre había proyectado una sombra tan grande sobre nosotros que su pequeño cuerpo no podía seguir creciendo. Sabía que no estaba siendo razonable, sabía que era sólo una extraña conexión que mi mente había hecho, otra cosa sobre la que pensaba que podría tener poder. Otra cosa para discutir con mi terapeuta, supuse, mientras abrochaba el cinturón a Tati.

—Vamos entonces, monito —le dije—. Vamos a llevarte a casa y luego podemos ver a Moana juntos. ¿Qué te parece?

—¡Sí, papá! —respondió, agitando los brazos con entusiasmo. Le devolví la sonrisa, le besé la cabeza y me subí al coche.

No estaba lejos, pero nuestro apartamento estaba en el centro, y había mucho tráfico en el camino. Salí del garaje y seguí esperando en el tráfico. El tráfico era una de mis formas menos favoritas de pasar el tiempo, pero estaba decidida a pasar todo el tiempo que pudiera con mi hija. Me había llevado demasiado tiempo darme cuenta de que el tiempo que había pasado con mi difunta esposa había sido muy poco, muy valioso. No quería parpadear y perderme nada que pudiera ser importante, no con mi bebé.

Solía tener chóferes para hacer este tipo de cosas, para ir por ahí y hacer mis recados, pero ya no. No desde que perdimos a Camila. Había sido duro. Me di cuenta de que todavía había mucha gente que hacía mis tareas por mí, pero eso estaba bien, porque eran las tareas que habrían cortado el tiempo que pasaba con mi hija. Me costó mucho, pero me di cuenta, cuando mi esposa murió, que el tiempo es el bien más valioso. No importa cuánto dinero tengas... debería saberlo... porque el tiempo es un regalo. Cada momento, cada segundo. Incluso cuando no se siente así.

Eso es lo que me dije a mí mismo mientras miraba a mi pequeña en la parte de atrás del coche. Ella estaba durmiendo entonces, muy cansada de su dura cita con la pediatra. Yo también tenía ganas de dormir una siesta, pero tenía que llevarnos a casa antes de poder hacerlo. Tosió un poco, dando vueltas en su sillita. Mi corazón se hundió hasta el estómago. La doctora puede que no haya encontrado algo, pero eso no significó nada. Todo lo que podría haber significado es que ella no estaba allí en el momento adecuado, o que la doctora no vio algo obvio. Eso fue lo que pasó con Camila, así que no vi por qué no podía pasar con Tatiana.

Había una parte de mí que quería volver y que la revisaran de nuevo. Me dije a mí mismo que no fuera paranoico. Esto no era algo que yo pudiera controlar, y no había necesidad de que me

volviera loco. Todavía no. No hasta que la llevara a otro especialista, porque claramente, ésta se había quedado corta.

Fue una pena, porque me había gustado. Parecía inteligente, competente, y como si fuera buena con los niños. Ciertamente era muy buena con Tati. Bueno, había sido buena manejándola, pero no pensé que fuera necesariamente buena en su trabajo. Tati tosió de nuevo y sentí un escalofrío en mi columna vertebral.

El tráfico se había sentido mal antes, pero tan pronto como empezó a toser, pareció reducirse a un goteo. Me pasé todos los semáforos en rojo, un auto al azar me cortó el paso varias veces, y había una larga fila antes de que pudiera entrar al estacionamiento cubierto que estaba paralelo a nuestro edificio. Para cuando la desabroché, me sentí listo para vomitar.

La sostuve cerca, y ella se movió y sonrió. —Hola, papá —dijo. La abracé fuerte. Se rió, pero se retorció en mis brazos. —Estás apretando demasiado fuerte.

Aflojé mi control sobre ella. —¿Estás bien, monito?

—Estoy bien —dijo—. ¿Moana?

—Bien. Vamos —dije. Le besé la parte superior de la cabeza, más que nada para ver si estaba caliente, pero no lo estaba. No volvió a toser, y sentí que mi ansiedad disminuyó un poco. No mucho, sólo lo suficiente para llevarla al ascensor y subir las escaleras. No dijo nada. Parecía estar bien, ni siquiera inquieta o de mal humor. No estaba caliente, no se quejaba, y ya no tosía. Me dije a mí mismo que había estado paranoico. Aun así, saqué mi teléfono del bolsillo y miré el número de teléfono y la tarjeta de contacto de la Dra. West. Me pregunté si su oferta había sido sincera. No quería tener que llamarla, pero no sabía si iba a tener muchas opciones.

—¿Papá? —Tati dijo, mirándome.

—¿Sí, cariño?

—Pareces triste —dijo.

Me mordí el labio inferior, e intenté evitar que llorara. Cada vez que se daba cuenta de lo triste que me veía, hacía todo mucho más difícil. —Estoy bien —dije—. Sólo estoy cansado. Yo también tuve un gran día.

Me dio un abrazo y mis ojos se llenaron de lágrimas. —Veremos la película juntos —dijo, repitiendo como un loro algo que le había dicho un millón de veces. —No ayudará para siempre, pero ayudará un poco, y eso es todo lo que necesitamos.

CAPÍTULO TRES

Ari

—Vamos —dijo Vanessa. Ella me había llamado, lo cual fue sorprendente en sí mismo. Normalmente sólo nos comunicamos realmente por texto. —No te he visto en mucho tiempo.

—Lo sé —respondí—. Acabo de estar...

No estaba segura de qué decir después de eso, pero no tenía que decir nada. Estaba segura de que ella lo entendía. No había necesidad de que yo se lo explicara.

Ella había sido la persona que me había sostenido cuando me estaba desmoronando. Ni siquiera estaba tan molesta por Roger, no lo creía, pero estaba muy molesta porque me dejaba porque no era capaz de darle un hijo. Mi hijo. Como si no estuviera tan molesta como para no poder concebir.

No es que me haya dado muchas opciones. Era terco, y una vez que decidió irse, no había forma de detenerlo. Después de sólo una noche de rogarle que lo reconsiderara, me di cuenta de que habría estado mejor sin él. Habría llegado más lejos en mi carrera. Habría sido más feliz. Y, no quería resentirme con él por esto, pero había una posibilidad de que él fuera la razón por la que no podía tener un hijo. Dejarlo me dio la libertad de buscarlo por mí misma. No fui capaz, no en ese momento, no estaba lo suficientemente bien emocionalmente. No tenía el dinero, ni los recursos.

El divorcio no se sintió sólo como una pérdida, sino como si hubiera renunciado a mi dignidad. Era una tontería, era el siglo XXI, y sabía que no lo necesitaba. Al menos mi cerebro lo sabía, pero mi corazón no parecía estar tan seguro.

No creía haber estado enamorada de él durante mucho tiempo. Nos habíamos conocido en la universidad, cuando ambos éramos niños, y pasábamos la mayor parte del tiempo juntos bebiendo cuando no estábamos estudiando. Ambos éramos personas ambiciosas, y él realmente quería obtener su MBA para poder trabajar con su padre en su compañía inmobiliaria.

No necesitaba ir a la universidad para trabajar en la inmobiliaria, pero quería "elevar la compañía. —Como si no ganara ya millones de dólares. Aunque era inteligente, y así lo hizo. Y cuando me gradué de mi licenciatura, se arrodilló frente a mí en la sala de exalumnos y me propuso matrimonio mientras nuestras familias miraban.

Podría haber dicho que no, supongo. Pero no había nada que me impidiera decir que sí, y eso era lo más importante. Estábamos obligados a estar juntos, tal vez para siempre, y tal vez fue lo mejor. Así se había sentido entonces, cuando éramos desesperadamente jóvenes y completamente inseguros de nuestro futuro.

Ya no éramos tan jóvenes. Pero todavía estábamos inseguros. Al menos yo lo estaba, mientras que él parecía tener todas las respuestas. Él parecía tener todas las respuestas incluso ahora. Cuando me pidió el divorcio, tenía los ojos secos, y si no lo supiera, habría pensado que estaba sonriendo. Pero yo sí sabía que no era así.

Al menos pensé que lo sabía. Esperaba saberlo.

Yo fui la que se mudó. Él era el dueño de la casa, siempre lo fue, y aunque al principio insistí en que mi nombre figurara en la escritura, me convenció. Dijo que no había ningún problema, pero que tampoco había necesidad, así que ¿por qué deberíamos hacerlo? En ese momento, parecía tener sentido. Todo lo que dijo parecía tener sentido en ese momento. Nunca lo cuestioné, porque

no tenía ninguna razón para hacerlo.

Una vez que él empezó a retirarse, lo que sucedió alrededor de nuestro aniversario, yo también empecé a retirarme. No quería ser una de esas mujeres que necesitan desesperadamente pedirle atención a sus maridos. Así que hablábamos, pero sólo sobre cosas prácticas. Como un bebé. Un bebé era práctico, no emocional.

Ahora se había ido, y no había ningún bebé. No había nada más de lo que hablar.

Y no había nadie.

—¿Sigues ahí? —Vanessa dijo. Ella estaba claramente preocupada—. Escucha, si definitivamente no quieres salir, voy a ir.

Miré alrededor en mi pequeño apartamento, que estaba lleno de cajas y poco más. Los de la mudanza habían puesto mi cama y los muebles de mi dormitorio, pero aún no había guardado mi vajilla. La mía. No la nuestra, pensé. —Este lugar no es lo suficientemente bueno para los visitantes todavía.

—Bueno, no soy un visitante. Soy de la familia.

—Es verdad —dije riendo—. Aún así. Me gustaría que tuvieras un lugar donde sentarte.

—Puedo sentarme en el suelo. Podemos pedir pizza y fingir que somos estudiantes universitarias —dijo—. Quiero decir, no creo que sentarme en el suelo de tu apartamento sea lo peor que me haya pasado.

—Imagina —dije, y luego me reí de nuevo—. Es en serio de todas formas. Está bien. Saldré.

—¿Lo harás?

—Sí —respondí, mirando alrededor de nuevo. Intenté encender uno de los interruptores de la luz pero no pude. El pedazo de mierda no parecía funcionar. Suspiré antes de seguir hablando, mirando la bombilla todavía oscura—. Realmente necesito salir de aquí. Por el bien de mi propia salud mental.

—¿Qué tal al de Abby Debbie?

Esperé un segundo. —¿Hay un bar llamado Abby Debbie's?

—Sí. Acogedor está de moda, ¿no lo has oído?

Me reí de nuevo. —Vale. Claro. Lo que tú digas.

—¿Te veré allí? Creo que estás unos minutos más cerca que yo, y no quiero coger mi coche.

—Suena bien —respondí—. Dame una hora, o como cinco, para que pueda estar presentable.

—Basta —dijo—. Eres tan sexy. Tienes que dejar de menospreciarte.

Sonreí. —Sólo sientes que tienes que decir eso porque eres mi amiga. No creo que me haya sentido sexy durante mucho tiempo.

—Bien —respondió ella—. Puedo arreglarlo. Sólo hazte un favor y ponte algo realmente provocativo. ¿Entendido?

—Está bien —dije—. Te veo en un rato.

CAPÍTULO CUATRO

Ari

Vanessa movió sus cejas hacia mí mientras el barman nos traía nuestro último trago.

—Este es como nuestro segundo tequila —dije—. Voy a tener un horrible dolor de cabeza mañana.

Ella asintió sabiamente. —Es bueno que no estés de guardia mañana.

Asentí con la cabeza. —Sí, o esta noche —dije—. Si sigues dándome tragos, ni siquiera sé si podré encontrar el camino a casa.

—No te preocupes por encontrar el camino a casa. Puedes quedarte en la mía, como probablemente debiste hacerlo en primer lugar —dijo. Sostuvo el pequeño vaso de licor y los juntamos—. ¿Listo?

—A nuestra salud —dijo.

—¡A nuestra salud! —Respondí, y bebí el licor tan rápido como pude. Fue realmente horrible. Hice una mueca, manteniéndolo lejos de mi cara—. ¿Cómo es que fuimos capaces de hacer esto tanto como solíamos hacerlo?

—Estábamos aburridas. También éramos estúpidas.

Me reí. —Ojalá pudiera decir que te equivocas. Sólo que no creo que lo estés.

—Lo sé. Y no creo que lo hagamos un hábito, porque puede que no sea médico, pero sé que esto va a ser un dolor de cabeza mañana por la mañana. Literalmente.

—Sólo bebe agua entre cada trago. Eso podría ayudar.

Se rió. —En serio, nena, no creo que haya nada que me ayude. Dios sabe que lo has intentado.

Sacudí la cabeza. Me gustó el bar. Había una banda, pero tocaban en la parte de atrás, donde estaba el escenario, y no había mucho ruido para hablar. Necesitaba hablar con mi mejor amiga, algo de lo que no me había dado cuenta hasta que estuvimos sentadas ahí, en ese bar, usando pequeños vestidos negros.

—No creo que seas tú la que necesita mi ayuda.

Ella asintió. Se volvió hacia la barra y sorbió de su vaso gigante de agua, al que no pude evitar sonreír. Tan frívola como podía sonar, siempre estaba preparada. Ni siquiera había necesitado mi "¿Quieres hablar de ello?"

Me encogí de hombros. —No sé si hay algo de lo que hablar. Se suponía que no debíamos estar el uno con el otro. No creo.

—¿Estás lista para que te diga lo que realmente pienso de Roger?

—Supongo —dije, riéndome—. Aunque siempre me dices la verdad. No veo por qué me lo habrías ocultado en primer lugar.

—Bueno, parecías muy feliz. No iba a interponerme en tu camino —dijo mientras golpeaba sus uñas perfectamente cuidadas en el cristal. El camarero vino, y pidió margaritas para las dos. Se volvió hacia mí y sonrió. —Ahora sé que estabas poniendo una cara valiente. Para ti, para el resto de nosotros, no lo sé. Sabes que yo invito, ¿verdad?

—No podría pedirte que hagas eso.

—Puedes y debes —dijo—. Mira, estuviste ahí para mí cuando mi compromiso se rompió. Me dijiste que no te gustaba, y para ser honesta, te odié un poco por ello.

—¿Lo hiciste?

Asintió con la cabeza, mirando hacia otro lado. —Lo hice. Quiero decir, siempre pareció tener la respuesta correcta, el tipo perfecto, la carrera perfecta. Me molestaba un poco que no estuvieras tan celosa de mí como yo lo estaba de ti.

Me reí secamente. —Ahora estoy celosa de ti. ¿Eso hace alguna diferencia?

—Sí, pero no. Sólo estoy molesta porque no quiero que seas infeliz. Quiero que estés perfectamente bien, para poder estar razonablemente celosa de ti. Ya sabes, como cualquier mejor amiga debería estarlo.

—Te prometo que no hay razón para que estés celosa de mí. Nunca la hubo.

—No estoy de acuerdo. Aunque nunca me gustó tu marido.

—Ex-marido —la corregí—. Además, ¿qué está mal con él? Quiero decir, ahora entiendo por qué no te gustaría. Pero ¿por qué no te gustaba entonces? Era guapo, ganaba buen dinero, y...

—Esas son literalmente las únicas cosas buenas que puedes decir de ese hombre. No dejaba de interrumpirte. Cada vez que hablabas. También lo hacía con otras mujeres, pero sobre todo lo hacía contigo. ¿Alguna vez te diste cuenta de eso?

—En realidad no. Sólo pensé que así era él. Ya sabes, un poco autoritario, pero sobre todo bien intencionado.

Ella asintió sabiamente. Tomó nuestras margaritas del bar, me dio la mía y me mostró una sonrisa. —Si por bien intencionado, quieres decir interesado.

—No lo sé. Supongo que no lo vi así.

—Quiero decir, odio ser quien te diga esto, pero sabes que no eras más que un símbolo de estatus —esperó un segundo mientras yo tomaba un sorbo de mi margarita. Cuando la aparté de mis labios, ella continuó hablando. —¿Verdad?

—No sé lo que quieres decir.

—Deberías. —Vamos, eres la doctora sexy, eres inteligente, eres hermosa, y hay muy poco de ti que una persona al azar no piense que es impresionante.

—No puedo rizarme el pelo —respondí en un punto muerto.

Se rió un poco de eso. —¿Ves? Eso es lo que quiero decir. Inteligente, hermosa y divertida para empezar.

—No sé si soy hermosa. Roger seguía diciendo que podía soportar perder unos kilos, y no se equivoca. No estoy lejos de mi IMC ideal, pero...

—Amiga —respondió ella, poniendo los ojos en blanco. —Contrólate. Sólo porque tengas un poco de carne extra en los huesos no significa que no seas locamente sexy. No quería decírtelo todavía, porque no sé si estás lista, pero hay un grupo de hombres detrás de nosotros que te han estado mirando toda la noche.

Sacudí la cabeza. —Estás inventando cosas —dije—. Estoy segura de que lo estás haciendo. Y para que conste, no estoy lista.

Se inclinó, sus ojos se entrecerraron. —Sólo sé sincera conmigo, Ari —dijo—. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste sexo?

Sacudí la cabeza. Mis ojos estaban muy abiertos cuando le contesté. —No te voy a decir eso.

—Deberías. —Y si definitivamente no lo me cuentas, eso es sólo una prueba más de que necesitas tener sexo.

—No necesito tener sexo. Necesito estar sola, porque necesito averiguar qué quiero hacer con mi propia vida. Quiero decir, te rendiste con los hombres, y eso te está funcionando muy bien. ¿Verdad?

—No me di por vencida con los hombres todas las noches —dijo, con una risa. —No soy célibe, sólo soltera.

—Lo sé. Sólo digo. Tu vida parece bastante genial. Creo que mi vida habría sido mejor sin Roger en ella.

Ella asintió de nuevo. —Tal vez. No hay forma de que lo sepas. Pero créeme, alguien será mejor en la cama de lo que Roger nunca fue.

Levanté las cejas y le sonreí. —Honestamente, eso no va a ser muy difícil.

Ella jadeó. —¡No!

—No quise decir nada. Quiero decir, lo último que quería hacer era humillarlo.

—¿Estás lista para humillarlo ahora? —dijo. Estaba muy cerca de mí y me reí antes de abrir la boca para hablar, pero mi teléfono vibraba en la barra, moviéndose ligeramente y exigiendo mi atención.

Ambos giramos la cara hacia él. Sentí que el corazón se me caía al estómago cuando vi el contacto en mi pantalla. Era Oscar, Oscar Wilde, el tipo con la niña que había llegado justo ese día. Al que, contra todo pronóstico, había decidido darle mi número personal.

—¿Oscar Wilde? —Vanessa fue la primera en hablar. —¿En serio? ¿Quién es esa?

—Un padre —respondí, mi voz temblaba un poco. —Y sí, no le otro puse nombre. Creo que también es raro.

—¿Un padre? ¿Como el padre de uno de tus pacientes?

Asentí con la cabeza. Miré hacia otro lado de mi teléfono, que aún vibraba y se deslizaba por toda la barra.

—¿Vas a contestar? —Vanessa dijo. —Nunca te he visto dar tu número privado antes. Esa niña debe ser un caso extremadamente interesante.

—Es una niña sana —dije—. Sólo que él tiene un poco de ansiedad por la salud.

Ella frunció su ceja, enrollando un mechón de pelo suelto rubio y sucio detrás de su oreja. —¿Así que le diste tu número porque tiene un poco de ansiedad por la salud?

Sacudí la cabeza. —No, no es por la ansiedad de la salud. Es por lo que tiene algo de ansiedad. Es un viudo. Con una niña pequeña, por supuesto que me sentí mal por él. Ella parecía muy sumisa para ser una niña pequeña, también.

—Oh —respondió enderezándose. El teléfono había dejado de sonar para entonces. —Te gusta.

Me sentí ofendida. —No. Nuestra relación es completamente profesional, y así es como debe ser.

Ella asintió de nuevo. —Definitivamente. Por el momento, así debe ser.

La miré. —No termines esa frase. No lo hagas. No estoy lista, nunca va a pasar nada entre nosotros.

—Bien. Bien —dijo Vanessa. —Lo que sea. Pero si le diste tu número, es por una razón. Llámalo. Dile que no puedes ayudar porque has estado bebiendo y luego dale el número de otro médico. Dile que lo sientes, y pronto, todo esto será un recuerdo lejano, y tendrás una historia divertida sobre alguien llamado Oscar Wilde llamándote.

—No podría contestar el teléfono y dejarlo así.

Ella asintió. —Podrías. Pero eso afectaría a tu relación con él a largo plazo —dijo, y luego me guiñó un ojo. —No creo que quieras que sea sólo una anécdota. ¿Verdad?

—Supongo que no —dije después de un rato. —Pero no creo que mi seguro de mala praxis cubra las noches con las chicas.

—Entonces dile que estás borracha y diles que lo sientes —dijo, con los ojos entornados. —Quiero decir, eso es lo que quieres hacer. ¿Verdad?

—Odio esto. Odio cuando sacas a tu terapeuta.

—A tu servicio —respondió ella, guiñándome un ojo. —Voy al tocador. Deberías venir

conmigo; no quieres que los sedientos de esa mesa piensen que estás sola. Y, además, estoy bastante segura de que el baño es más tranquilo.

Puse los ojos en blanco, pero la seguí cuando se levantó. Tenía razón, no iba a quedarme allí sola.

CAPÍTULO CINCO

Ari

Me miré en el espejo, en mi pelo largo y apenas rizado, que realmente no tenía rizos, y en mis ojos, que estaban rodeados de maquillaje brillante. —No puedo creer que me hagas hacer esto —le dije a Vanessa, a través de una puerta cerrada.

—No te estoy obligando a hacer nada —respondió ella. Me siguió hasta el baño y cerró un puesto detrás de ella. —Quieres hacer esto, y vas a hacerlo. De otra manera no le habrías dado tu número.

Hice una mueca. —¿Puedes dejar de ser terapeuta por medio segundo?

—No lo estoy siendo —dijo ella y escuché la descarga del inodoro. —Estoy siendo tu amiga, y estoy muy interesado en averiguar cómo es este tipo.

—Podría tratar de encontrarlo en los medios sociales, pero su nombre es Oscar Wilde.

La oí reír cuando abrió la puerta. —Me estás jodiendo —dijo—. Pensé que estabas bromeando cuando me dijiste que se llamaba Oscar Wilde.

—No, en serio —respondí—. Se llama Oscar Wilde. Eso es lo que está en la ficha de la niña.

Sacudió la cabeza, acercando su cuerpo al mío mientras agarraba su bolso de mano y comenzaba a retocarse el maquillaje. —Tu vida es tan extraña —dijo—. Entonces, ¿qué vas a hacer?

Miré mi teléfono, que pesaba mucho en mi mano. —Voy a llamarlo —dije—. Obviamente.

—Sabía que ibas a hacer lo correcto.

Puse los ojos en blanco. —No puedes ser feliz con esto.

—En realidad, creo que sí. Es agradable ver que te preocupas por alguien, aparte de tus pacientes —dijo, y luego movió las cejas. —Y conseguir lo que quieres.

—Me preocupo por mucha gente. Pronto será uno menos si no me dejas en paz.

Se rió. Presioné la tarjeta de contacto de Oscar en mi teléfono, la puse en el altavoz y esperé. Sonó, dos veces, luego tres veces, luego cuatro, hasta que estuve seguro de que no iba a contestar.

Lo hizo. —¿Dra. West?

—Sr. Wilde —dijo—. Siento mucho no haber podido responder a su llamada, yo sólo...

—Está bien. Lo entiendo. Es viernes por la noche, debes estar ocupada.

Miré a Vanessa que estaba sacudiendo su cabeza vigorosamente. —Normalmente no estoy ocupada los viernes. Normalmente nunca estoy ocupada.

Vanessa tuvo que cubrirse la boca para evitar reírse. Puse los ojos en blanco, sintiendo que mis mejillas se enrojecían. No dijo nada, así que seguí hablando. —Mira, normalmente no me importaría ayudarte, pero estoy fuera con mi amiga y no creo que pueda darte un consejo médico.

—Entiendo. Honestamente, creo que ella está bien, yo sólo...

Vanessa y yo nos miramos. Puso sus manos sobre su pecho y sacó su labio inferior. —Qué triste —me dijo—. Tan triste.

Le hice señas con la mano, dándole la espalda antes de volver a hablar. —¿Qué pasa? —Le pregunté, aunque probablemente no debería haberlo hecho.

—Tiene tos —dijo—. Es leve pero creo que la mantiene despierta, así que está de mal humor. O tal vez tiene mucho dolor y no puede decírmelo porque sólo tiene tres años.

Me mordí el labio inferior. —Lo entiendo. ¿Ha conseguido volver a dormirse?

—No. Sólo estoy dando vueltas por la habitación, probablemente manteniéndola despierta. La llevaría a una sala de emergencias o incluso a un centro de acogida, pero creo que se van a reír de mí. Realmente necesito saber si algo está mal con mi hija, Dra. West.

Abrí la boca para responderle, pero me sorprendió un poco el hecho de que su voz vacilaba cuando hablaba. Realmente parecía como si estuviera a punto de estallar en lágrimas. —Me ofrecería a ir a verla yo mismo —dije, horrorizada por las palabras que salían de mi propia boca. —Desafortunadamente, no creo que esté en condiciones de hacerlo.

Ni siquiera esperó un poco para responder. —Sólo ven. No tienes que tocarla. Literalmente firmaré un documento que te libera de toda responsabilidad, sólo necesito que vengas y me digas si necesito llevar a mi hija al hospital. La última vez no seguí eso y bueno, mi esposa...

Volví a pasar saliva. Me di la vuelta para poder mirar a Vanessa, que de repente estaba muy ocupada mirando su propio teléfono, hojeando páginas y páginas de algo que parecía una foto.

—Bien —dije en voz baja.

Levantó la cabeza para mirarme tan rápido que pensé que podría haberse lastimado el cuello. Frunció el ceño y sacudió ligeramente la cabeza. —¿En serio? —Se puso a hablar.

—¿Puedes enviarme la dirección? —Yo pregunté—. Sólo envíame un mensaje de texto.

—Vale...

No escuché nada más de lo que dijo. Ya había colgado, sobre todo porque no quería tener que echarme atrás. Sabía que, si me quedaba en el teléfono, no habría podido seguir con esto. Era ridículo. No debería ir, no había ningún documento que me liberara de la responsabilidad, y no conocía a este hombre por Adam. No había razón para que le hiciera ningún favor, incluyendo ir a su casa en medio de la noche -aunque en realidad sólo eran las diez- y averiguar si su hija estaba bien o no.

Estaba pensando en eso, inclinada sobre el lavadero, todavía mirando mi reflejo. Preguntándome qué coño pensaba que estaba haciendo.

—No esperaba que hicieras eso.

Le di un puñetazo juguetón a Vanessa en el brazo. —Eres una imbécil.

—Bueno, todo depende de cómo se vea este tipo, ¿verdad?

—No vas a venir conmigo.

—¿Por qué no? Podría ser tu compañera.

Sacudí la cabeza, mirando mi reflejo en el espejo otra vez, y luego abajo a mi teléfono mientras vibraba en mi mano con la dirección de Oscar Wilde. —No necesito que seas mi compinche —dije—. Pero por si acaso, ¿podrías darme el nombre de tu abogado?

CAPÍTULO SEIS

Oscar

No debería haberla llamado.

Lo supe, casi en el momento en que me llamó. No era una emergencia médica, y ya estaba abusando del número de teléfono que me había dado de buena fe. No podía evitarlo.

Tuve que impedirme recoger a Tatiana tantas veces, corriendo con ella por la puerta y hacia el hospital. Sabía lo que era un resfriado. Había sido padre durante años, y aunque la paternidad era mayormente el territorio de Camila, no era malo. Estaba desconectado de todo, tan ocupado con la compañía, tan ocupado con las cosas que pasaban a mi alrededor. Ahora que estaba en sintonía con ello, no podía evitar sentir que había muchas cosas malas. Si nos lo habíamos perdido con un adulto, alguien que podría decirme cómo se sentía, entonces había muchas posibilidades de que me perdiera algo muy malo con mi propia hija.

Pero aunque era quisquillosa, y aunque seguía moviéndose, no parecía sentir dolor. No había fiebre, y su nariz que goteaba, prácticamente se había detenido. Sólo tosía, de vez en cuando, haciendo que su pequeño cuerpo se moviera en su cama cada vez. Sacudía la cama debajo de ella, lo que me sorprendió porque era muy delgada. Hizo que todo se sintiera peor, hizo que pareciera que había algo tan malo porque no debería haber sido capaz de causar tanto impacto en su entorno, porque se sentía como si no lo hubiera hecho si realmente se sentía bien.

Sentí que iba a hacer un agujero en el suelo por mi paso, así que decidí llamarla. No tenía que hacerlo. No había necesidad de hacerlo, me dije a mí mismo. Pero me encontré sacando el teléfono de mi bolsillo, y luego yendo a donde la Dra. West había guardado su información.

Era sólo un favor rápido, y después de eso... bueno, se lo devolvería. Encontraré la forma de devolvérselo, porque no me parece el tipo de favor que podría pagarle en efectivo, incluso si quisiera.

Lo que una parte de mí hizo.

Así que la llamé, aunque sabía que no debía hacerlo. Y cuando no respondió, una parte de mí se sintió aliviada. Una parte de mí que se dijo a sí misma que estaba siendo, por supuesto, ridícula. Por eso no había respondido. Porque no estaba allí para calmar mis ansiedades y porque era viernes por la noche, así que podría haber tenido planes.

Si yo fuera ella, sabía que los tendría.

Me preparé una taza de café en la prensa francesa, y cuando estaba a punto de verter el agua caliente en ella, mi teléfono vibró en la barra de desayuno. Abandoné mi café y prácticamente corrí hacia el teléfono, tratando de mantenerme tranquilo por unos pocos timbres antes de contestar. Me estaba haciendo un favor, y lo último que quería hacer era parecer desesperado.

Eso fue todo. Había aceptado venir, aunque dijo que no estaba a la altura. No esperaba que un médico borracho examinara a mi hija, aunque en realidad sólo parecía un poco achispada. Sólo quería que me dijera si necesitaba llevar a Tati a la sala de emergencias.

Me sentí instantáneamente mejor sabiendo que ella vendría. No del todo porque todavía estaba preocupada por mi hija. Le tomó un tiempo llegar. Por lo menos se sintió como un tiempo. El intercomunicador sonó, y mantuve mi dedo en el timbre. —¿Quién es?

—¿Sr. Wilde? Soy la Dra. West.

—Oh. Cierto —respondí, haciendo todo lo posible para parecer indiferente. —Por supuesto.

Pasa.

—Gracias —dijo. Continué presionando el timbre con el dedo hasta que oí que la puerta se abría y luego se cerraba suavemente.

Sentí que mi corazón no latía rápido y supe que ella estaba en el ascensor, subiendo a ver a Tati. Me sentía un poco nervioso, probablemente, y me sentía un poco culpable por interrumpir sus planes del viernes.

Me dije a mí mismo que no me preocupara por eso. No habría venido si no quería, o si no sentía que era importante. Esto debe haber sido importante lo suficiente como para que interrumpiera sus planes, para que viniera a mi casa, aunque yo fuera prácticamente un extraño.

Las puertas del ascensor sonaron y miré hacia arriba para verla allí de pie. No llevaba el mismo tipo de cosas que usaba para trabajar, esos pantalones y esa camisa abotonada. Llevaba un pequeño vestido negro que abrazaba su cuerpo, mostraba sus curvas, apenas la cubría... no. No debería mirar eso, me dije, y me obligué a mirar su cara, aunque mi instinto era seguir mirando su cuerpo, beber en todas sus curvas.

Me pareció hermosa cuando la vi por primera vez, pero la observación fue poco más que académica. No tuve tiempo de pensar en una mujer tan hermosa cuando estaba tan ocupado y tenía que cuidar de mi hija. Había estado tan envuelto en mi propia ansiedad que no me había dado cuenta de lo llamativa que era, lo magnética que era y lo mucho que quería seguir mirándola.

Me aclaré la garganta. —Gracias por venir, Dra. West.

—Sí, resulta que estaba justo acá al lado. Si hubiera estado más lejos... —se detuvo, y me di cuenta de que estaba mirando a su alrededor. No podía culparla. Mucha gente encontró abrumador entrar en mi apartamento, con el suelo de mármol y las columnas. Me parecieron demasiado opulentas, pero Camila había elegido este lugar antes de que nos mudáramos, e ir a otro lugar hubiera sido como deshonorar su memoria.

—Entiendo. ¿Quieres un café o algo de beber?

No respondió durante un tiempo. Me di cuenta de que no dejaba de mirarme y decidí animarla. —¿Dra. West?

Me miró, con las mejillas rojas. No sabía si era por el alcohol, o si era simplemente por la forma en que la luz artificial del vestíbulo la golpeaba. —Agua. —Por favor. Café también, negro, si tienes.

Asentí con la cabeza. —Por supuesto. Acabo de hacer un poco de café —dije, tomando una taza del escurridor. —Una vez más, gracias por venir. Sé que te he tomado por sorpresa.

—Está bien, parecías angustiado por teléfono, y sólo quiero ayudar.

—Déjame llevarte a su habitación —le dije, cogiendo la taza de café y llevándomela conmigo. —Es la segunda puerta a la izquierda.

—Bien, gracias.

Me acerqué a donde estaba y le entregué el café. Me miró y sonrió. Sus ojos no me parecieron vidriosos, pero me dijo que había estado bebiendo. —Para que quede claro —dijo, mientras nuestra mirada se mantenía. —No tengo intención de examinarla. Sólo estar contigo en la habitación para que puedas tomar una decisión informada sobre tu próximo paso.

—Entendido —dije y le sonreí—. Gracias de nuevo por venir.

—De nada —dijo.

Abrí la puerta de la habitación de Tatiana. La luz nocturna estaba encendida, pero nada más. Estaba dormida, y ya no tosía, y pensé que se veía bien. No pude evitar sentirme un poco avergonzado. —Ella estaba tosiendo antes.

—Parece que está un poco resfriada —respondió—. Si se ha dormido, o está muy cansada o no

se siente tan mal. ¿Qué hicieron hoy?

—No mucho —dije—. Fuimos a tu oficina, que siempre es un evento, y luego nos quedamos a ver películas.

—¿Notaste su tos entonces?

—No. No lo hice.

—Sí. A veces empeora un poco por la noche, sobre todo porque están deprimidos. Pero hay que vigilarla, asegurarse de que descansa mucho y de que tome suficientes líquidos. Y sólo hay una cosa que puedes hacer aparte de eso, desafortunadamente.

—¿Qué es eso? —Dije, mi voz un hilo.

—Esperar, Sr. Wilde —respondió ella—. Tu hija está vacunada, está al día en sus vacunas, y es muy poco probable que esto sea algo más que un resfriado pasajero.

—Bien. —Esperando —dije, mirando a Tati. —Esperar es difícil cuando sientes que tu tiempo con alguien es limitado.

—Tu tiempo no está limitado —dijo, metiendo un mechón de pelo detrás de su oreja y sonriéndome. —Pronto vas a tener discusiones sobre los chicos...

—O las chicas...

—O chicas —dijo, asintiendo con la cabeza. —Y trajes, y música, y notas.

Me reí un poco de eso. —Estoy deseando que llegue.

—Estoy seguro de que lo estás —dijo, apoyándose en la pared de color azul claro. Suspiró antes de hablar. —Va a suceder, ya sabes. Tal vez no de la manera que te imaginaste, pero va a suceder.

Yo también suspiré, apoyado en la pared, a sólo un marco de distancia de ella. —Tienes razón —dije—. La tienes. Todavía no puedo entender todo esto.

Me miró, con una sonrisa todavía en su rostro. —Debe ser duro —dijo, y luego tomó un sorbo de café. —Un lugar como este, tiene que sentirse vacío sin tu esposa.

—Tiene su toque, ciertamente —respondí—. Pero ella nunca vivió aquí. Tuvimos que mudarnos casi inmediatamente después.

Ella ladeó la cabeza, acercando la taza hasta la cara.

—Mi negocio —dije—. Hay un montón de cosas en mi negocio que están en flujo todo el tiempo, y una inversión dio sus frutos, y yo... tenía que suceder.

—Oh.

Suspiré cuando vi que ella todavía me miraba. —Bien —dije, mientras mi mirada se interponía entre Tati y la Dra. West. —No tenía que pasar, pero no sabía si podía seguir viviendo en esa casa. Se sentía vacío. Mi terapeuta me dijo que quería mantener las cosas tan normales como fuera posible para Tati, pero yo, no lo sé. Supongo que estaba siendo egoísta.

—No estabas siendo egoísta —dijo inmediatamente. —Tu hija no sólo necesita normalidad. Tu hija necesita que usted esté lo suficientemente bien para cuidarla. No importa dónde estés.

—Bien —dije—. Al menos tiene un padre.

Me sonrió y se mordió el labio inferior. —Sr. Wilde, debería dar por terminada la noche. Lo último que quiero hacer es imponerme.

Hice un gesto hacia la puerta de la habitación. —Por favor —dije—. Si alguien debe disculparse por imponer, soy yo. ¿Déjame compensarte?

Salió de la habitación de Tati y me miró mientras yo cerraba la puerta suavemente. —No hay necesidad de que lo compense, Sr. Wilde. Te estoy ayudando porque quiero ayudarte.

—Lo sé —dije—. Pero aún así me gustaría que hubiera una forma de pagarte.

Sacudió la cabeza, poniendo la taza en la barra del desayuno. —Realmente hay...

—Mi chofer puede llevarte a casa —le dije, antes de que pudiera terminar. —Técnicamente está de guardia esta noche. Si no quieres tomar el transporte público de vuelta a su casa.

—¿Tu chofer? —preguntó, frunciendo el ceño.

—O puedes quedarte en mi habitación de invitados —dije—. Está muy bien amoblada, y te llevaré a casa por la mañana. Llevas tacones muy altos, es tarde por la noche, y odio admitirlo, porque creo que eres capaz de cuidar de ti misma, pero me preocupa tu seguridad.

—¿Una habitación de invitados?

—Sí —dije—. La puerta se cierra por dentro, hay un baño en la habitación, y no tengo llaves.

—No sé si es una buena idea.

—Entonces déjame al menos llamarte mi...

Cerró los ojos y sus hombros se movieron cuando se estremeció. —Probablemente estoy siendo ridícula —dijo—. Sé que lo soy, pero sería bueno pasar la noche en un lugar que no esté sólo lleno de cajas y cajas.

La miré. —¿Te estás mudando?

—Sí —respondió—. Del hogar marital.

—Oh, tú...

Se pellizcó el puente de su nariz. —Escucha —dijo—. Lo siento, de repente, estoy muy cansada. ¿Te importaría mostrarme el dormitorio de invitados?

No dijo nada más, pero pude ver que había algo más allí. Casi como la idea de que tendría que mostrarle la habitación de invitados antes de que cambiara de opinión.

—Por supuesto —dije—. Es el dormitorio de atrás. Hay un armario allí con algunas ropas que muy raramente uso. Te quedarán muy grandes, pero probablemente sean más cómodas para dormir que...

—¿Este pequeño vestido en el que no puedo respirar?

—Sí —dije, sonriéndole.

Me devolvió la sonrisa, sus ojos brillaban cuando hablaba. —Gracias —dijo—. Realmente lo aprecio.

—Por supuesto —respondí—. Sé que sigo diciéndolo, pero esto es lo menos que puedo hacer.

—No tienes que seguir diciendo eso —dijo, y luego gimió. —Lo siento. ¿Te importa si me quito los zapatos?

Me reí. —¿Todavía llevas puestos los zapatos?

CAPÍTULO SIETE

Ari

No tenía ni idea de qué era lo que pasaba con Oscar Wilde. Era como si estar cerca de él me llevara a tomar decisiones ridículas y tontas. Normalmente era una mujer seria, sensata y orientada a objetivos.

Cuando me desperté en su cama, o mejor dicho en su cama de invitados, estaba desorientada. Sabía que me había quedado a pasar la noche, y sabía que probablemente no era la mejor decisión que podía haber tomado. Pero había estado a salvo, me había sentido segura, y mientras el sol brillaba en la ventana del dormitorio, despertándome, no pude evitar sentirme un poco satisfecha. Definitivamente había algo en esta habitación que hacía que se sintiera más acogedora y agradable que mi propio dormitorio. Tal vez era que no había mucha mierda esparcida por todas partes.

Había sido cuidadosa a la hora de elegir un apartamento para mudarme, pero había cosas que no me gustaban. Una de ellas era lo oscuros que eran los dormitorios. Me gustaba mucho más estar en el dormitorio de invitados de Oscar.

Me pregunté cuánto costaría ser el compañero de habitación de este hombre, e inmediatamente me reí de la idea. Probablemente era mucho más de lo que podía permitirme. Había estado en casas bonitas, pero nunca antes había hecho algo así.

Me levanté de la cama, todavía con una pijama que era tres tallas más grande que yo, y me miré en el espejo encima del armario. No me veía muy bien. No me había quitado el maquillaje la noche anterior, por lo que se me había corrido por toda la cara, y las suaves ondas de mi cabello habían sido víctimas de la gravedad, por lo que mi cabello estaba flácido y liso y demasiado plano. Si alguna vez había pensado que algo iba a pasar entre nosotros, mi decisión de pasar la noche como huésped lo había arruinado. En el momento en que me viera, probablemente querría correr hacia las colinas.

No es que quisiera que pasara algo entre nosotros, me dije a mí misma. Por muy atractivo que fuera, y muy atractivo, estaba claramente indispuerto emocionalmente. Yo también. Ambos estábamos de luto por las pérdidas de diferentes maneras. Diferentes pérdidas, por supuesto.

El suyo parecía muy real, mientras que el mío era de mi propia cosecha. No había comparación. Ambos habíamos tenido mala suerte, al conocernos en el momento equivocado. Nada iba a pasar entre nosotros, porque nada podría. Porque ninguno de los dos estaba preparado. Porque ninguno de los dos lo quería.

Me puse el pelo en un moño, me puse el sujetador y salí al área común con cautela, dando pasos lentos y firmes, un poco más fuertes que de costumbre para que quien estuviera allí pudiera oírme. Podía oler el café tostado y el azúcar, tal vez la harina también.

Bajé las escaleras y miré a mi alrededor, finalmente fijé mi mirada en Oscar que estaba en la cocina, silbando para sí mismo, claramente sin saber que me había levantado y que ahora lo miraba fijamente.

Debió sentir que yo pensaba en él, porque se agarró el cuello y sonrió. —No te he despertado, ¿verdad?

—No lo hiciste. Anoche me quedé dormida de inmediato. Y literalmente me acabo de despertar.

—Es un buen colchón.

—Pensé que era una cama de invitados.

—Lo es —respondió—. Y he dormido en esa cama más veces de las que puedo contar.

Fruncí el ceño.

—El armazón de la cama es nuevo, pero traje el colchón de mi vieja casa —dijo—. Siempre fue mejor que el sofá.

Quería hacer preguntas, pero decidí no hacerlo. Me dolía la cabeza, pero no era tan malo. Despertar había sido más agradable que cualquier otra cosa. Había seguido mi propio consejo y bebido mucha agua; sin embargo, las cosas habían cambiado una vez que había llegado a su apartamento. Dejó de hacer lo que estaba haciendo y se dio la vuelta. —¿Quieres un café? Te ofrecería el desayuno pero no quiero parecer autoritario.

—Café suena genial. ¿Qué hay para desayunar?

Sonrió. —Solía hacer crepes todos los sábados por la mañana.

—¿Todavía lo haces?

—Sí. Para ser honesto, siempre hago demasiadas, así que si quieres algunas...

—Sí —dije—. Sólo si sobran.

—Oh, sí, sobran —respondió. Me sonrió antes de volver a su cocina. —Me alegro de que hayas dicho que sí porque ya hay como seis de estos.

Me reí. —Estoy segura de que a tu hija le gustan.

—Sí, pero no está aquí los sábados. Mi suegra, normalmente pasa los sábados con ella y la recoge básicamente al amanecer —respondió, y luego continuó después de un suspiro. —No quiere perder el vínculo, y dice que es un buen descanso para mí.

—¿Lo es?

Se encogió de hombros. No vi su cara, pero pude ver que estaba frunciendo el ceño. —No lo sé. Sé que mi hija ama a su abuela, y sé que necesito hacerla feliz, y que no puedo confiar en ella para que me haga sentir mejor cuando los días se sienten vacíos.

No he dicho nada.

Hizo un gesto. —Lo siento. Eso fue un montón de compartir en exceso, estoy seguro de que no sabes qué hacer con todo eso.

Me reí un poco en seco. —Sí. —Quiero decir, no sé qué hacer con ello, porque por supuesto que no lo sé. Pero entiendo, por lo que vale la pena. Estoy en medio de un divorcio, las cosas se sienten como si fueran a terminar y luego no, y las cosas son... diferentes para mí en este momento.

Pude ver sus brazos moverse mientras continuaba trabajando en el siguiente crepe. ¿"Tú"? No lo habría adivinado.

—No es exactamente algo que le diga a todo el mundo. No es que esas cosas sean comparables —me apresuré a añadir. —Por favor, no pienses que estoy comparando que te conviertas en viudo con...

—No creí que lo estuvieras —respondió, con su voz suave. —Además, aunque lo estuvieses, sé que mucho de ello no es tan diferente. Aunque todo lo demás sí lo es. No sé, eso no tiene sentido. Es difícil de explicar.

Asentí con la cabeza. —Creo que lo entiendo —dije—. Mi nuevo apartamento, es muy tranquilo también. No dejo de pensar en los días vacíos y en cómo los voy a llenar. Creo que necesito un hobby o algo así, pero hace mucho tiempo que no tengo uno de esos. Es casi como si ya no supiera cómo hacerlo.

Se dio la vuelta, un plato de crepes en la mano, una taza llena de café caliente en la otra mano. —Aquí tienes —dijo—. Y no nos olvidemos del jarabe de fresa.

Me enseñó un poco de jarabe, pero no venía en una botella de plástico. Venía en una de vidrio,

y parecía más cara que una botella de vino de lujo. —¿De dónde lo has sacado? —Le pedí mientras lo tomaba de su mano que le echara un vistazo.

—Francia —respondió, y luego me lo quitó cuando se lo devolví. —Es bueno. Creo que te gustará. Bueno, si te gustan las fresas.

—Me gustan las fresas —dije rápidamente.

—Bien —dijo, y luego agarró un pequeño agitador del estante de madera que estaba a su lado. —Azúcar en polvo, primero. Tiene que seguir cuando esté caliente o el crepe no será tan bueno como podría ser.

Sonreí. —Se ve muy bien. También huele muy bien.

—No se trata de cómo se ve o cómo huele, sino de cómo se siente —dijo con naturalidad, y luego me dio un tenedor. —¿Estás lista?

—Estoy lista —dije.

—Bien —respondió, agitando la botella de vidrio. El jarabe de fresa también olía increíble, y no pude evitar hacer un contento "mm" cuando llegó a mi desayuno. —Ve por ello.

Me miró mientras tomaba un trozo del crepe y lo ponía en mi boca. La tortita era increíble. Era maravillosamente delgada, dulce, y más, e inmediatamente supe que querría más. Bebí un sorbo de café y continué devorando las crepes, sin darme cuenta de lo hambrienta que estaba hasta que mastiqué la comida. —Gracias —dije cuando finalmente logré tragar. —Esto es muy bueno.

—Es con mucho gusto —respondió—. Yo también creo que es bueno.

—¿Eres como un chef o algo así?

—No —dijo, riéndose—. Nada podría estar más lejos de mi verdadera profesión.

—¿Cuál es tu verdadera profesión?

—Soy dueño de una empresa de desarrollo de software.

Lo miré, mientras desayunaba, sin tanta ceremonia como yo. También tomó su café negro, y noté que sus uñas estaban demasiado recortadas en el lecho de las mismas.

—¿Te gusta?

—Sí, me gusta —dijo—. Debido a mi posición, tengo que decidir cuán práctico soy con cada proyecto, que como probablemente puedes imaginar ha sido extremadamente útil el último par de años.

—Bien —respondí—. Mantenerse ocupado debe haber sido... difícil.

—Sí —dijo—. Duro, pero importante. Pero soy como tú. No tengo ni idea de lo que es tener un hobby.

—He oído que es muy saludable —dije, guiñándole el ojo.

—¿Quién dice eso?

—No lo sé —respondí—. Los doctores.

—Suenan como un montón de charlatanes.

—Completamente —dije, asintiendo vigorosamente.

Me sonrió. —Gracias —dijo—. Otra vez. Por venir, y luego por quedarte a dormir. No tenías por qué hacerlo.

—Tampoco tenías que ofrecerme una habitación de invitados.

—No lo hice —respondió—. Pero no hacerlo podría haber sido un poco cruel. Parecías exhausta, y parecía ser enteramente por mi culpa.

—Quiero decir, no te halagues a ti mismo —dije—. Por lo que sabes, ya estaba teniendo una noche muy salvaje.

—No lo eras. Si lo hubieras hecho, no habrías venido.

—Vale, pero no tienes que restregármelo por la cara —dije en voz baja. —Un día, voy a tener

una noche salvaje, y definitivamente no voy a estar disponible entonces.

—Con suerte, no tendré la necesidad de llamarte entonces.

Le sonreí. —Mira, gracias por todo. Probablemente debería irme a casa. Necesito ducharme y prepararme para el día.

—¿Tienes algún plan?

—No. Pero normalmente paso el sábado recuperándome de la semana para poder ir de voluntaria a la clínica gratuita. Hago eso los domingos, y normalmente, estoy ocupada durante la semana. De lunes a viernes estoy ocupada, y a veces estoy de guardia, así que el sábado es mi único día de descanso durante la semana.

Asintió con la cabeza. —Lo entiendo. Deja que me vista y te llevaré a casa. El garaje está cubierto y es privado, así que nadie te verá. Así que no te preocupes demasiado por volver a vestirte, sé cómo es la mañana siguiente.

—¿Lo sabes?

—Bueno, sé que probablemente no te sientes muy cómoda, y ese vestido parecía que iba a estrangularte. Así que, ¿sí?

Me reí. —Gracias. Realmente lo aprecio.

—Sé que lo haces. Dame cinco minutos y me prepararé, ¿de acuerdo?

—Bien. Suena bien.

Diez minutos después, estábamos en su coche. Era un hermoso Tesla, el tipo de auto en el que nunca había estado. Conduje un Honda último modelo y eso todavía me pareció el colmo del lujo, aunque gané mucho dinero. Siempre me pareció raro que los médicos hombres quisieran gastar tanto dinero en cosas que los llevaban de un lado a otro. No quería pasar tanto tiempo en mi coche, así que no entendía por qué compraban los últimos modelos.

—Este es un buen coche —dije mientras miraba alrededor.

—Gracias —dijo—. No quería comprar uno nuevo, pero tengo un amigo que trabaja allí, y lo envié después de enterarse de la muerte de Camila.

Pestañeeé. —Lo siento, ¿tu amigo tiene acceso a Teslas gratis?

—Bueno, no es exactamente gratis —respondió en voz baja. —Pero sí. Él está más o menos a cargo.

Sacudí la cabeza mientras pensaba en lo que había dicho. Me di cuenta un poco más tarde, y susurré lo siguiente que dije. —Me estás diciendo que conoces a Elon Musk.

—Quiero decir, nos hemos conocido en un par de fiestas. No diría que somos mejores amigos ni nada de eso.

—Claro, por supuesto —dije, encogiéndose en el cómodo asiento de cuero. —Sólo lo suficientemente cerca para conseguir un Tesla de duelo.

—Lo siento. No quise nombrar a la gota que colmó el vaso —dijo Oscar, de hecho. —Este mundo es un poco aislado, y olvido que la mayoría de la gente no tiene las mismas experiencias que yo.

Asentí con la cabeza, sin estar segura de lo que debía decir.

—Soy consciente de que soy muy afortunado. Nunca pierdo de vista eso, no importa cómo suene. Pero si alguna vez digo algo que piensas que es ridículo o sordo, por favor házmelo saber. Estoy rodeada de gente que piensa que todo lo que quiero oír de ellos es un sí.

—¿Y tú no?

—No lo hago. De verdad, de verdad que no —dijo, y luego se estacionó en un lugar paralelo y miró hacia mi edificio. —¿Este es el edificio correcto?

—Sí. Lo es —dijo, mirando por la ventana.

Miró por encima de mi hombro, su mirada subiendo y bajando rápidamente. —Esto parece viejo.

—Prefiero historial.

—Estoy seguro de que tu casero también —dijo. Podía oír la sonrisa en su voz. —¿Quieres que te acompañe a tu puerta?

Me reí. —Gracias. Se siente un poco innecesario, pero lo aprecio. Y aprecio que me hayas traído aquí, y también aprecio que me dejaras quedarme en tu habitación de invitados.

—Por supuesto. Una vez más, estoy muy agradecido porque finalmente decidiste venir anoche. Creo que habría vuelto locos a mis vecinos de abajo si hubiera seguido dando vueltas.

Me reí de nuevo, girando mi cuerpo para que estuviera inclinado hacia él. —Me alegro de que hayas llamado. No creo que vaya a ser por mucho tiempo, por si sirve de algo, donde tengas toda esta ansiedad de salud. Parece que te esfuerzas mucho por superarla.

—Lo sé. Sólo tengo miedo de no ser lo suficientemente bueno en ello, y me temo que no voy a ser lo suficientemente rápido. Uno de mis mayores temores es traumatizar a Tatiana, no sólo por la muerte de su madre, sino también por la forma en que actué después —dijo, con la mirada fija en sus vaqueros. Noté que le temblaban las manos y que su voz vacilaba, y que probablemente había sentido que decía demasiado.

Extendí la mano y la agarré. Estaba suave y caliente en mi propia mano, y me estabilicé un poco, mientras empezaba a respirar profundamente. Mi pecho se elevó y bajó.

Me imitó, claramente subconscientemente, y pronto, ambos respirábamos cada pocos segundos, tan profunda y tranquilamente como podíamos. Le tomé el pulso a hurtadillas, y noté que caía lentamente. Exactamente lo que necesitaba después del enorme pico de ansiedad de hace un segundo.

—No creo que tengas que preocuparte por traumatizar a tu hija —dije en voz baja, con su mano aún en la mía. —Creo que sólo tienes que preocuparte por recuperarte, porque una vez que te sientas mejor, podrás ser el padre que quieres ser. Y ya eres un buen padre, así que vas a mejorar aún más. Vas a ser un excelente padre.

—No sabes si soy un buen padre —dijo, sonriendo un poco triste. —En realidad no sabes mucho sobre mí.

Asentí con la cabeza y noté que me agarró la mano y que inclinó la cabeza hacia atrás para poder seguir respirando lentamente.

—No sé mucho sobre ti. Pero esto es lo que sé —dije lentamente. —Tienes una hija, que está bien alimentada, y muy feliz considerando las circunstancias. Aunque eres dueño de una empresa que creo que estás minimizándolo mucho, tu principal prioridad es estar ahí para ella, ser su padre. No tengo que conocerte tan bien para saber que eres un buen padre.

—Si tú lo dices —dijo, igual de callado.

—No, en realidad, es mi trabajo saber esto —respondí, esta vez con un tono más autoritario en mi voz. —Literalmente mi trabajo.

Se giró para mirarme, y nos miramos, sólo nos miramos. Sus ojos eran verdes oscuros con manchas marrones, algo que sólo podía notar ahora. Sus labios temblaban un poco y cuando se inclinó, cuando se acercó a mí, cuando empezó a acercarse a mí, cuando pude oler y sentir su aliento en mi cara, cuando nuestros labios se encontraron, no me alejé. Le devolví el beso, suavemente, tan suavemente como él me había besado.

Se alejó de mí, con los ojos medio cerrados, y sonrió. —¿Está bien así?

—Sí —dije. Se sentía bien, estaba bien, y no quería pensar en ello en absoluto.

Sólo quería sentirlo. Quería sentir su beso.

Cerré el espacio entre nosotros esa vez, besándolo en los labios con más fuerza, poniendo mis manos detrás de su cabeza, enhebrando mis dedos en su cabello. Nos besamos, y seguimos besándonos, y seguimos haciéndolo hasta que sentí que ya no podía respirar, hasta que tuve que alejarme con un jadeo.

Puso un mechón de pelo detrás de mi oreja, y sonrió. —Lo siento, no debería haber hecho eso.

—No hiciste nada —dije, mi voz temblando. —Fui yo.

—No creo que sólo tú.

Seguimos sentados ahí, sin decir nada. Fue el primero en hablar, después de aclararse la garganta. —Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque no debería haber hecho eso.

—Quería que lo hicieras.

—Yo también quería hacerlo —dijo, sacudiendo la cabeza. —Pero honestamente, de verdad, no quiero que nada interfiera con..

—Con el cuidado de la salud de tu hija. Lo entiendo —dije. Mis sentimientos estaban un poco heridos, pero lo entendía. —Ella es lo más importante aquí.

—Sí —dijo—. Pero eres hermosa.

Me reí, mis mejillas estaban calientes y rojas. —Gracias. Pero creo que tienes razón. Esto no es una buena idea, no importa lo bien que se sienta.

—Para una idea, se siente bastante bien —dijo. Sonaba como si estuviera cambiando de opinión, y no creí que fuera una buena idea permitirle hacer eso.

—Lo es —dije, suspirando profundamente. Podía sentir lo pesado que estaba mi pecho, y sentí que estaba a punto de llorar. Estaba siendo ridícula, y sabía que estaba siendo ridícula, pero no creía que pudiera evitarlo. Necesitaba salir de su coche antes de seguir haciendo el ridículo. Y no podía permitir que cambiara de opinión, no cuando había sido tan claro sobre su primer instinto. —Escucha, esto no afectará nada en lo que respecta a Tatiana. Estoy feliz de seguir viéndola, si estás feliz con mi cuidado. Pero tenemos que dejar de vernos. Tienes razón, esto no puede ir a ninguna parte, y no podemos permitirlo.

Asintió con la cabeza y resopló un poco, y por un segundo, pensé que también podría llorar. No quería que se avergonzara, así que abrí la puerta y prácticamente corrí escaleras arriba, agarrando la bolsa de plástico donde estaba mi ropa de anoche. Para cuando llegué a mi puerta, había lágrimas cayendo por mis mejillas.

CAPÍTULO OCHO

Ari

Hice lo que pude para no pensar en Oscar.

Era raro, hacía tanto tiempo que no me gustaba alguien. Definitivamente fue un flechazo, sólo un flechazo, y probablemente uno tonto, también. Sabía que no era nada más que eso. También sabía que tenía que superarlo, porque tenía que seguir tratando de buscar otras cosas. Me había alejado de los hombres después de mi divorcio, y había sido una decisión muy deliberada y resuelta.

Como dijo una de mis amigas, los hombres eran aún mejores cuando no estaban allí todo el tiempo. Al menos eso es de lo que intentaba convencerme. No conocía a Oscar desde hacía mucho tiempo, y ya sabía que era muy diferente de Roger.

Oscar era amable, interesante. Escuchaba cuando yo hablaba, y hasta que Vanessa lo señaló, no me había dado cuenta de que Roger nunca lo hizo.

Pero no importaba cuánto me gustaba Oscar. No había forma de que pudiéramos estar juntos, y aunque la hubiera, no era el momento adecuado. Él seguía de luto por su difunta esposa, y yo seguía tratando de procesar mi divorcio.

Para ser justos, el proceso había sido bastante suave. Estaba casi segura de que era porque Roger ya estaba viendo a otra persona, una chica de 20 años que ni siquiera estaba en la universidad. No me importaba lo suficiente como para entrometerme. Tuvimos un acuerdo prenupcial por insistencia de su padre y me alegró mucho ahora de que lo hubiéramos hecho, aunque en ese momento se había sentido como una bofetada en la cara.

Me dije a mí misma que no me preocupara por los hombres. Había pasado poco más de una semana, y trataba de no pensar en él cada vez que cerraba los ojos. No funcionó. Podía verlo allí, detrás de mis párpados, con su único hoyuelo y sus ojos verde oscuro que brillaban bajo la luz.

Era realmente molesto, y no había nada agradable o dulce en él. Necesitaba ser profesional, eso era lo más importante. Su hija seguía siendo mi paciente, y tenía que honrar eso por encima de cualquier otra cosa. Especialmente por un tonto enamoramiento que no significaba absolutamente nada.

Miré el reloj. Eran casi las 8, casi la hora de cerrar la clínica, y estaba emocionada por ir a casa, tomar un baño y seguir leyendo una novela romántica cuyo final ya conocía. Había visto muchos pacientes, la mayoría adultos, y sus problemas eran variados, y mi cerebro estaba frito. No había dejado de pensar en ello, ni en él.

Eso siempre pasaba el domingo, siempre me pasaba al final del día. Esos eran siempre los días en los que tomaba un poco más de lo que realmente podía hacer. Pensé que podía manejar más de lo que realmente podía. Me levanté y me estiré antes de caminar hacia donde guardaba mi bolso y mi abrigo.

Me estaba despidiendo de todos cuando vi a alguien familiar por el rabillo del ojo. Me blanqueé un poco, inseguro de lo que una persona con tanto dinero hará en una clínica gratuita para gente desfavorecida.

Me excusé y comencé a caminar hacia él con un propósito. —No puedes estar aquí. Estás tomando...

—No estoy aquí para que me vean. Sólo vine a hablar con la administración, y luego me

dijeron que trabajabas aquí, y pensé en saludarte —respondió Oscar, así que tuve que esforzarme con él. —No quería hacerte sentir incómoda. Puedo irme.

Sacudí la cabeza. Me sentí un poco mareada. Por supuesto que no estaba necesariamente ahí por mí, y yo había llegado inmediatamente a esa conclusión sin ninguna razón. No había necesidad de hacerlo. Me alejé de él, tragando. —Lo siento. Fui un poco paranoica —dije. Él no vendría aquí por mí.

—Está bien, lo entiendo. Decidí traer el software a estas clínicas porque tú eras voluntaria en ellas —dijo en voz baja. —En aras de una completa divulgación, no creo que me hubiera enojado si me encontraba contigo. Simplemente no esperaba que sucediera tan rápido.

—¿Así que sabías que estaba aquí?

Sacudió la cabeza. —Dra. West, te investigué. Antes de que llevara a mi hija a verte. Quería asegurarme de que eras la doctora de calidad que buscaba. Noté que en uno de tus archivos en línea decía que eres voluntaria de una clínica, una gratis. Cada año, mi software hace que los servicios hospitalarios sean más fáciles, más eficientes, y algunos hospitales pagan cientos de miles de dólares por ello. Clínicas como esta nunca tendrían acceso. Me pareció que sabías lo que hacías —dijo, y luego respiró hondo. —Y después de tu muy amable favor, quería asegurarme de devolverte el dinero.

Lo miré. —¿Así que esperabas decírmelo?

—Sí —dijo, con una sonrisa todavía en su cara. —Eventualmente. Pero como dije, no me molestaba la idea de encontrarme contigo.

Sacudí la cabeza. —Podrías haber llamado.

—Podría haberlo hecho. No creí que quisieras que lo hiciera.

Aparté la vista de él, frotándome las manos en la blusa. —No lo hice. No lo hago.

—¿Qué clase de hombre sería si no respetara tus deseos?

Me reí de eso, un poco amargamente. —Uno bastante estándar.

Él también se rió, sin humor en su voz. —Te dejaré volver a trabajar.

Lo miré de arriba a abajo. —Espera, acabas de admitir que querías encontrarte conmigo. ¿Y sólo quieres decir adiós?

—Dije que quería encontrarme contigo. No quiero presionarte, especialmente cuando parecías tan segura de que no podíamos ser más que amigos.

Asentí con la cabeza, mirándolo de arriba a abajo. Porque él era el que no había querido llevar esto más lejos, porque era el que priorizaba a su hija. Por una buena razón. No podía tomar su lugar como prioridad y no podía tomar el lugar de su esposa muerta. No podía aprovecharme de él. Ir por este viudo, que resultó ser extremadamente rico, se sentía moralmente mal. Aunque pensara que me quería. Yo no creía que lo hiciera.

Bien. Pero seguramente podemos seguir siendo amigos. Yo pregunté. Odiaba la forma en que sonaba mi voz, como si estuviera suplicando. Incluso cuando intentaba decirme a mí misma que nada de esto importaba, y que necesitaba superarlo.

Se lamió los labios, y luego su mano pasó por encima de mi hombro, como si fuera a ponérmela, pero decidió no hacerlo. La puso de nuevo en su bolsillo, y me pareció que hablaba a través de un cristal cuando finalmente me respondió. —Sí —respondió—. Supongo que eso estaría bien.

—Bueno, no te entusiasmes tanto, asustarás a la gente —dije. Fue una mala broma, pero fue suficiente para hacerlo reír.

—¿Estás ocupada ahora?

—No. Sólo me voy a casa. Trabajo temprano en la mañana —dije.

—Pero hoy trabajas.

—Ya sabes, no hay descanso para los malvados —respondí.

Me miró de arriba a abajo. —Tú no eres la malvada —dijo—. ¿Tienes planes para la cena?

Sacudí la cabeza. —Hay una comida en mi congelador esperándome. Pollo con limón, requesón y espinacas —dije—. Y no lo sabes. Puede que sea malvada.

Se rió. —Eso suena delicioso. Pero, ¿qué tal si te llevo a cenar como amigos? Podemos hablar de negocios si quieres. O podemos hablar de la televisión —dijo—. O podemos decidir lo malvada que eres. Ya sabes, comunitariamente.

Levanté las cejas. —¿Ves muchos programas de televisión? Parece que estás muy ocupado.

—Bueno, cuando dije eso, esperaba que mantuvieras una conversación —respondió, sonriéndome.

Me reí. —Esta va a ser una cena muy tranquila.

—Genial —dijo, moviendo las cejas. —Entonces no tendré la oportunidad de avergonzarme a mí mismo.

—Bien.

—Entonces —dijo, después de un rato—. ¿Qué opinas de los tacos?

CAPÍTULO NUEVE

Oscar

Probablemente no debería haberle pedido que saliera conmigo, pero no pude evitarlo. Era tan hermosa, y me gustaba encontrarme con ella. Quería disfrutar de su compañía por un poco más de tiempo, aunque no me llevara a ninguna parte. Aunque no me llevara a ninguna parte, no importaba lo que yo quisiera.

Entendí lo más importante.

La idea de que pudiéramos ser amigos era agradable, pero no sabía lo práctico que era. Me sentía irremediamente atraído por ella, lo cual era tanto un problema como una bendición. Después de la muerte de mi esposa, había tardado mucho tiempo en sentirme atraído por una mujer, no sólo físicamente, sino de otras maneras. Durante un tiempo, ni siquiera me fijé en las mujeres. Estaba demasiado dentro de mi cabeza, demasiado preocupado por cómo mi hija lo estaba afrontando.

No es que no me sintiera atraído por la Dra. West físicamente. Me atraía mucho, la encontraba extremadamente hermosa, me encantaba la forma en que arrugaba la nariz a veces cuando pensaba en lo que decía, la forma en que su cabello caía sobre sus hombros.

Me encantaban sus curvas, la silueta de su cuerpo, que se grababa en mi memoria al mirarla con ese pequeño vestido negro, el que bien podría haber sido pintado. Podía verla cada vez que cerraba los ojos, un recuerdo tan poderoso que parecía haberse grabado en mi cerebro.

Me dije a mí mismo que no pensara en ello. Tan hermosa como era, tan interesante como la encontré, tan feliz como me sentía cuando estaba a su alrededor, seguía siendo la pediatra de mi hija ante todo. Era quizás una de las mejores pediatras de la ciudad, si no la mejor, así que no iba a poner eso en peligro sólo porque me sentía solo. Sabía que era mejor que eso.

Aún así, no podía evitar desear que no lo fuera. Que fuera otra persona, que nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, y que pudiéramos intentar algo. Pero no pudimos. Y eso fue todo.

Así que íbamos a ser amigos. Tuve que aprender a estar bien con eso, porque me gustaba pasar tiempo con ella como persona, incluso si quería desesperadamente besarla cada vez que miraba sus labios. Entendí que era sólo una urgencia física, probablemente impulsada por el tiempo que he estado solo. Podría ignorarlo. Podría suprimirlo; podría hacer que desapareciera. No sabía cómo iba a ser capaz de hacerlo si ella estaba a mi alrededor.

Me dije a mí mismo que no me preocupara, una vez más. Nuestros límites nunca se habían borrado. Sólo había habido una vez, un beso casto, y no importaba cuántas veces lo hubiera pensado mientras me ponía nervioso, probablemente ella no lo pensó así. En realidad, probablemente no lo pensó en absoluto. Lo cual era bueno, pensé. Era justo como debía ser.

Caminamos juntos después de que la esperé un rato, yendo a un restaurante de tacos a la vuelta de la clínica. Era uno de esos lugares de que parecían salidos de la nada, donde todo está hecho con mucho amor e ingredientes frescos. Ya había comido allí antes, y sabía que era fantástico, pero fue una delicia verla comer, disfrutando de la comida incluso cuando tuvimos que apoyarnos en una farola pública para poder comerla.

Terminó su comida antes de mirarme. —Esto es bueno —dijo, lamiéndose los labios. Desmenuzó el pequeño contenedor de papel con el que venían los tacos y los tiró al cubo de

basura público delante de ella. —¿Cómo es que no sabía que esto estaba aquí?

—No lo sé —respondí—. Soy una especie de fanático de la comida, y esta ciudad está llena de pequeños secretos como este.

—¿De verdad? Nunca pensé que la ciudad estuviera particularmente avanzada en el sector de la comida.

—Es una de las cosas buenas de esto —respondí. Terminé mi propio taco e hice lo mismo que ella había hecho con él, sólo que desmenuzando el papel antes de hacerlo para facilitar el aterrizaje en el cubo de basura. Hice una pequeña reverencia cuando logré meterlo en un solo intento.

Ella aplaudió, y se rió y sacudió la cabeza mientras su expresión se ponía sobria. —Gracias —dijo—. Eso estuvo bien.

—Por supuesto, puedo llevarte a muchos otros restaurantes, si quieres.

Ella ladeó la cabeza. —Dijiste que no eres bueno para tener un hobby.

—Comer no es un hobby —dije—. Es una función corporal. Habría pensado que te enseñaron eso en la escuela de medicina.

—Eso no estaba en ninguno de mis exámenes.

—Yo escribiría a la universidad una carta con palabras fuertes, si fuera tú.

—Me aseguraré de que sepan que es de tu parte, entonces definitivamente comenzarán a examinar a los estudiantes en eso —dijo. Levantó la vista y frunció el ceño. —¿Soy sólo yo, o está lloviendo?

—Podría ser —respondí, y luego miré hacia arriba como ella. Una gran gota de lluvia se me metió en un ojo, y tuve que parpadear desesperadamente para sacarla. —Mierda, sí. Definitivamente está lloviendo.

—Genial —respondió, retorciendo los labios. —Me encanta estar de pie bajo la lluvia, esperando que el autobús llegue en un horario dominical.

La miré.

—Tengo un coche —dijo—. Pero no hay aparcamiento en el centro, sobre todo los fines de semana. Esta es la mejor opción entre dos malas opciones.

Dudé mientras la miraba de nuevo. Estaba absorta en el problema inmediato y no estaba seguro de poder ayudarla. Incluso si me ofreciera a ayudarla. Cerré los ojos. Tenía que dejar de hacer el tonto. Si era cualquier otra amiga, por supuesto que la ayudaría.

Iba a ayudarla. —Puedo llevarte a casa —dije—. Mi coche está aquí, y tu apartamento está de camino a mi casa.

Sus ojos se abrieron de par en par. —¿En serio? ¿Harías eso?

—Por supuesto —dije—. Sería una mierda no hacerlo. Y somos amigos, ¿verdad?

—Sí —respondió, después de un rato. Cuando volvió a hablar, su voz era suave, y tal vez era mi imaginación, pero sonaba incierta—. Somos amigos.

CAPÍTULO DIEZ

Ari

Me llevó a casa. Hablamos del tiempo, de la lluvia, de Tatiana. En realidad no hablamos de mucho más. Era como si ninguno de los dos quisiera romper este hechizo, donde parecía que si hablábamos de otra cosa, de algo más, íbamos a pinchar la burbuja que había en el coche.

Y se sentía como una pretensión. Y tal vez un poco de tensión sexual, pero era difícil para mí decirlo. Este hombre me arrastró y me di cuenta de que yo también lo arrastré, pero también estaba muy preocupado por otras cosas, y no era el momento adecuado. Le había ofrecido mi amistad, y él la había aceptado, sin vacilaciones ni exigencias. Hacía mucho tiempo que no estaba rodeado de hombres que no fueran amigos de pareja, el tipo de personas que Roger y yo solíamos ver en las noches de tenis y juegos de mesa, y recordé que los chicos con los que solía salir en la universidad no se parecían en nada a esto. Dejaron claras sus intenciones y sus intenciones nunca fueron la amistad.

Cuando aparcó justo fuera de mi edificio de apartamentos, parecía que la lluvia estaba empeorando. La tormenta comenzaba a empeorar, y hubo algunos incidentes de relámpagos y truenos hacia donde se dirigía. Antes de salir del coche, me di la vuelta. —¿Está tu hija en casa?

—No, en realidad ella está fuera este fin de semana —dijo, con la tristeza en la voz. —Sus abuelos querían llevarla a Disney World, algo que su madre solía hacer desde que era pequeña. Nunca pude ir cuando estaba viva, y me invitaron a ir esta vez, pero me sentí mal al ir.

Levanté las cejas.

—No lo sé —dijo—. Esto es una tontería, pero sentí que iba a infringir su tradición.

Me mordí el labio inferior. —¿Cuándo regresa?

—Mañana. Mañana por la noche, es cuando llega el vuelo —dijo—. He oído que se lo está pasando muy bien, lo cual es bueno.

—Vale. ¿Así que no hay prisa para que llegues a ninguna parte?

Sacudió la cabeza. —No, y con este tiempo, no creo que vaya a llegar a ninguna parte pronto.

—Deberías entrar a tomar una taza de café —me oí decir. Fue un poco atrevido, tal vez demasiado, pero él ya estaba aquí y yo sólo le devolvía su amabilidad. Al menos lo intentaba. Y preguntarle si quería tomar un café, no significaba nada. Los amigos se daban café entre ellos. —Hasta que la lluvia pare un poco. Probablemente no sea seguro conducir en estas condiciones, especialmente con conductores tan terribles.

—Oh, ¿entonces no fui sólo yo?

—No —respondí, riéndome. —Todos saben que los conductores aquí son malos. Así que entra, espera a que pase la loca hora punta y bebe un poco del café que compré en BOGO en el supermercado local. Probablemente no será tan bueno como el café que tomé en tu casa, pero definitivamente es café.

—¿Estás segura? —Dijo, sonriéndome.

—No lo sé. ¿Por qué no me lo dices? —Dije.

Tardó un segundo en considerarlo, pero pronto estaba asintiendo con la cabeza, sonriéndome. —Sólo hasta que la lluvia mejore. No quisiera imponerme.

—No sería imponerte. Te invité a entrar, y créeme, no te vas a impresionar.

Frunció el ceño, pero antes de que pudiera decir nada, salió del coche, abriéndome la puerta.

Me sorprendió, pero aún así tomé su mano, y salí del coche y me metí en la acera, poniendo mi peso sobre él mientras me apoyaba. Casi me resbalo en un charco, y él me atrapó, y ambos nos reímos. De lo absurda que era la situación, por supuesto. No había nada más de lo que reírse.

No me había sujetado, pero casi lo hizo, y su mano seguía en mi brazo y en mi codo para que pudiera estabilizarme. La lluvia era fuerte, así que ambos prácticamente corrimos dentro, los dos todavía riéndonos como niños. Nunca me soltó, ni siquiera cuando entramos en el pasillo.

La puerta de mi edificio no estaba asegurada, así que empujé y entré inmediatamente en el cálido pasillo seguido de él. Miró a su alrededor, pero yo sacudí la cabeza. —Cuarto piso. No hay ascensor.

—Eso es un crimen.

Me reí de nuevo. —Estoy segura de que es sólo cardio, pero está bien.

Subí las escaleras, seguida de cerca por él. Estaba a unos pasos de mí, y los escalones se enroscaban y eran estrechos, y nuestros zapatos estaban mojados, así que tuvimos que ser muy cuidadosos. Hicieron ruido cuando subimos las escaleras.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, llegamos a mi puerta. La abrí, la empujé para abrirla y sentí que mi corazón empezaba a latir rápidamente en mi pecho mientras crujía en sus bisagras. —Entra —dije—. Me temo que no es mucho, pero es mejor que estar bajo la lluvia.

Me siguió dentro. Miró a su alrededor, y no parecía estar juzgándome, lo cual era una de mis mayores preocupaciones. Sólo me di cuenta de que mientras miraba a su alrededor, no decía nada.

—¿Qué? —Pregunté cuando empecé a quitarme el abrigo. —Puedes quitarte la chaqueta.

—Lo sé —dijo—. No es nada. Sólo me pregunto cómo conseguiste apilar tan bien estas cajas.

Se estaba quitando el abrigo cuando lo miré fijamente. —¿Qué quieres decir? Con cuidado, por supuesto.

Se rió de eso, de forma escandalosa, como si le acabara de contar el chiste más divertido del mundo. Le amarré una ceja, pero estaba moviendo la cabeza cuando me dio su abrigo, que puse en la percha de la sala de estar. Incluso a través de su abrigo, su ropa parecía empapada. Su camisa, que probablemente costaba más que mi alquiler, estaba completamente transparente. Era de un color blanquecino, lo que sólo pude saber por el final de sus mangas largas, y pude ver su pecho y sus abdominales a través de la tela húmeda y fina como el papel. Miré hacia otro lado, haciendo mi mejor esfuerzo para apartar mis ojos de su centro.

Miró hacia abajo y suspiró. —Realmente no pensé que me iba a mojar tanto —dijo. Me di cuenta de que intentaba no reírse, aunque obviamente también estaba molesto.

—¿No es para eso que se supone que es tu abrigo?

Dudó por un segundo antes de hablar. —Si admito algo ante ti, ¿prometes no burlarte de mí?

Moví mi cabeza de un lado a otro. —Te prometo que puedo intentarlo.

—Supongo que eso es suficiente para mí —dijo. Lo miraba en el reflejo del espejo, porque todavía no quería mirarlo, por si me cautivaban sus músculos, aunque no lo veía tan bien. Cuando se mordió el labio inferior, se sintió como un momento privado, como si lo estuviera observando furtivamente, e hizo que mi corazón se acelerara en mi pecho. Me había dado la vuelta y estaba decidida a no voltearme y enfrentarme a él. —Es una especie de chaqueta de moda.

Traté de evitar reírme. —¿Qué quieres decir?

—Es sólo, ya sabes, delgada, y no es muy buena. Sin embargo, creo que se ve muy bien —respondió, después de un rato. Era un bonito abrigo, de estilo militar con botones dorados. No sabía mucho de alta costura, pero sabía que parecía caro. Su mirada estaba fija en sus zapatos, y se parecía un poco a un niño pequeño que había sido sorprendido haciendo algo indescriptiblemente travieso.

Me reí.

—¡Dijiste que no te reirías! —exclamó, indignado.

—No —dije, dándome la vuelta para enfrentarlo y agitando las manos frente a mi cara. —Dije que intentaría no reírme, no que no me reiría. Son dos cosas muy diferentes.

Se quejó. —No debería habértelo dicho —dijo, cruzando los brazos sobre el pecho. Sus brazos, estaban perfectamente esculpidos y bellamente musculados, pero por supuesto, no me había dado cuenta hasta ahora. No hasta que pude ver el material de la camisa pegado a su cuerpo como si fuera papel maché. Entonces todo lo que pude hacer fue mirarlo, y tuve que esforzarme por apartar mi mirada de su pecho y volver a su cara.

—No es de lo que me estoy riendo. Tengo mucha ropa que no es muy útil, pero es muy bonita. Me reía de tu reacción, porque parece que piensas que te voy a juzgar por ello. No es así. Lo entiendo —dije—. Confía en mí, he usado mucha ropa bonita e incómoda. Dicho esto, me preocupa que te resfríes, así que te pediré que te quites la camisa mientras la pongo en la secadora.

Frunció el ceño, mirándome con lo que parecía nada menos que desconcierto. —¿En serio?

—Sí, de verdad —dije—. Un pequeño resfriado no es nada, pero si tienes mala suerte, puede llevar a la neumonía. Y eres una persona muy ocupada, así que voy a hacer una suposición educada aquí y decir que probablemente no serás muy bueno cuidando de ti mismo cuando estés enfermo.

Se rió, sacudió la cabeza y pasó la lengua por los dientes delanteros. —Grosero —dijo—. Completamente exacto, pero aún así grosero.

—Lo sé —respondí—. Ahora dame tu camisa, y ve al baño. Puedes secarte, si quieres, pero te recomiendo una buena ducha caliente.

Parecía sorprendido por eso. —¿Me estás pidiendo que me duche?

—Ayudará —dije—. Pero como dije, sólo una toalla seca servirá.

Lo consideró por un segundo. —Usted es la doctora —dijo, y luego comenzó a quitarse la camisa de su cuerpo. Le llevó un esfuerzo considerable, porque prácticamente parecía que estaba pegada, incluso pintada. Lo observé, lo cual me pareció mal, pero no sabía qué más hacer. No podía ofrecerme a ayudarlo, aunque estaba segura de que tenía las garras para ello.

No. Tenía que dejar que lo hiciera él mismo. Y definitivamente tenía la intención de mirar.

No quería querer mirar, pero sentí el profundo deseo de hacerlo. Podría haber hecho esto en el baño, me dije, pero entonces me habría perdido esto. Continué observándolo mientras se agarraba la parte inferior de su camisa, mientras se la quitaba lentamente de su cuerpo con las uñas, y me quedé mirando. Apenas estaba haciendo surcos en su piel, pero yo quería tocarlo. Quería ayudarlo.

Quería alcanzar y tocar su piel, ver cuán suave era su piel, ver cuán duros eran sus músculos. Pasé saliva, tratando de deshacerme del nudo en la garganta, y traté de evitar sus ojos.

Incluso cuando lo hice, terminé mirando su reflejo en el espejo. Podía sentir que se me hacía la boca agua, lo cual era, por supuesto, ridículo. Continué mirándolo mientras se ponía la camisa en la cabeza, sosteniéndola en su mano y buscándome con su mirada.

Se aclaró la garganta. —Dra. West...

—Probablemente puedas llamarme Ari —dije, a través de los dientes apretados.

Hizo una pausa por un segundo. —¿Estás segura?

—Estás sin camisa en mi sala de estar —respondí con una sonrisa. —Creo que ya hemos pasado de los honoríficos.

Se rió. —Mientras dejes de llamarme Sr. Wilde —dijo, y luego se detuvo un segundo—.

¿Dónde...?

Me di la vuelta y me entregó su camisa empapada. Nuestras manos se tocaron durante una fracción de segundo mientras me la entregaba, y nuestras miradas se encontraron durante unos segundos. Ni siquiera la agarré.

Intentó dármele, pero se me cayó en el suelo alfombrado. —Mierda —dije en voz baja. Me arrodillé para cogerla, y él lo hizo al mismo tiempo. Ambos nos miramos y nos reímos.

—Tengo que poner esto en la secadora —dije.

—Bien —dijo—. Por supuesto. Quiero decir, podría...

—No necesito que tú...

—Si yo...

Seguimos hablando en frases superpuestas, ninguno de los dos fue capaz de sacar una frase coherente, hasta que se echó a reír. Lo miré fijamente, con una sonrisa todavía en mi cara.

—Esto es ridículo —dijo, mordiéndose el labio inferior.

—Completamente —respondí—. Absolutamente...

No me dejó terminar. Me impidió hablar besándome en los labios, con sus manos en mi nuca, sólo por un rato. El beso no duró mucho tiempo, pero cuando se alejó de mí, sentí que el aire había desaparecido por completo de la habitación.

Cerré los ojos.

Sentí la voz sin aliento de Oscar. —Lo siento, yo...

Abrí los ojos de nuevo y sacudí la cabeza. —No —dije—. No, no creo que debas disculparte.

Asintió con la cabeza y vi cómo su nuez de Adán se movía por su garganta mientras tragaba. —Bien —dijo—. Está bien.

Me besó de nuevo, con su mano pegada a la parte posterior de mi cabeza. Podía sentir su respiración en mi piel, y su lengua luchaba contra la mía, y mi corazón latía rápido y fuerte en mi estómago. Los dos estábamos todavía agazapados, todavía cerca de su camisa mojada, y si no me hubiera dejado llevar por el momento, habría pensado en lo ridículo que era todo.

No lo hice. No pensé en nada más que en la forma en que su mano se sentía sobre mí, la forma en que sus labios se sentían sobre los míos, cuán cálido y perfecto era, y cuando se alejó de mí, cuando se puso de pie, cuando extendió su mano hacia mí, lo habría seguido a cualquier parte.

Me cogió la mano y me ayudó a levantarme. No me di cuenta de lo tambaleante que me sentía, incluso cuando me levanté, y cuando lo hice, él sonrió. Me puso un mechón de pelo detrás de la oreja y me mostró una gran sonrisa.

—Eres tan hermosa —dijo. Se acercó a mí de nuevo, cerrando el pequeño espacio que había entre nosotros, y mientras me besaba, me rodeó la cintura con el brazo y me tiró hacia él. Gemí en silencio mientras me besaba en los labios otra vez. Era amable, pero podía sentir la desesperación detrás de sus besos, incluso mientras se balanceaba. Sus músculos estaban presionando mi propio cuerpo, y podía sentir su erección incluso a través de la tela de sus vaqueros.

Se apretó contra mí con más fuerza, gimiendo un poco al alejarse de mi cara. Me puso un mechón de pelo detrás de la oreja y me besó de nuevo en los labios antes de hablar. —¿Quieres llevarte esto a la cama?

—Sí —respondí sin aliento. —Sí, por favor.

Se rió. Era hermoso, aún más hermoso cuando reía, y podía sentir un cosquilleo en todo mi cuerpo cuando me tomó la mano de nuevo, dejándome guiarlo hacia mi dormitorio. Abrí la puerta, y luego ambos caminamos lentamente hacia mi cama. Él me dejaba marcar el ritmo y había una parte de mí que no podía creer que esto estuviera sucediendo. No quise tomarme ni un segundo para cuestionarlo, porque al cuestionarlo sentía que iba a romper el hechizo.

Cuando llegamos a mi cama, lo empujé sobre ella juguetonamente, y cuando estaba sentado, empecé a besarlo. Me incliné mientras lo besaba, mi corazón seguía latiendo tan rápido que sentí que me iba a desmayar, sus manos firmemente en mi cintura, su respiración agitada e irregular.

—Joder —dijo—. Quiero...

No tenía que terminar la frase. Sabía lo que quería, yo también lo quería. Lo quería más que nada. Me puse encima de él, y me bajó la cremallera de la falda por detrás. La deslizó por mis piernas, hasta que estuvo en su regazo, y luego puso sus manos justo debajo de mi trasero y se puso de pie, sosteniéndome en el aire con mis piernas todavía firmes alrededor de su cuerpo.

—Eres tan sexy —dijo—. Quiero verte toda.

Mientras decía esto, me depositó en la cama. Lo hizo suavemente, despacio, y luego, cuando yo era la que estaba sentada, se inclinó y enroscó sus dedos alrededor de la parte inferior de mi blusa. Me la quitó lentamente, pasando las yemas de los dedos por mi piel mientras lo hacía, enviando un escalofrío por mi columna con cada toque, con cada respiración. Yo estaba frente a él, usando sólo un sostén y calzones que no combinaban. Se tomó un segundo para beberme, sus mejillas se enrojecieron y se lamió los labios.

—Mierda —dijo, más a sí mismo que a mí.

Se arrodilló en el suelo y esperé hasta que estuvo tan cerca de mis piernas que sentí su aliento en mi piel. Hubo un segundo en el que me preocupé, porque no estaba preparada. Debí haberme preparado para esto, si hubiera pensado que algo así iba a suceder, pero no me había afeitado las piernas, ni ninguna otra parte de mí. Lo había visto como una de las ventajas de estar divorciado. Ahora no parecía una ventaja, pero él ni siquiera parecía darse cuenta. Me besó, despacio, suavemente, espaciando sus besos para que yo pudiera sentir su suave y cálido aliento en mi piel.

Cuando llegó al espacio entre mis piernas, se detuvo un segundo y me miró. Había una pregunta silenciosa en sus ojos, que respondí asintiendo con la cabeza. Me agarró las bragas y empezó a despegarlas de mi cuerpo. Cuando estaban en el suelo, me miró, mostrándome una gran sonrisa, y luego me besó las piernas de nuevo, empezando de nuevo desde el suelo.

Gemí, tanto en la desesperación como en la anticipación. Estaba tan excitada que sentí como si todo mi cuerpo palpitara. Sentí que me iba a desmayar, como si cada vez que se acercara mi parte más íntima, sólo su aliento sería suficiente para hacerme tener un orgasmo.

Sentí como si me hubiera hecho esperar para siempre, pero no pudo haber sido tanto tiempo. Finalmente metió su cabeza entre mis piernas, y luego se puso a trabajar, primero lentamente, con su lengua jugueteando sobre mi clítoris, y luego más rápido, con más determinación, presionándome y alejándose de mí mientras yo sostenía la parte posterior de su cabeza con una mano desesperada y temblorosa.

Se alejó de mí cuando estaba a punto de llegar, lo que debió ser obvio porque mis muslos habían empezado a temblar, todo mi cuerpo había empezado a temblar. Se levantó, se inclinó, se lamió los labios, y luego me dio un profundo y apasionado beso que parecía durar para siempre. Eso podría haber durado para siempre.

—Quiero estar dentro de ti —dijo, su voz profunda y grave, su mano bajo mi barbilla, inclinando mi cabeza hacia arriba. —¿Es eso lo que quieres?

—Sí. Sí, es lo que quiero.

Me sonrió, me besó la punta de la nariz, y se colocó de tal manera que su cuerpo quedó en ángulo justo entre mis piernas. Le habría ayudado, pero ya estaba temblando, y mis manos se clavaban en la colcha debajo de mí, dejando marcas que pensé que podrían ser permanentes por lo fuerte que estaba agarrando. Se desabrochó los botones del jean y abrió la cremallera, y aunque ya había sentido su erección antes, no estaba preparada para lo impresionante que iba a ser.

Respiré profundamente, sólo mirándolo, bebiéndolo. Era tan hermoso, y todo mi cuerpo ya temblaba cuando agarró su increíblemente dura polla y se acercó a mí. Lo hizo muy lentamente - me miraba siempre hacia arriba, tanto antes como mientras lo hacía- y yo quería rodear con mis piernas su cintura y hacer que me cogiera, que me cogiera más fuerte, que me cogiera hasta sentir que todo lo que podía hacer era gritar, y gemir, y retorcerme de placer mientras decía su nombre, pero estaba tan impresionada, tan abrumada, que no podía evitar quedarme como estaba, esperando que hiciera lo que quisiera conmigo.

Hubiera sido feliz con cualquier cosa que hubiera querido para mí en ese momento. Absolutamente cualquier cosa.

Presionó su cuerpo contra el mío, y pude sentirlo todo dentro de mí. Todo él.

Y él sentía un profundo, cegador e increíble placer.

Me miró, mordiéndose el labio inferior, y cuando asentí, fue más rápido. Se inclinó para agarrar mis hombros, su cuerpo se inclinó en un ángulo, de modo que estaba aún más profundo dentro de mí.

Y cuando empezó a meterse dentro de mí, cuando empezó a hacerlo rápido, cuando todo lo que veía era un placer ligero y cegador, pude sentir que mis muslos temblaban, y pude oírme gritar, y mis piernas se trabaron a su alrededor, y sentí que estaba diciendo palabras aunque claramente no eran palabras, eran otra cosa, ruidos incomprensibles que no tenían ningún sentido, algo completamente diferente, aunque no sabía lo que eran o lo que significaban, y cuando sus ojos se pusieron en blanco, mientras daba ese último empujón profundo hacia mí, y gimió mi nombre, sentí como si los fuegos artificiales estuvieran explotando por todo mi cuerpo hasta que estuve completamente, completamente agotada, hasta que ninguno de nosotros pudo decir nada, pudo hacer nada, excepto quedarse allí, todavía entrelazados de la manera más íntima, lo único que interrumpía el silencio era nuestra respiración irregular y acelerada, el calor de nuestros cuerpos pegándonos como pegamento caliente.

Se apartó de mí, su aliento todavía pesado y pegajoso en mi piel.

Se rió cuando lo hizo, sentándose a mi lado y recuperando el aliento.

Me senté después de un rato, sintiendo todo mi cuerpo como si estuviera hecho de gelatina. — Eso era...

Se giró para mirarme, levantando las cejas.

—Qué bien —dije, cerrando los ojos y suspirando contenta. Después de un rato abrí los ojos. —¿Cómo estuvo para ti?

—Increíble —dijo, y luego arrugó su nariz un poco antes de hablar—. ¿Todavía tengo que ducharme?

Dormimos juntos. No quise que pasara; ya sentía suficiente arrepentimiento por la primera vez que tuvimos sexo. No quería que pasara nada más entre nosotros y yo no era el tipo de persona que tiene un acuerdo casual. Ni siquiera sabía si realmente sabía cómo tener un compañero de sexo, y si eso era lo que él quería.

No quería preguntarle qué quería. Todo lo que sabía era que lo deseaba, que necesitaba más de él, así que cuando me besó de nuevo -después de haber pedido comida china y de haber visto un espectáculo de repostería juntos- y me guió hacia el dormitorio, yo ya estaba tan, tan preparada para él.

Me besó de nuevo, y sabía a salsa agridulce y a sal. Me perdí en él, en su sabor, en su aroma, y

quería más, y más, y más de él.

Cuando terminamos la segunda vez, estaba exhausta. Estaba agotada. No era mi intención, y estoy casi seguro de que no era la suya, pero nos abrazamos y nos dormimos así.

Me desperté en una cama vacía, pero estaba caliente, y la almohada a mi lado estaba claramente usada. Podía oler el café, y podía oír los silbidos de la cocina. Miré el despertador, y aún no eran las ocho. Tenía algo de tiempo antes de tener que prepararme e ir a trabajar. Normalmente me duchaba, me tomaba un batido y me lo bebía de camino. Me estaba haciendo el desayuno, y no iba a demorarme más si se había quedado para ello. Me parecía innecesario, pero no pude evitar sonreír.

Me levanté de la cama. Fui a la cocina para verlo trabajar, y sólo llevaba su camisa del día anterior y sus calzoncillos. Pasé mucho tiempo mirándole el culo antes de hablar. —Buenos días —dije.

Levantó el cuello para mirarme, sonriendo. —Buenos días —respondió—. Tenía hambre, espero no pasarme de la raya.

Me encogí de hombros. —Tú también necesitas comer.

—Es verdad —dijo—. El café está listo si tú...

Me levanté para servirlo. Estaba silbando, y su sonido, y su cuerpo, y su olor llenaba mi cocina, y sabía que no había sido tan feliz en ese apartamento antes. Tal vez nunca había sido tan feliz antes. Esa posibilidad me hizo sentir triste y mareada al mismo tiempo.

Me serví el café. Lo vi mientras terminaba de hacer los huevos, y luego los sirvió lenta y alegremente. —Iba a preguntarte si te gustan los huevos, pero ví que falta medio cartón, y no parece que hayas estado aquí tanto tiempo.

Asentí con la cabeza. —Esto es bonito, gracias. Me gustan los huevos.

—Bien. Eso es bueno.

Ninguno de los dos dijo nada durante un tiempo. Los dos nos miramos, comiendo en silencio, y me pregunté si iba a decir algo al respecto. Bebió un poco de café antes de hablar. —Me lo pasó muy bien anoche.

—Yo también —dije, mordiéndome el labio inferior.

—Gracias, por todo. Por tu hospitalidad y por... secar mi camisa.

—Por supuesto. No quería que te resfriaras.

—Sé que no lo querías. Eres muy buena —dijo, y luego golpeó con los dedos la taza que aún contenía una tonelada de café caliente. —Sé que es demasiado. Pero creo que me gustaría continuar con esto.

—¿Qué quieres decir?

—Me gustaría que volviéramos a salir a cenar —dijo, mirándome a los ojos. Sus ojos brillaban, y su boca estaba medio abierta, y aunque parecía muy autocompuesto, pude ver que estaba agarrando la taza demasiado fuerte. —Para ir a otras citas. Tal vez, no lo sé. ¿El acuario?

Lo miré fijamente. —¿Me estás invitando al acuario?

—No. Quiero decir, sí —dijo—. Me gustaría llevar a sus otros lugares también. Si tú quieres.

—Creí que no —dije en voz baja.

—No creí estar preparado. Pero anoche, no sé, me sentí como si lo estuviera. Me dí cuenta que lo estaba —dijo—. Cambié mi...

—No lo sabes —dije, sacudiendo la cabeza.

—Ari...

—Escucha, Oscar, entiendo que el sexo fue increíble —dije. Me esforzaba mucho para que mi voz sonara firme, aunque me sentía temblorosa. —Pero en realidad, nada ha cambiado entre

nosotros. Tus circunstancias no han cambiado, y tampoco las mías.

—¿Qué quieres decir?

—Tiene razón en priorizar a tu hija. Siempre tienes razón en hacer eso, así que sigue haciéndolo. No importa lo bueno que haya sido el sexo, no dejes que eso te ciegue.

Frunció el ceño. —No creo que me des suficiente crédito.

—¿Qué pasa si seguimos algo y no funciona? ¿Quién va a llevar a tu hija al médico?

—Soy un adulto, puedo lidiar con un poco de incomodidad.

—¿Qué pasa cuando estás ansioso por su salud, y yo estoy en tu vida, no como tu médico, sino como tu pareja? ¿Crees que todavía vas a tomarte mi palabra tan en serio?

Sacudió la cabeza antes de responder. —No lo sé —respondió—. Me gustaría pensar que sí.

—Pero no estás seguro. Y esa es la cosa, aunque la noche fue increíble, confío en ti. No querías seguir con esto al principio, y honestamente, nada ha cambiado —dijo.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que no, Oscar —dijo—. Estoy diciendo que me encantaría ir al acuario contigo, y cenar en todos estos restaurantes diferentes, y me encantaría que me dieras más paseos en tu ridículo coche, pero ahora mismo, no puedo. Ambos sabemos eso. Lo sabes en tu corazón. Lo sabías desde el principio, y nada ha cambiado sólo porque te acostaste conmigo.

Se tomó un segundo para pensarlo. —Creo que es injusto que decidas si estoy listo o no.

—No lo soy —dijo, un poco triste, pero mostrándole lo que esperaba era una cálida sonrisa. — Todo lo que hago es escucharte.

—No deberías —respondió, sacudiendo la cabeza, pero devolviéndome la sonrisa. —Ese tipo es un idiota.

—No lo sé —dijo, mordiéndome el labio inferior. —Honestamente, me gusta mucho.

CAPÍTULO ONCE

Ari

Lo evité.

No quería admitir a mí misma que lo estaba evitando, pero lo hacía. Incluso conseguí que un amigo me cubriera el domingo, por si me lo encontraba, porque no quería verlo en la clínica gratuita.

No quería estar cerca del hombre que había rechazado, aunque quería salir con él desesperadamente. Me pareció que era la decisión correcta. Así como decisión respetuosa. Ni siquiera podía intentar reemplazar a su difunta esposa, la madre de su hija. Mi propia vida era un desastre. No podía juzgar su vida, pero estaba claro que estaba pasando por un período de adaptación infernal. No podía interferir en su proceso de curación, y no podía hacerlo parte de la mía. No habría sido justo.

Él estaba de luto por su esposa y yo por mi matrimonio, que había estado muerto en el agua por lo que entonces, en reflexión, se había sentido como un tiempo muy largo. Sentía que el hecho de que no estuviéramos juntos, como el hecho de que Oscar y yo nunca hubiéramos tenido una cita, me dolía más que el final de cualquier relación que hubiera tenido.

Había pasado una semana y media. No se había puesto en contacto, y yo no iba a llamarlo. Tenía razón, lo cual era molesto, porque odiaba que nada hubiera cambiado.

Había sido un miércoles tranquilo cuando una de las enfermeras vino a decirme que un paciente necesitaba verme. Eso pasaba de vez en cuando, porque mientras no estábamos en una clínica de emergencia, los padres venían a nosotros primero. Éramos el primer punto de contacto cuando el padre no sabía si llevar al niño a la sala de emergencias.

—¿Qué está pasando?

—La paciente tiene tres años y tiene fiebre —dijo Alyssa. —Ha por un tiempo, y la niñera trató de ponerse en contacto con el tutor de la niña, pero parece que está fuera del área de la señal o algo así. Ella todavía está tratando de comunicarse con él.

—Vaya —dije—. ¿Qué dijo ella?

—Dijo que la fiebre era de cuando la tomó, el niña está receptiva pero letárgica, y no come mucho —respondió Alyssa.

—¿La niña estaba letárgica? ¿Por qué esperó tanto tiempo para traerla?

—Dijo que pensaba que sólo estaba cansada, que la niña no ha sido la misma desde que volvió de Disney World hace unos días —dijo Alyssa. —Supongo que pensó que era algo emocional... No tengo ni idea de por qué su tutor no...

—Tráela aquí inmediatamente —dije mientras sentía un escalofrío en mi columna.

—Claro. Su nombre es Tatiana...

—Wilde-García —dije—. Sí. Conozco a la paciente. También conozco a la familia.

—Entiendo, doctora.

Salió de la habitación. Por unos segundos, me quedé allí, con la mente acelerada. No entendía por qué Oscar no me la había traído, sobre todo si se estaba poniendo más enferma, pero debía tener sus razones. Siempre las tuvo.

La niñera, una mujer delgada de sólo unos veinte años, tenía los ojos muy abiertos y se veía pálida cuando trajo a la hija de Oscar.

—No soy su tutora, sólo...

—¿Qué está pasando? —Yo pregunté. Todo esto podría ser resuelto más tarde, lo más importante era la salud de Tatiana.

—Tiene fiebre —dijo la niñera. Sacudió la cabeza de un lado a otro, con la voz temblorosa cuando volvió a hablar. —No me di cuenta. Siempre ha sido una chica tranquila; sólo que hoy ha estado más tranquila que de costumbre.

Me arrodillé después de haberme acercado a ella. Le agarré las manos, para asegurarme de que no estaban frías, y luego le sonreí mientras la saludaba. Ella me devolvió el saludo. —Hola, Tati —dije—. ¿Te acuerdas de mí? Soy la Dra. West.

Ella asintió. Miré su piel en busca de cualquier signo de mancha o decoloración. Tenía un color bueno y saludable. —Voy a mirarla para asegurarme de que no tiene ningún sarpullido, pero quiero que me digas si hay algún lugar que te pica o te duele, aunque no puedas ver nada. ¿Puedes hacer eso por mí?

—Sí —respondió ella, en voz baja.

—¿Así que no sabes cuánto tiempo ha tenido fiebre? —Pregunté, mirando hacia arriba para dirigirme a la niñera sólo por un segundo antes de continuar examinando a mi paciente.

—No —dijo ella.

—¿Algún vómito?

—No —respondió—. Nada de eso.

—¿Está más floja que de costumbre?

—No —dijo la niñera—. Sólo un poco más cansada.

—Bien —dije, y luego le sonreí a Tati—. Hiciste un buen trabajo. Eres el mejor paciente que he tenido hoy. No se lo digas a ninguno de mis otros pacientes.

No es que no hayan oído el mismo discurso, pero no era el momento de pensar en eso. Además, no esperaba que la niña de tres años le dijera a todos sus amigos de tres años lo que el pediatra había dicho.

Me puse de pie. —Su piel se ve muy bien, no le cuesta respirar, ni comer, ni ir al baño. No estoy muy preocupada. ¿Le diste ibuprofeno para tratar de bajar la fiebre?

Sacudió la cabeza. Había lágrimas en sus ojos. —No se me permite darle ningún medicamento sin la autorización de sus padres.

—Por supuesto. Como debe ser. Está incómoda, por eso está letárgica —dije—. Podemos bajar la fiebre. Hiciste bien en traerla aquí, pero no hay que preocuparse por ir a Urgencias. ¿Puedes seguir intentando contactar con el...?

Su teléfono sonó, interrumpiéndome. El alivio inundó sus rasgos. —Ese debe ser el padre —dijo—. Discúlpeme un minuto.

La vi levantar la mano. Cuando tomó la llamada, lo hizo fuera de la habitación.

—¿Te sientes extra cansada, Tati? —Pregunté, todavía arrodillada delante de ella.

Tati caminó por la habitación, y sacudió la cabeza. —No —dijo, su pelo rizado y oscuro rebotó cuando lo hizo.

—¿Tienes sueño?

Sacudió la cabeza otra vez. Sonreí. No estaba exactamente burbujeante en ese momento, y estaba enferma, pero no había nada malo en ella.

—Bien —dije, mirando a Alyssa, que no se había movido de la habitación. —¿Puedes hacerme

un favor y conseguirle un...

Antes de que pudiera terminar mi frase, oí que la puerta se abría de golpe. —¿Dónde está ella? ¿Dónde está mi hija?

Me volví para mirar a un Oscar angustiado, con la cara roja y la respiración superficial.

—Ella está bien —dije.

No me miró. Corría hacia su hija y la levantó de un solo golpe. —Oye, monito —dijo, su expresión se suavizó instantáneamente—. ¿Estás bien?

Se retorció en sus brazos. —Estoy bien, papá —dijo—. ¿Y tú?

Se rió un poco de eso, y luego me miró. Estaba pálido, y agarraba a su hija tan fuerte, que estaba seguro de que la estaba lastimando.

—Afloja un poco el agarre —le dije, con la mirada entre ambos. —Deja de apretar la mandíbula.

Hizo lo que le dije, respirando profundamente antes de hacerlo. —Lo siento —le dijo a Tatiana, que se retorció en sus brazos. —Estaba preocupado por ti. No quise apretar demasiado fuerte.

Se encogió de hombros y jugó con su pelo, ahora relajado.

Me miró, con los ojos vidriosos. —¿Qué le pasa?

—Tiene gripe —dije.

Su mirada se dirigió a ella inmediatamente, y su expresión prácticamente se desmoronó. Puso su mano en la parte posterior de su cabeza y la sostuvo un poco más cerca. —No puedo creer que no me diera cuenta...

Cerré los ojos antes de volverme para enfrentarme a Alyssa y a la niñera. —¿Pueden darnos un segundo?

—Sí, Dra. West —dijo Alyssa, acompañando a la niñera a la salida. Cerró la puerta tras ellos.

—Siéntate, por favor —le dije a Oscar.

Se sentó, su hija todavía se aferra a él.

—Esto pasa —dije—. Los niños se enferman. No puedes culparte por ello.

—Me dijiste que la vigilara —respondió, mordiéndose el labio inferior. —Me dijiste que la vigilara. Estaba tan preocupado por ella, y luego me vi envuelto en el trabajo, y...

—No has hecho nada malo —dije, sentada frente a la computadora. —No la has descuidado. Ella ha tenido unos días muy activos, y se fue a un lugar donde hay muchos niños enfermos y gérmenes. Sus defensas podrían haber bajado a causa de su resfriado, y es sólo una gripe. No está contenta, pero se pondrá bien.

Me miró y luego sacudió la cabeza. —Esto no debería haber pasado.

—No pasó nada. Tu hija se enfermó de gripe. No es genial, pero está bien —dije, y luego suspiré. —Escucha. Conozco a padres negligentes. La gente trae a sus hijos aquí y están heridos, o enfermos, y está claro que es porque están haciéndoles daño, o los están descuidando. No has hecho nada de eso. Trajiste a tu hija cuando necesitaba que la trajeran. ¿Entiendes?

Asintió con la cabeza, muy lentamente. —Yo sólo —dijo, mordiéndose el labio inferior. —No puedo evitar pensar que si hubiera estado más presente, podría haberlo evitado.

Sacudí la cabeza, sonriéndole. —No puedes prevenir la gripe —le dije—. Si pudieras, serías multimillonario.

Sonrió con suficiencia.

Puse los ojos en blanco. —Bien —dije—. Y estarías salvando tal vez millones de vidas, también.

—Bien —dijo—. Es que... todavía se siente como si fuera mi culpa.

Asentí con la cabeza. —La salud de tu hija está en tus manos —dije—. Y honestamente, me parece que estás haciendo un trabajo realmente fantástico.

Me sonrió. —Te lo agradezco —dijo—. Significa mucho viniendo de ti.

—Bien —dije—. Debería. —Sé de lo que estoy hablando.

Volvió a sonreír un poco, y luego miró a Tatiana, que se había quedado dormida.

—Está cansada —dije—. La gripe es algo muy agotador. Dale ibuprofeno, ¿vale? Líquido, y sólo cinco mililitros a la vez. No necesitas una receta para eso. No le des nada más, ¿entendido? Absolutamente ningún otro medicamento de venta libre.

Asintió con la cabeza. —Bien —dijo—. Entiendo.

—Y no más de cuatro veces en veinticuatro horas.

—Bien —respondió, y luego me sonrió.

—Tómalo con calma durante la próxima semana —le dije—. Deja que ella marque el ritmo. Si quiere descansar, que lo haga. Puede que cambie de humor en cualquier momento. Eso es normal. Que no vaya a la guardería, no la quieres cerca de otros niños ahora mismo.

—Gracias, doctora —dijo, sonriéndome. —Te lo agradezco mucho.

—No hay necesidad —dije—. Y sólo, por favor, recuerda. No has hecho nada malo. ¿Entiendes?

Asintió con la cabeza. —Es más fácil decirlo que hacerlo —respondió—. Lo intentaré.

—Espero que lo digas en serio.

—Por supuesto que lo digo en serio —respondió en voz baja. Se puso de pie, y parecía que estaba a punto de irse, pero se dio la vuelta para mirarme. —Ari, ¿puedo preguntarte algo?

—Sí —dije, un poco demasiado rápido, y luego me aclaró la garganta. Todavía tenía que ser profesional. —Por supuesto.

—¿Puedo llevarte a tomar un café o algo así? Me gustaría hablar contigo. Fuera de tu... lugar de trabajo —dijo, mirando a su alrededor.

Fruncí el ceño.

Se lamió los labios antes de hablar. —Dijiste que nada ha cambiado —dijo—. Y pensé, no sé, tal vez tenías razón. Pero no lo creo... y me gustaría hablar contigo de eso. Si quieres. Si todavía estuvieras abierta a ello.

Yo aparté la vista de él. —Claro —dije, después de un rato. No tenía nada que perder—. Si estás seguro.

—Estoy seguro —dijo—. Si no es una imposición demasiado grande, ¿considerarás venir a mi casa? No quiero dejar a Tati sola.

—Absolutamente —dije—. Lo entiendo.

Su expresión se suavizó al mirarme. —Gracias —dijo—. Por todo. De verdad.

Sacudí la cabeza. —De nada —dije—. Aunque realmente no tienes que agradecerme por hacer mi trabajo.

—No es eso lo que estoy agradeciendo —dijo, poniéndose de pie. —Te veré esta noche.

CAPÍTULO DOCE

Oscar

No esperaba que dijera que sí. Pensé que me rechazaría, de la misma manera que lo había hecho antes, porque era inteligente. Mucho más inteligente que yo. Eso había quedado claro, una y otra vez, por lo que dijo y las decisiones que tomó.

Pero estaba equivocada en algo, algo importante, y sólo lo entendí cuando la vi después de recibir una frenética llamada de Jessica, mi niñera. Sólo lo entendí realmente cuando estaba sentado en su oficina, mirando la forma en que interactuaba con mi hijo, incluso la forma en que tenía el pelo recogido en un moño suelto en la parte superior de su cabeza.

Tatiana estaba en la cama, y yo me acababa de duchar y afeitarse.

Ya estaba bajando las escaleras, unos minutos antes, y podía sentir que mis nervios empeoraban por momentos.

Sentía que lo que estaba haciendo era lo correcto, pero por supuesto no había manera de que yo lo supiera. Podría haberme rechazado fácilmente, y aunque entendía que el rechazo era sólo una parte de la vida, me sentía increíblemente involucrado en ella. Era una tontería, nunca había sido un romántico, pero cuando se trataba de la Dra. Ari West, era como si todo lo que sabía de mi propia vida fuera cuestionable. Como si pudiera ser cambiado. Al menos eso era lo que esperaba.

Escuché el sonido del ascensor. Cuando las puertas se abrieron, entró en mi apartamento. Todavía llevaba su ropa de oficina, que observé mientras se quitaba el abrigo, y parecía que había tenido un largo día. —Oye —dije, yendo a tomar su abrigo—. Gracias de nuevo por venir.

—De nada.

Agarré su abrigo, lo puse en una percha y esperé. Necesitaba empezar esta conversación, pero no sabía si era lo suficientemente valiente. Se volvió hacia mí, mostrándome una cálida sonrisa. —¿Cómo está Tati?

—Ella está bien. Ella estaba encendida como una luz cuando volvimos de la consulta —dije—. Cuando llegué aquí, estaba un poco quisquillosa pero le leí un cuento y se calmó. La medicina pareció ayudar.

Ella asintió. —Bien. Las fiebres pueden dar miedo en los pequeños, pero no tienes que preocuparte. Parece que te va bien para mantenerte en la cima.

Sacudí la cabeza. Señalé hacia mi sala de estar, en la que me di cuenta de que nunca antes nos habíamos sentado, y ella se colocó cerca del televisor, en la silla de un solo asiento que yo tenía. —Gracias —dije—. Me quedé tan abrumado por el trabajo. Quería mantenerme ocupado. No me di cuenta...

—Está bien. No tienes que justificarte ante mí. Lo entiendo —dijo ella, mirando hacia otro lado. —También trabajo mucho.

—Sí. He estado pensando mucho en lo que dijiste.

Ella ladeó la cabeza. —¿Sobre la gripe?

—No. Por supuesto que no.

—No deberías pensar en ello. No hay forma de evitarlo.

—Lo sé. Tú sigues diciendo, y yo sigo pensando que vacunarla contra la gripe...

—Fue una buena idea —respondió, antes de que pudiera terminar. —Hay más cepas de gripe de las que podemos imaginar, por desgracia. No hay nada que podamos hacer al respecto. A eso

me refería cuando dije que no hay forma de prevenirla...

—Bien. —Lo entiendo.

Ella tragó. Los dos estábamos bailando alrededor del tema, y yo era el que la había llamado, así que me dije a mí mismo que era hora de decirle exactamente cómo me sentía. Incluso si eso iba a asustarla. Necesitaba saber la verdad.

Me senté frente a ella, en la sección larga del sofá. —Necesito que entiendas algo.

Me miró, sin decir nada.

—Dijiste que nada había cambiado. Después de que estuvimos juntos, después de que tuvimos sexo. Y durante unos días, pensé mucho en ello, y pensé que tenías razón —dije—. Pensé que tal vez no me gustabas tanto, que sólo dejaba que mi soledad y mi dolor me guiaran. Y que no estaba viendo lo que tú estabas viendo.

—Oscar...

—Déjame terminar. Después de que termine, puedes decirme lo que quieras. Cualquier cosa —dije—. Pero he intentado tanto organizar estos pensamientos en mi cabeza, que me gustaría sacarlos antes de que olvide cómo lo hice.

Se rió un poco, en silencio, en voz baja. —Bien. Adelante.

—Y luego lo pensé un poco más. Y me di cuenta de que no era sólo eso. Pero quería darte espacio, porque pensé que, si querías algo más, me lo habrías dicho —dije—. Me estaba alejando de ti por respeto.

Me miró, abrió la boca para hablar, pero la cerró cuando me encontré con su mirada.

—Y entonces hoy, cuando estabas cuidando a mi hija, me di cuenta de algo. Hizo clic, y de repente todo tuvo sentido.

Levantó las cejas.

Me acerqué a ella, mis piernas colgando del sofá casi por completo. Me incliné hacia adelante para poder estar en silencio cuando hablaba. Agarré sus manos en las mías y le miré directamente a la cara. Pude ver las pequeñas líneas alrededor de sus ojos, los bordes de sus labios. Sus ojos eran amplios y hermosos, y quise extender la mano y tocar sus mejillas, pero no lo hice. —Tú eres lo que cambió.

—¿Qué quieres decir?

—Me preguntaste qué había cambiado —dije—. Cuando te dije por primera vez que no quería seguir con esto, lo hice porque no te conocía. Lo hice porque tenía miedo. Porque estaba siendo un cobarde.

—Oscar, no creo que eso sea cierto —dijo, y luego cerró la boca de nuevo cuando vio mis ojos.

—Es verdad —dije, luego pasé saliva y miré nuestras manos, entrelazadas, nuestros dedos entrelazados. —Mira, cuando mi esposa murió, pensé que mi corazón estaba bloqueado, y pensé que era para siempre.

Siguió observándome y no dijo nada. Sus manos eran suaves y cálidas en las mías. Podía oír su respiración, lenta, constante. Podía oler su hidratante, su perfume.

—Y pensé que no sería justo —dije—. Para ella, para mí, para mi hija. Si alguna vez abría mi corazón de nuevo.

Nuestras miradas se encontraron. Su boca estaba medio abierta.

—Pero al conocerte me di cuenta de algo.

Levantó las cejas. —¿Qué?

—Mi corazón no estaba bloqueado. O si lo estaba, se acabó —dije, molesto por mi propia voz temblorosa. —Ahora no estoy diciendo que debemos casarnos, o que te amo, o algo así. Sólo digo

que cometí un error. Porque tenía miedo.

—Oscar...

—Ari, no quiero cometer errores porque ya no tengo miedo. Sólo quiero que nos divirtamos un poco juntos, ¿de acuerdo? No creo que sea mucho pedir. Realmente espero que no sea demasiado pedir.

Esperé a que dijera algo. Cualquiera cosa. No lo hizo, siguió mirándome, y por un momento quise que la tierra se abriera y me tragara entera. Luego acercó su cara a la mía, y cerró los ojos, y pronto estaba dándome un beso tan dulce y tan necesario en mis labios que pensé que podría explotar.

Cuando se alejó, sus ojos lagrimeaban, y estaba un poco congestionada. —¿Puedo hablar ahora?

Me reí un poco. —Puedes, sí.

—No creo que seas un cobarde en absoluto —dijo—. Creo que eres muy valiente.

Luego la besé de nuevo, y esa noche, me olvidé de todo lo demás.

CAPÍTULO TRECE

Ari

Vanessa me dio un sermón por teléfono. —¿Me estás cancelando otra vez?

—En mi defensa —dije al entrar en el estacionamiento de mi edificio—. En realidad no hicimos planes sólidos.

Se rió. —Estás tan cansada por culpa de Oscar. Te está agotando —dijo con una voz cantarina—. ¿Voy a conocer alguna vez a este hombre famoso?

Me mordí el labio inferior y me reí cuando salí del coche. —En realidad, estoy cansada porque Roger quiere una mediación —dije—. Ni siquiera voy a pensar en lo que dijiste.

—¿Quiere una mediación?

—Sí, no firmará los papeles sin ella.

—Me estás jodiendo —respondió después de un rato.

—Ojalá lo estuviera —dije cuando empecé a subir las escaleras—. Esto es tan molesto. Tenemos un acuerdo prenupcial sólido como una roca, en el que su familia insistió, y yo ni siquiera me peleé. ¿Por qué necesitaría una mediación para un divorcio donde no va a conseguir nada, de todos modos?

Vanessa estaba tranquila.

—Sabes algo de esto, ¿verdad?

—No creí que quisieras que te dijera nada sobre Roger. Has sido tan felizmente feliz sólo...

—Oscar y yo no somos una pareja. Sólo nos estamos divirtiendo.

—Lo sé. Has sido tan feliz sólo divirtiéndote con él —dijo—. Es bueno verte así. Como si no estuvieras cargando el peso del mundo sobre tus hombros para variar.

Me quejé. —No entiendo esto. ¿Por qué querría complicarlo? Esto es exactamente lo que quería.

—Sí, pero es vengativo, y no has sido exactamente discreta —dijo.

Me quedé sin aliento. Estaba luchando por sacar las llaves de mi bolso. —¿Qué se supone que significa eso?

—Nada. Sólo que creo que Roger te presta más atención de la que te imaginas.

Me quejé, cerrando la puerta detrás de mí con una patada. —No debería. Se acabó.

—Bueno, sí. Ya lo sé. Lo sabes —dijo—. Para ser honesto, creo que está un poco devastado de que no te importe más.

—¿Tiene una novia! —dije—. Una niña. Kelly me envió fotos de ellos que encontró en Facebook.

Vanessa se rió. —Eso es super apropiado.

—Eso es lo que le dije —dije, y luego aterricé en mi sofá con un ruido sordo. Me quité los tacones—. Ella sólo trataba de cuidarme. Sigue siendo muy molesto.

—Por eso no quería decírtelo. Pensé que no querrías saber nada de Roger.

—Quiero saber si va a ser un imbécil —dije, hundiéndome aún más en mi sofá—. Honestamente, acabo de sacar las cosas de las cajas, finalmente. Me ha llevado tanto tiempo. Si tengo que mudarme otra vez porque este imbécil quiere llevarme a una mediación y quiere algo más de mi dinero, te juro por Dios, V, que voy a perderlo.

—No quiere tu dinero —respondió ella en voz baja. —Rompió con su novia y ahora creo que

quiere volver. No escuchaste esto de mí, pero todos con los que he hablado han estado hablando de lo buen partido que eres. Cómo fue un idiota dejándote ir.

Me reí un poco, cayendo completamente en el sofá. —Tienen que decir eso. Saben que somos amigas.

—Tú lo pensarías, pero no creo que eso sea cierto —dijo—. Creo que se está dando cuenta de que no puede hacerlo mejor que tú. Ya que lo bloqueaste en todo, no me sorprende que esté tratando de atraerte de nuevo a su vida.

—¿Con la mediación? Sí, estoy muy excitada con él ahora mismo —dije con una risa.

—Necesita superarlo.

—Realmente lo hace.

—Su ego acaba de recibir un golpe —dijo—. Está tan sorprendido de que no estés rogando por tenerlo de vuelta.

—Sí. Debe ser eso.

—Y está celoso, quiero decir, no lo sé con certeza, pero parece el tipo de persona que tiene un investigador privado tras de tí —dijo—. ¿Y tu contrato prenupcial no tiene una cláusula de infidelidad?

Me quedé callado por un segundo mientras lo que ella había dicho se hundía. —Ese maldito hijo de puta —dije en voz baja.

Miré la tarjeta de contacto de Oscar en mi teléfono y dudé un segundo antes de empezar a enviarle un mensaje de texto.

Hola. Parece que esta reunión va a demorarse. Puede que tenga que abandonar nuestros planes de esta noche.

La respuesta llegó casi al instante.

Bien. Estoy disponible este fin de semana. ¿Y tú?

Normalmente, hablar de disponibilidad habría estado bien. Lo habría acogido con agrado. Era parte de nuestra rutina normal, algo que aprecié de él. Siempre me avisaba cuando estaba ocupado. Rara vez, si es que alguna vez, cancelaba un plan. No era raro, y siempre parecía emocionado de verme.

No como Roger, que estaba sentado frente a mí con un aspecto extremadamente engraido. Quería tirarle mi café caliente, pero en vez de eso, me contenté con pasar mis uñas sobre mi protector de pantalla.

—La mediación puede ser tensa, así que vamos a tomarnos muchos descansos y parece que hemos llegado a un punto de ruptura natural —dijo la mediadora. Una mujer robusta de cincuenta años, había hecho muchas declaraciones como esa desde que yo estaba allí. Parecía un poco sorprendida de que estuviéramos allí en primer lugar, teniendo en cuenta que no teníamos hijos y que nuestros bienes estaban en su mayoría separados. Aun así, ella iba a hacer su trabajo, y Roger había hecho un trabajo muy minucioso investigándola, así que sabía que ella iba a ser meticulosa en su acercamiento a nuestro divorcio.

Sólo lo hacía para torturarme.

Esta era sólo nuestra primera discusión, y estábamos hablando de la división de la propiedad. La casa era suya, y no me importaba. Cuando dijo que debería tener derecho a una pensión alimenticia porque yo había estudiado medicina por él, casi le doy un puñetazo en la cara. Yo me había matriculado en la escuela de medicina. La idea de que se diera algún crédito, sin pretender

que tuviera derecho a una compensación financiera, me hizo enfermar del estómago.

Podríamos haber firmado el acuerdo prenupcial cuando era joven, pero no era estúpido. —No recomiendo que la pareja se quede dentro mientras tenemos un descanso.

La miré. —No somos una pareja.

La mediadora suspiró, aspirando su aliento. Tomó el archivo, se puso de pie y salió de la habitación. Me giré para mirar a Roger. —¿Qué crees que estás haciendo?

—Me estás abandonando —dijo, con la voz baja y una sonrisa todavía en su cara—. Seamos completamente reales. Te di una mano.

—No lo hiciste. En todo caso, fuiste una literal cadena de preso —dije, inclinándome para poder susurrarle. —Podría estar ejerciendo en cualquier hospital en cualquier lugar de este país, y elegí esta ciudad por ti. Sólo tengo treinta y tres años, y ya podría ser jefe de un departamento de pediatría en un hospital conocido. No pienses que sólo porque no sabes lo que valgo, yo no sé lo que valgo.

—Grandioso. —Eso es genial. ¿Cómo te convertiste en pediatra de nuevo?

Me golpeé la mano con la mesa. —No con tu ayuda. Eso es seguro.

—Sólo quiero lo que se me debe.

Sacudí la cabeza. —No te debo nada.

—Podemos llevar esto a la corte. A ver qué dicen.

Me burlé. —Bien —dije—. Llevemos esto a la corte.

—¿Estás segura de eso? No creo que tu abogado se alegre de saber que te acuestas con otras personas mientras que técnicamente sigues casada.

—No estoy casada —respondí con los dientes apretados. —No he estado casada contigo durante lo que parecen ser años. Me aplastaste, Roger. Intentaba darte un hijo, y te fuiste...

—Lo intentabas —dijo, con la frente arrugada y la nariz abierta. —Lo intentabas, y lo intentabas, pero todo lo que podías hacer era fallar...

Me burlé. No podía oír nada más, porque me zumbaban los oídos y porque sentía que iba a vomitar. Antes de salir de la habitación, levanté el cuello para mirar por encima del hombro, y escupí, lo cual fue una burla tan grande como pude. —Te veré en el tribunal —dije—. Y, por cierto... ¿Tu novia? ¿La niña? Si vuelves a hablar con ella, dale la enhorabuena. Es una mujer más inteligente que yo, que huyó de ti en cuanto te vio como realmente eres.

CAPÍTULO CATORCE

Oscar

Eran cerca de las ocho de la noche cuando mi teléfono empezó a explotar. Era un miércoles, y era raro que Ari llamara. Era el tipo de persona que normalmente me enviaría un mensaje de texto.

Estaba a punto de contestar el teléfono cuando mi puerta sonó. Me levanté del sofá, donde estaba viendo un documental sobre la naturaleza, y fui al timbre.

—¿Quién es...?

—Es Ari —dijo. Sonaba muy lejos—. Ari West.

—No tenías que decírmelo —dije, pero lo hice mientras sostenía el timbre. Había algo raro en la forma en que sonaba, pero no sabía qué era.

Ella entró en mi apartamento muy pronto después de eso. Cuando las puertas dobles se abrieron, ella tropezó. Tuve que atraparla, para evitar que cayera al suelo. Estaba a su lado y podía oler el alcohol en su aliento. —No debería haber venido —dijo, mirándome con ojos vidriosos—. Vanessa no contestaba su teléfono y yo...

—Vaya —dije, poniendo un brazo alrededor de su cintura. Necesitaba mantenerla erguida, y estaba claro que le costaba mucho mantenerse erguida por sí misma—. Está bien. Siempre eres bienvenida aquí.

Me miró otra vez, con los ojos vidriosos, y sacudió la cabeza. —¿Por qué eres tan amable?

Pestañeé. —No sé cómo responder a eso —respondí con una risa incómoda—. ¿Qué otra cosa podría ser? ¿Aparte de ser amable?

—Lo siento —dijo, con los ojos cerrados—. Siento haberme presentado así en tu casa, y también lo siento porque casi te aparté. Eres legítimamente el mejor hombre que he conocido.

Ladeé mi cabeza. Sonaba como si lo dijera en serio, pero su discurso era confuso, y no sabía cuánto tiempo podría mantenerse erguida.

—Escucha —dije, en voz baja—. Probablemente no has cenado todavía. Así que ¿por qué no te traigo algo de comida, para que te llenemos el estómago y puedas dormir en la habitación de invitados? Te gusta la habitación de invitados.

—Sí —dijo, lloriqueando. —Me gusta mucho la habitación de invitados.

—Bien. —Entonces ahí es donde puedes pasar la noche —dije—. Necesitas una buena noche de sueño.

Sacudió la cabeza. —No debería haber venido. Tu hija está aquí, no quiero asustarla.

—A Tati le encanta tenerte cerca —le dije, sonriéndole. —Ella siempre pregunta cuándo vendrá su médico a visitarla. No creo que vayas a asustarla.

—Nunca me gustaron los adultos borrachos cuando era niño.

Me reí. —Pareces un dulce borracho —dije—. Pero sabes, aprecio lo que estás tratando de hacer. Creo que es mejor si te metemos en la cama ahora, y entonces ella ni siquiera sabrá que estás aquí. Tiene un sueño muy profundo, así que no la molestarás, y definitivamente no la asustarás.

Ari asintió de nuevo. —Gracias a Dios por los pequeños favores —dijo, luego me miró y se rió mientras la guiaba hacia la habitación de invitados. Se aclaró la garganta antes de hablar—. Pasé el día con mi ex.

Me he puesto rígido. Intenté que pareciera natural, y sabía que las cosas eran sólo casuales

entre nosotros, pero no esperaba el rayo de celos que me sacudía hasta la médula.

Me golpeó en el pecho juguetonamente. —No así —dijo, pero no había risas en su voz. — Nuestro divorcio se acerca a su fin, y ahora quiere una mediación.

Sentí la tensión salir de mi cuerpo, pero no del todo. Todavía se sentía como un territorio lleno de baches.

—Honestamente, al principio, estaba tan triste por el divorcio. Pensé que, si no podía darle un hijo, por supuesto que me iba a dejar —dijo ella, con un discurso un poco confuso. Me miraba, y había lágrimas en sus ojos. —Soy médico. Sé que mi capacidad o valor como mujer, y ya sabes, como ser humano, no se correlaciona realmente con lo que mi cuerpo puede o no puede hacer, pero sentí que me estaba quedando corta. Como si no fuera una mujer en absoluto.

No sabía qué decir a eso, así que dije lo primero que se me ocurrió. —Eres una mujer. Y no le fallaste. Parece que él te falló a ti.

—Sólo quería ser una madre. Quería tener mi propia familia —dijo, y luego resopló. —Y tu familia es tan hermosa, y nunca voy a ser capaz de ni siquiera acercarme a cumplir con el lugar de tu esposa. Ella parece increíble, debe haber sido increíble, para llegar a tenerlos a ambos...

—No tienes que hacer esto.

Estaba congestionada otra vez. —Nunca te he dicho esto, pero creo que soy yo la que es una cobarde. No puedo soportarlo. La verdad es que nunca podré llenar ese agujero en tu vida. No puedo tomar su lugar.

—No puedes —dije en voz baja. Finalmente me las arreglé para llevarla al dormitorio de invitados. —No tienes que hacerlo. La muerte de Camila dejó un agujero en forma de Camila en mi vida, y tu presencia no encaja en él. Pero eso no significa que no encajes en mi vida. En mi corazón.

Me miró de nuevo, y esta vez, estalló en lágrimas. Se zambulló en mis brazos, y la sostuve mientras sollozaba en mi pecho. Yo también tenía ganas de llorar, pero no estaba seguro de por qué. Cerré los ojos y lágrimas calientes y gordas se deslizaron por mis mejillas. Me agarré y la abracé, oliendo su cabello por un segundo antes de volver a tratar de hacerla sentir mejor.

—Duerme un poco, Ari —dije—. Podemos hablar por la mañana, ¿vale?

Asintió con la cabeza y se desplomó sobre la cama. Incluso tan borracha como estaba, con su cara llena de lágrimas, y su pelo revuelto, se veía hermosa. Se quejó cuando se dio vuelta en la cama. La observé, preguntándome si necesitaba mi ayuda para desnudarse, pero decidí no ayudarla. Esto se sentía personal, y quería que se sintiera segura en mi casa.

Si estaba lo suficientemente incómoda, se despertaría más tarde y lo haría ella misma. Sospeché que iba a estar bastante incómoda de todos modos, porque estaba completamente borracha.

Se durmió inmediatamente. Cerré la puerta suavemente, riéndome para mis adentros. Si alguien más hubiera venido a mi casa sin avisar, mientras estaba tan borracho, me habría molestado. Estaría muy disgustado.

Con ella, era lindo. Demasiado entrañable. Y aunque no quería admitirlo ante mí mismo, eso también me asustaba.

Estaba limpiando la cocina cuando se despertó. Era sábado temprano en la mañana, y Tatiana ya había sido recogida por sus abuelos. Intentaba estar tranquilo, porque estaba seguro de que Ari tendría un horrible dolor de cabeza.

Terminé de limpiar el mostrador y miré hacia arriba cuando la puerta de la habitación de invitados crujió y se abrió. Estaba gimiendo, frotándose los ojos, y cuando nuestras miradas se encontraron, apenas me sonrió.

—¿Café? —Le ofrecí en silencio.

Ella asintió, y luego volvió a gemir. Le serví un poco de café y se lo di cuando se acercó a mí, apoyándose en el mostrador de la cocina. Se encontró con mi mirada de nuevo, se lamió los labios y tomó un sorbo de café antes de hablar. —Lo siento mucho...

—Buenos días —dije, besando la punta de su nariz—. Te ves hermosa hoy.

Gimió de nuevo, poniendo los ojos en blanco. —Bueno, me siento como la muerte —respondió, y luego tomó otro sorbo de café. No dejaba de mirar hacia abajo, pero aunque su cara estaba ligeramente cubierta por su pelo, podía ver lo mortificada que se veía—. Y me veo aún peor.

—¿Noche difícil?

—La noche no fue nada comparada con el día —dijo, y su voz temblaba. Dejó el café y me miró a los ojos. —Te debo una disculpa.

—Me gusta tenerte aquí —dije después de un rato.

Ella sonrió. —Y eso es muy dulce —dijo—. Pero vives aquí con tu hija, y no eres... no somos...

Se alejó y yo la miré fijamente.

Se encogió de hombros. —No tengo por qué aparecer en tu casa mientras estoy destrozada —dijo—. Seamos realistas.

Puse mis manos sobre sus hombros. —Oye —dije—. Realmente me gusta cuando estás aquí.

Se mordió el labio inferior. —Sí —dijo—. Pero aún así no debería soltarte cosas así.

Sonreí. —¿Quieres hablar de ello?

Agitó la mano frente a su cara. —Es ridículo. Mi ex-marido quiere pasar por una mediación, y hay una cláusula de infidelidad en nuestro acuerdo prenupcial, y ahora está pidiendo dinero. Lo cual es ridículo, porque él realmente consiguió una novia antes de...

Ella me miró. Yo asentí. —Eso suena muy molesto.

—Ni siquiera es eso —dijo—. Quiere que le pague por la escuela de medicina. Como si él fuera el que pagó mi educación. No lo hizo, yo trabajé y me endeudé. Fue horrible.

La observé. Pensé en ofrecerle dinero, pero sólo por una fracción de segundo. No parecía el tipo de persona que quería que yo arreglara sus problemas. No estaba seguro, pero pensé que se sentiría ofendida por ello. —Lo siento —dije—. Eso suena muy frustrante.

Gimió, pellizcando el puente de su nariz. —Es más que frustrante —dijo—. Es insultante. Esa es la peor parte. Como si nunca hubiera hecho nada por mí misma, cuando toda nuestra relación parecía estar al servicio de él.

—No te mereces eso —dije, y lo dije en serio. —Mereces que te traten mejor que eso.

Me sonrió, cerrando los ojos y sacudiendo la cabeza. —Gracias —dijo—. Por el café y por su hospitalidad. No debí haber venido anoche.

—Está bien —respondí. Terminó su café con un último trago y me devolvió la taza. —En serio. Sí, lo es. Eres, como dije, siempre bienvenida aquí. No tienes que seguir repitiéndolo.

Sacudió la cabeza, pero se mordió el labio inferior. —Es raro —dijo—. Eres tan diferente de cualquier otro chico con el que he estado.

Ladeé mi cabeza. —No sé si debo tomar eso como un cumplido —respondí con una sonrisa.

—Deberías —dijo ella, metiendo una hebra de cabello detrás de su oreja. —Definitivamente es un cumplido.

—Bien —dije.

Ella agitó su mano frente a su cara. —Me iré a casa.

—Al menos quédate a desayunar —dije—. Siempre hay demasiada comida en esta casa, y se va a estropear si no me ayudas a comerla.

Se rió. —Es una excusa terrible.

—¿Funcionó?

Ella sonrió y yo le acaricié la mejilla. Se inclinó hacia mí, cerró los ojos con satisfacción y suspiró. —Claro —dijo—. Funcionó.

CAPÍTULO QUINCE

Ari

Mi cabeza ya no latía, pero mi orgullo estaba razonablemente herido. No tenía ni idea de cuándo había decidido que necesitaba ir a ver a Oscar, pero me pareció lo correcto en ese momento. Mi mortificación sólo había disminuido ligeramente mientras desayunábamos juntos, y él me había hecho reír mientras me daba de comer huevos y papas fritas caseras.

Me senté allí, casi siempre en silencio, mientras terminaba mi comida. Tomé otra taza gigante de café y otro vaso gigante de agua antes de mirar a Oscar. Me sonrió. —¿Tienes planes para hoy? —preguntó.

—Voy a comer todo mi peso en helado y chocolate —le dije—. Y voy a esperar que recupere mi dignidad a través de la ósmosis.

—Así es como funciona la ósmosis —dijo.

—Eso es lo que dijeron mis profesores —respondí, riéndome un poco. —Realmente debería...

—Puedes hacerlo aquí —dijo, mirando su propio plato vacío. —Si quieres. Puedes quedarte aquí, y yo tengo chocolate, y puedo ir a por helado. Todo tipo de helados.

Me torcí los labios. —Puede que haya sollozos —dije—. Y habrá comida en mi barbilla, y dudo que sea muy atractiva. Tal vez incluso vestida.

Se rió un poco. —Bien —dijo—. Sería bueno verte un poco menos guapa para variar.

Levanté las cejas.

Agitó la mano frente a su cara. —Lo siento —dijo, su voz fue gimoteo juguetón. —Eres tan hermosa, es intimidante. Sería bueno verte como un ser humano normal.

Me reí un poco, mis mejillas se enrojecieron. —¿Cómo estoy ahora mismo?

Agitó el tenedor cuando empezó a limpiar. —Fuera de mi alcance —dijo—. Demasiado fuera de mi alcance.

Me reí de nuevo. Le ayudé a recoger las cosas, y cuando llegamos a la cocina, raspó los platos y me los pasó para ponerlos en el lavaplatos. Fue una pequeña rebanada perfecta de domesticidad, algo de lo que no me había dado cuenta que había estado anhelando con él, y mi corazón se agitó cuando me dio un plato y nuestros dedos se tocaron, sólo por un segundo.

Me dije a mí misma que dejara de ser ridícula. Las cosas entre nosotros eran como mucho casuales, y había muy pocas posibilidades de que fuéramos otra cosa. No era el momento adecuado, por mucho que me gustara. No importaba lo mucho que yo le gustara.

Se giró para mirarme, con las manos todavía húmedas. Estaba sonriendo. —¿Qué?

—Nada —dije—. Sólo que han sido unas semanas muy raras.

—Cuéntame —respondió, luego cerró la distancia entre nosotros, y me besó en los labios. Le devolví el beso y sentí que mi cuerpo se debilitaba lentamente mientras me rodeaba la cintura con su brazo y me mantenía cerca de él. Sabía a café y azúcar, y podría haber seguido besándolo para siempre. Se separó de mí y respiró profundamente. —Unas semanas raras, pero no malas.

—Definitivamente no fueron unas malas semanas —respondí, mordiéndome el labio inferior. —Unas semanas bastante buenas.

—¿Incluso con todo lo que está pasando con tu ex?

Me reí un poco. Su cara estaba a sólo unos centímetros de la mía. —Es fácil olvidarse de él cuando estoy contigo —dije, y lo dije en serio. Era fácil olvidarse de todo y de todos los demás

cuando estaba con él.

Su agarre alrededor de mi cintura se apretó y nuestros cuerpos se tocaron, enviando una sacudida de electricidad por mi columna vertebral. Me besó de nuevo en los labios, esta vez con más pasión, y abrí la boca para dejar entrar su lengua. Nuestras lenguas lucharon en mi boca hasta que tuve que ser yo quien se alejara, incapaz de seguir conteniendo la respiración por más tiempo. Mi corazón latía tan rápido en mi pecho que pensé que podría realmente desmayarme, y cuando me miró y se rió, las mariposas de mi estómago se agitaron.

No tenía que decir nada más. Nuestras miradas se cerraron, y él extendió su mano, y como de costumbre, la tomé. Caminamos juntos, tan rápido como pudimos, con los dedos entrelazados, hasta que cruzamos el umbral de su dormitorio. Una vez allí, cerró la puerta de un portazo y me inmovilizó contra la pared, clavando mis muñecas en la pared.

—¿Sí? —preguntó, mirándome directamente a los ojos.

—Sí —le dije, y me besó de nuevo, esta vez presionando todo su cuerpo contra mí. Él sólo llevaba pantalones delgados de pijama gris y yo sólo llevaba mis bragas y mi camisa después de haber aterrizado en su casa. Estaba mojada, y podía sentir que me mojaba más mientras me apretaba su erección. Me besó en la boca de nuevo, y luego se movió hacia abajo hasta que estaba besando mi cuello, su aliento enviando en mi cuello un placentero escalofrío por mi columna. Me besó de nuevo, manteniendo mis brazos sobre mi cabeza, hasta que su boca llegó a la tela de mi camisa. Me besó de nuevo, justo alrededor de mi cuello, y luego se alejó de mí.

No tenía que preguntar nada. Pude ver la pregunta en sus ojos, y asentí con la cabeza antes de pensar en ello. Él sonrió. —Usa tu voz, Ari —dijo, con su voz profunda—. Quiero oír tus palabras.

Me quejé un poco, igualmente molesta y me excité por la forma en que me pedía -no, exigía- que hablara. —Quiero esto —dije, con la voz temblorosa. —Te quiero a ti.

Sonrió, y sus ojos brillaron. Se apretó contra mí otra vez, su erección dura contra mí, todo su cuerpo duro contra el mío. Me estaba fundiendo con él mientras me besaba de nuevo, y esta vez, no se tomó ningún tiempo. No quería que lo hiciera. Lo quería, lo necesitaba, necesitaba tenerlo en ese momento. Mi cuerpo lo anhelaba y yo estaba haciendo marcas de media luna en su espalda con mis uñas mientras él rápidamente agarraba el elástico de mis panties y los deslizaba por mis piernas. Jadeando, salí de ellos, caminando un poco más cerca de él, y su erección me presionó, haciéndome temblar. Todavía llevaba pantalones, y pude sentir la tela contra mí. Parecía ser capaz de leer mi mente, porque dejó caer la mano con que estaba sujetando, me puso contra la pared, y puso su mano contra mí, su pulgar sobre mi clítoris.

Encontró el punto dulce, presionándome cada vez un poco más fuerte, hasta que pude sentir lo mojada que estaba, hasta que le rogué que me cogiera. Sonrió un poco, y luego me miró a los ojos. —¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que me cojas —dije, mi voz croaba, mis uñas se clavaban en la parte superior de sus hombros con cada movimiento que hacía. Se alejó por un segundo, y le ayudé a bajarse los pantalones.

Jadeé un poco al ver su polla. Todavía no me había acostumbrado, lo hermoso que era, lo impresionante que era. Nuestras miradas se encontraron, y me mordí el labio inferior. Él movió sus manos para agarrarme por las caderas y yo le ayudé a guiarlo dentro de mí. Incliné la cabeza hacia atrás hasta que la golpeé con la pared, y me mordí el labio inferior para no gritar.

Me estaba cogiendo, y me cogía fuerte, y podía sentir su aliento en mi cuello, y en mi oído, y estaba diciendo mi nombre en su aliento, y yo también podía oírme, podía oír su nombre en mis labios, podía sentir el calor de su cuerpo contra el mío, la dura pared detrás de mi cuerpo, su

polla me empujaba dentro y fuera de mí, ayudándome a acercarme cada vez más a un orgasmo.

Sus manos me agarraban, manteniéndome en su lugar, y yo intentaba no quejarme mientras mi orgasmo se acumulaba desde mi abdomen, hasta la parte superior de mi cabeza, y hasta las puntas de mis dedos. Los dedos de mis pies se enroscaron en la alfombra y me besó justo antes de que pudiera gritar su nombre, y luego todos mis músculos se contrajeron mientras él gemía mi nombre, con los ojos en blanco. Sentía cómo empujaba hacia mí, sentí sus músculos contraerse, sus muslos, su abdomen, y su control sobre mí, y él llegaba, y yo llegué, y mi orgasmo se sentía como si durara para siempre mientras nos fundíamos en el cuerpo del otro, ya que todo lo que sentía era el placer que se extendía por todo mi cuerpo, hasta que todos mis músculos se habían tensado y liberado, hasta que quise caer en un montón de nada en sus brazos.

Permanecimos así, todavía cerca el uno del otro, durante unos segundos. No fue hasta que jadeé de nuevo, esta vez para respirar un poco, que se alejó de mí. Prácticamente tropecé hacia adelante y hacia el suelo, mis piernas se sentían como si estuvieran hechas de gelatina.

Se rió, ayudándome a mantenerme en pie. —¿Estás bien?

—Sí —dije, besándolo en los labios. —Nunca estuve mejor.

Abrió la boca para decir algo, pero antes de que pudiera, el ascensor sonó, y alguien estaba en el apartamento.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Oscar

Todo lo que pasó después de eso sucedió en una rápida sucesión. Lo primero que pensé fue que Tatiana había llegado a casa demasiado pronto, que algo terrible había sucedido. La segunda cosa en la que pensé fue que necesitaba esconderme, que necesitábamos escondernos.

Instintivamente, puse mi mano sobre mis labios. Ari no dijo nada. Su ropa estaba en la habitación de invitados, así que se puso los panties de nuevo.

—Mis suegros —le dije.

Ella asintió con la cabeza, pero todo el color parecía haber desaparecido de su cara.

—¡Estoy en el baño! —Grité. Corrí al baño, y Ari corrió conmigo. Me lavé las manos y a mí mismo tan rápido como pude, haciendo un espectáculo, antes de volverme hacia ella—. Puedes salir, si...

Se miró a sí misma, al hecho de que no estaba vestida.

—Lo siento —dije. Estaba mortificado, pero sobre todo, estaba preocupado. Normalmente tenían a Tati todo el día, sin tener muchos problemas. Le gustaba pasar los fines de semana con sus abuelos. Abrí la puerta de nuevo y grité—. ¡Un segundo!

Ari me miró, con una sonrisa en su rostro. —Ve —dijo ella con la boca—. Me quedaré aquí.

Me reí un poco en voz baja, la besé en los labios suavemente, y luego me alejé de ella, cerrando la puerta suavemente como lo hice.

—Estoy aquí —dije. Entré en la sala de estar, y Tati voló hacia mí una vez que su abuela la dejó. Me arrodillé para darle un abrazo, besando la parte superior de su cabeza. —Hola, monito.

—Hola, papi —respondió ella, devolviéndome el abrazo.

—¿Te lo pasaste bien con tu abuelita?

—Sí, papá —dijo ella, sonriéndome—. ¡Vi una cabra!

—¿Ah, sí? ¿Cómo se llamaba?

—John —respondió ella—. Le dimos de comer.

Me reí, y luego miré a Daniela, con la frente fruncida. —¿Qué ha pasado?

—David está en el coche —dijo—. Podría tener neumonía, y no queremos a la bebé cerca de él ahora mismo por si es contagioso.

—¿Neumonía? —Pregunté, abriendo los ojos.

Ella agitó la cabeza. —Probablemente sea sólo un resfriado, pero sé que eres muy cuidadoso. No te culpo —dijo—. Por eso en el momento en que empezó a toser, la trajimos directamente de vuelta. Intentamos llamarte, pero no respondías al teléfono.

Sacudí la cabeza y mi mirada se dirigió hacia mi hija, que ya se estaba entreteniendo con unos juguetes que estaban esparcidos por el suelo. —¿Pero ella está bien?

—Ella está bien —respondió Daniela—. Ella realmente lo está, Oscar. Estoy tan preocupado por ella como tú.

Sostuve mi cabeza en mis manos. La mirada de Daniela recorrió la habitación, y pude ver que había puesto su mirada en los pantalones claramente femeninos del dormitorio de invitados, y los tacones que Ari había dejado en la sala de estar. Estaban junto al sofá seccional, y uno de ellos sobresalía por el lado del sofá.

Daniela pareció tardar un segundo en procesar esto. —Debí haber seguido intentándolo —dijo,

en voz baja, más para ella misma que para mí. —Normalmente siempre contestas el teléfono.

—No —dije—. Yo no... siempre puedes traerla de vuelta. Ya lo sabes.

—Sí —respondió—. Es sólo que... no me di cuenta de que tenías una amiga aquí.

Había hablado en voz baja, pero era lo suficientemente fuerte como para llamar la atención de Tatiana. —¡Papá! —dijo, corriendo hacia mis piernas—. ¿Está la Dra. Ari aquí?

Abrí la boca para responderle, sin estar seguro de lo que debía decir. Miré a mi habitación y sentí que se formaba un nudo en mi garganta. No quería mentirle a mi hija, pero con mi suegra mirándome como estaba, no sabía lo que debía decir.

—Ella... está a punto de irse, Tati —le respondí. —Tuvo una noche dura anoche, y necesita volver a casa pronto.

Tati se rió. —Está bien —dijo—. Estará aquí mañana, ¿verdad?

Pasé saliva. Una vez más, me había puesto en una posición imposible. —No estoy seguro —respondí.

Tati se encogió de hombros. Miró a su abuela y se encogió de hombros. —Ella vive aquí ahora —dijo, con toda naturalidad.

Sacudí la cabeza. —¿Puedo... puedo tener unos minutos?

—Claro —dijo. Sacó el teléfono de su bolso y vi cómo le enviaba mensajes a su marido. Sus manos temblaron un poco, algo que fue bastante nuevo, y volvió a poner su teléfono en su bolso.

Me miró. —Habla, entonces.

—Ella realmente es sólo una amiga. — Mi mirada se interpone entre mi suegra y mi hija. —No quiero hacer las cosas confusas para Tatiana.

—No me parece que Tatiana esté confundida —respondió, con toda naturalidad. Bajó la voz a un susurro antes de que él hablara—. De hecho, creo que es la única que tiene una idea muy clara de lo que realmente está pasando aquí.

—Eso no es justo.

—Tal vez. Pero no puedes decir que es sólo una amiga si te sientes lo suficientemente cómoda como para tenerla cerca a tu hija —dijo, y luego se le llenaron los ojos de lágrimas—. Cerca de la hija de mi hija.

Asentí con la cabeza. —No es así. La conocí por Tatiana. Es su pediatra —dije. Cuando vi la mirada de desaprobación en su rostro, me apresuré a justificarme—. Lo sé. Lo sé, lo sé. No esperaba que pasara nada. Me gusta mucho, como dije, estamos manteniendo las cosas de manera informal.

Sacudió la cabeza y respiró hondo antes de hablar, el pelo rizado que enmarcaba su cara se movió. —Escucha, mijo, te mereces ser feliz —dijo—. Entiendo que la muerte de Camila fue tan mala para ti como lo fue para nosotros. Tú la querías, y ella era la madre de tu hija. Su vínculo era inquebrantable. Entiendo que las cosas son difíciles para ti ahora. También entiendo que debes sentirte solo. Tienes todos los recursos del mundo y no soy ingenua. No pensé que te quedarías soltero por mucho tiempo.

Abrí la boca para responder, pero ella sólo sacudió la cabeza. Cerré la boca de nuevo, dejándola continuar.

—Si esto es algo casual, y puede serlo, entonces debes considerar cómo lo ve tu hija. Porque ahora mismo, ella está viendo a alguien que vive contigo —dijo—. Y si no vas a convertirla en un elemento permanente en la vida de Tatiana, no es justo para ella.

—He sido muy cuidadoso. Los dos lo hemos sido.

Daniela miró los tacones en el suelo, y luego me miró a mí. Se tomó un segundo para considerar lo que iba a decir, y luego sonrió un poco. —Sé que puedes hacerlo mejor que esto,

Oscar. A menudo lo haces —respondió—. Tu hija apenas ha aprendido a ir al baño y ya ha perdido a su madre. Es una gran injusticia. Pero no traigas a alguien más a su vida, alguien que le guste, que podría irse. No harás nada por ella si haces eso. Para ser completamente honesta, aunque no sea asunto mío, tú tampoco estás haciendo nada por ti. Si no quieres a esta mujer permanentemente en tu vida, entonces tal vez no quieras a esta mujer en la vida de Tati en absoluto.

—Pensé que estaba siendo cuidadoso... —Dije, más para mí que para ella. Tatiana seguía jugando tranquilamente con sus juguetes, apenas nos miraba—. Pero tienes razón. Eso es lo que me temía, y sé que tienes razón.

—Quiero que seas feliz —dijo Daniela, con la voz más suave—. Te lo mereces. Ambos lo merecen, después de todo lo que han pasado. Pero, ¿lo que estás haciendo te hace feliz?

Abrí la boca para responder, pero no hubo respuesta a eso. Ella también se estaba preparando para irse, poniendo su teléfono en su bolsillo. Se inclinó para despedirse de Tatiana y le dijo que la vería pronto, y pronto, sus tacones estaban repicando en el suelo mientras salía de mi apartamento. La vi esperar el ascensor y se dio la vuelta y me saludó diciéndome que me cuidara. Eso no era lo que quería decir, y yo lo sabía. Se refería a cuidar de mi nieta. No podía culparla por pensar eso.

Miré a Tatiana, sonreí, y luego le dije que volvería enseguida. Caminé a mi habitación, abriendo la puerta para encontrar a un Ari de aspecto ligeramente desaliñado. —Hola —dijo ella, con la voz temblorosa.

—Hola —dije, sonriéndole—. Me alegro de que hayas salido del baño.

—Bien.

Ninguno de los dos dijo nada. Ambos nos miramos, esperando que el otro empezara. Ella se aclaró la garganta, empezó a hablar, a pesar de que su voz aún no era del todo firme. —Recuerdo que mis pantalones estaban en la otra habitación. También recuerdo que mis zapatos estaban en la sala de estar. Me imaginé que tus suegros estaban aquí, y quise salvarte de la vergüenza —dijo, y luego sus mejillas se enrojecieron cuando todo se desplomó sobre sus hombros. —Supongo que era un poco tarde para eso.

—¿Oíste todo eso?

Asintió con la cabeza y por un segundo pensé que iba a estallar en lágrimas. —Lo hice. No quise escuchar a escondidas. Sólo... estaba esperando detrás de la puerta, y ustedes estaban hablando de mí, y yo sólo...

—¿Qué?

—Odio admitir esto. Tuve curiosidad —dijo—. Pero además, no podía volver de puntillas al baño. Tu hija podría haberme escuchado, podría haber entrado aquí, y ni siquiera estaba completamente vestida. No sabría cómo tratar de explicar eso.

Sacudí mi cabeza, agarrando su mano. —No te preocupes, Ari —dije—. No tienes que hacerlo.

—No lo sé —dijo—. Ella es...

—¿Qué?

—Ella tiene razón. Tu suegra —dijo—. Tatiana está tan confundida que cree que vivo aquí. No vivo aquí.

Asentí con la cabeza, llevándome su mano a la cara, besando las puntas de sus dedos. —Sé que no vives aquí.

—Genial, ambos sabemos que no vivo aquí —respondió—. Tu hija pequeña no sabe que no vivo aquí. ¿No ves que eso es un problema?

Me mordí el labio inferior. —Ella es sólo pequeña. Probablemente no entienda nada de esto.

—No lo hace. Tienes razón, es muy pequeña —dijo. Sacudió la cabeza. —Estábamos planeando mantener esto de manera informal y...

—Hemos fallado un poco —dije, terminando su frase por ella. —Mayormente, yo soy el que ha estado fallando en eso.

—Aún no te has presentado en mi casa borracho —dijo—. Bueno, tal vez sí, pero si lo has hecho, no me he dado cuenta.

Me reí. —Como dije, siempre eres bienvenida aquí.

Ella pasó saliva, miró hacia otro lado y me sujetó la mano aún más fuerte. —Tal vez no debería serlo.

Quería contradecirla. Quería decirle que estaba equivocada, que quería que decirle que podía tener las llaves de mi casa. Pero no pude.

Porque no estaba equivocada, tenía razón, y estaba dejando que mi soledad y la lujuria por ella me cegaran. Como mi suegra había insinuado. Al principio, estaba tan seguro de que no quería que nada interfiriera con el cuidado de Tatiana. Ahora, sabía que yo era el que se estaba interponiendo. Tal vez no estaba enferma físicamente, pero una vez que eliminé la presencia de Ari para mi vida, si las cosas no funcionaban, cuando las cosas no funcionaran, porque ninguno de los dos estaba listo para una relación, Tatiana iba a ser herida psicológicamente.

Lo último que quería, considerando la confusión por la que había pasado en los últimos dos años. Sólo era una niña pequeña, que no debería haber tenido que soportar ninguna de las cosas que el universo le había arrojado.

—Odio decir esto, pero creo que podrías tener razón.

—No sabemos cómo tomarlo con calma. No sabemos cómo mantenerlo casual y eso significa que no debería estar cerca de tu hija.

Sacudí la cabeza, riéndome un poco. —Es algo irónico, considerando lo mucho que le gustas.

—Lo sé. También me gusta —dijo, resoplando un poco. —Amo a su familia.

Suspiré, sacudiendo la cabeza. —Ari, lo siento mucho. Desearía que hubiera algo que pudiera hacer.

—A menos que quieras casarte conmigo —dijo, con una sonrisa triste en su cara—, creo que no hay nada que puedas hacer. —Honestamente, lo entiendo totalmente... Entiendo que ninguno de los dos está en un buen lugar ahora mismo para una relación. Es una mierda, pero es lo que es. ¿Tal vez en un año o dos? Cuando el divorcio termine, cuando Tatiana sea un poco mayor. No lo sé. No sé qué va a pasar en un año o dos.

Cerré los ojos. Sabía que iba a decir que lo siguiente iba a doler, pero tenía que decirlo. No por ella, por mí. Porque necesitaba hacerlo real. Porque si no, sabía que volvería a ella, una y otra vez. Durante todo el tiempo que me dejara, y sabía que no sería saludable, y sabía que se filtraría en todos los demás aspectos de mi vida. Incluyendo el bienestar de mi hija.

Y a pesar de lo mucho que me gustaba Ari, y una mierda, me gustaba Ari, pero no podía hacerle eso a ella. No después de todo lo que había pasado.

—No lo creo, Ari.

Me miró, ladeando la cabeza. —¿Qué quieres decir?

—Creo que es mejor que mantengamos un contacto limitado de aquí en adelante —dije, y las palabras sabían amargas en mi boca. Ella soltó mi mano, y vi su brazo colgando junto a su cuerpo—. Sólo lidiar con el cuidado de Tatiana, nada más. Espero que te parezca bien.

Ella me miró. Sus ojos estaban nadando en lágrimas, pero asintió lentamente. —Por supuesto, por supuesto que está bien para mí' —respondió, sus palabras demasiado juntas, su voz tan tranquila y baja que tuve que inclinarme para entenderla. —Sabía que esto no iba a durar. Lo

sabía. Sabía que... sabía que algo iba a pasar.

—Lo siento. Desearía poder cambiar las circunstancias, pero no puedo.

Me miró, asintiendo con la cabeza. Inclino la cabeza hacia atrás, así que no pude verla llorar. No iba a llorar delante de mí, porque era muy orgullosa. Yo sabía eso de ella.

Había una parte de mí que quería decirle que estaba bien, que yo también estaba molesto, que quería llorar. No iba a hacerlo, por supuesto, lo último que quería era herir su orgullo más de lo necesario.

—Iré a buscar mis cosas —dijo. La vi salir de mi dormitorio y cerrar la puerta suavemente detrás de ella, casi como si lo hiciera automáticamente, y en ese momento, estaba seguro de que iba a salir de mi vida para siempre.

CAPÍTULO DIECISIETE

Ari

La primera noche después fue la peor. El fin de semana me había dejado tan mal parada que cuando llegué al trabajo el lunes por la mañana, los círculos bajo mis ojos eran inmanejables, incluso con base y corrector. A los pacientes no les gustan los médicos que parecen enfermos, y a los padres, especialmente, no les gustan los médicos que parecen enfermos, así que todo el mundo estaba desconfiado y más parco de lo habitual durante todo el día.

Cuando terminé el trabajo, me sentí como una mierda. Llamé a Vanessa, que me dijo que la visitara, y estuve en su casa justo después del trabajo.

No fue hasta que llevábamos una hora de película que me di cuenta de que la persona de la que más me quejaba era Oscar. Vanessa no había dicho nada, pero no tenía que hacerlo. Sabía exactamente lo que estaba pensando.

Vanessa había vaciado una botella de vino ella sola. Yo quería beber un poco, pero me daba un poco de náuseas, así que decidí dejarlo pasar, a pesar de que quería desesperadamente un poco. Probablemente fue porque estaba emocionalmente exhausta por el fin de semana. La mediación había sido un gran comienzo para un fin de semana terrible. Me había sentido mal, pero me sentí mucho peor el sábado, al salir de la casa de Oscar. Sabía que las cosas habían terminado entre nosotros. Sabía que no podía hacer nada. Me sentí un poco mal al saber que me había involucrado tanto cuando él claramente no tuvo dificultad en irse.

No debería haberme enfadado. Sabía cuál era nuestro acuerdo desde el principio. Sabía que probablemente nunca seríamos algo a largo plazo, sabía que ambos éramos personas heridas, sabía que sólo íbamos a divertirnos juntos. Entendí que ese era siempre el plan.

También sabía que no debería haberme enamorado de él, y eso quedó muy claro entonces, cuando me reuní con mi mejor amiga, me di cuenta de que no sólo me gustaba por el buen sexo.

Me gustaba porque me hacía reír. Me gustaba porque sin esfuerzo, incluso fuera de la habitación, siempre me hacía sentir hermosa, valorada, inteligente. Nunca me habló con desprecio. Aunque era un billonario, literal, siempre me hizo sentir como su igual. Había tantas cosas que me gustaban de él, y era obvio que no podría tenerlo. En ningún universo un multimillonario de la tecnología iba a tener una relación comprometida a largo plazo conmigo. Aparte de ser una pediatra, mi salto a la fama era ser una joven divorciada sin familia propia. No tenía nada que ofrecerle, nada que ofrecerle a su hija, y él podía tener cualquier chica que quisiera.

No me quería a mí. Era obvio, porque ¿cómo podría quererme? Estaba destrozada. No merecía reemplazar a su esposa. No quería reemplazar a su esposa. Incluso cuando me metí en esto, sabía que nunca sería tan buena para él como lo fue ella. Nunca le iba a dar lo que ella le había dado si hubiera querido una relación a largo plazo conmigo, que no la quería.

Vanessa se giró para mirarme. —Bueno, no me di cuenta de lo mucho que te gustaba este tipo.

Sacudí la cabeza. —Yo tampoco lo hice. Honestamente, pensé que era una gran manera de superar a Roger.

—Ya habías superado lo de Roger. Mucho antes de que empezaras a intentar divorciarte de él.

—Lo sé. Sé que lo había superado, me decía a mí misma que estaba comprometida, pero no lo estaba. Honestamente, sólo quería un bebé —dije—. Todavía quiero un bebé. Tengo que dejar de desviarme de los hombres y sólo...

—¿Tener un bebé? ¿Sola? Creo que eso es muy malo —dijo.

La miré. Mis ojos estaban muy abiertos. —¿De verdad crees que puedo hacerlo?

Se acercó a mí en el sofá, agarrándome las manos y mirándome a los ojos. —Nena, si alguien puede hacerlo, eres tú —dijo—. Eres tan fuerte. Sé que sigo diciéndolo, pero es verdad. Mira, básicamente te pusiste a estudiar medicina, te las arreglaste para aguantar a Roger, y puede que no haya durado, pero literalmente muy pronto después de que tu marido te abandonara, encuentras a un billonario con quien acostarte.

Me reí un poco. —Bueno, cuando lo pones así....

—No hay otra manera de decirlo. Eres increíble, y el hecho de que no pienses que eres increíble me asusta —dijo—. Vas a ser una madre increíble, y no tienes que esperar a ningún chico. Puedes hacerlo tú misma. Ve a un banco de esperma, inseminate. Encuentra otro doctor donante, y ten hijos doctores sexys.

Suspiré, apoyándome en el sofá e inclinando la cabeza hacia arriba para poder mirar su techo. —¿Es una tontería?

—¿Qué es lo que es tonto? —preguntó ella, devolviéndome la pregunta. Me ofreció un poco de vino, pero lo rechacé, optando por otra galleta con una rebanada de queso. Nunca me había gustado tanto el queso, pero ella había puesto un camembert, y en cuanto lo olí, quise comérmelo todo.

—Sabes —dije, después de un rato—. ¿Que lo quería todo?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sabes —dije, poniendo los ojos en blanco. —Todo el asunto de la familia nuclear. Un padre, un cachorro y un jardín.

Ella ladeó la cabeza. —¿Quieres un patio?

—Bueno, no —dije cuando vi su cara—. Realmente no quiero un patio. Sólo me gusta la idea de tener una familia.

Sacudió la cabeza y luego me apretó el hombro. Puso su cabeza en mi hombro y suspiró. —Sé que probablemente no es lo que tenías en mente, pero tienes una familia.

—Lo sé. Pero eso no es lo que quise decir, y tú lo sabes. Sé que soy una mujer moderna, pero sólo quería algo tradicional —dije, y luego me lamí los labios—. Sólo pensé... no lo sé. No creo que lo haya pensado mucho, pero creo que eso es lo que quería con Oscar. Y me mentía a mí misma, me decía a mí misma que no era lo que quería, pero definitivamente lo era. Pero claro que eso no podía pasar, ¿verdad? Porque él ya tenía una familia propia.

Vanessa terminó un sorbo de su vino, y se enderezó. —No creo que eso fuera lo que escuché cuando me contaste la historia.

—Bien entonces, Dra. Terapeuta. Pongamos a prueba tu superpoder. ¿Qué has oído?

Ella hizo una mueca, y luego se rió. —Escuché que este es un momento de transición, y que ambos están asustados.

—Tengo miedo. Estaba asustada, pero creo que estaba siendo una idiota —dije, y luego sacudí mi cabeza de nuevo, y me llené la boca con otro brebaje de galletas de queso. —Por supuesto, es demasiado tarde para decirle eso. Es demasiado tarde para decirle nada.

Vanessa asintió. Ambas vimos la película en una escena de pelea, y luego se volvió para mirarme. —Escucha —dijo—. Sé que eso no te ayuda mucho ahora, pero habrá otros hombres. Habrá otras oportunidades para el tipo de familia que quieres.

Sacudí la cabeza. —¿Incluso si voy y me insemino artificialmente? ¿Incluso si así es como me las arreglo para tener un hijo? —Dije, sacudiendo la cabeza—. Quiero decir, sabes que esa es una de las razones por las que Roger me dejó.

—Lo sé —dijo, y luego me miró de reojo por un segundo—. Y como médico, ya sabes, de medicina, y no de psicoterapia, eres consciente de que un hombre tiene tantas probabilidades de experimentar problemas de fertilidad como la mujer. Ustedes nunca llegaron tan lejos. A él le gusta culparte.

—Ojalá pudiera decirte que te equivocas.

—Lo sé. Y también, no sé mucho sobre cómo concebir, ¿pero tus niveles de estrés no lo afectan?

Asentí con la cabeza, un poco triste. —Y también —dije—. Como médico, sé que tienen que dormir juntos para que eso suceda.

—Ahí tienes —respondió ella, riéndose—. Has resuelto el misterio.

Yo también me reí, luego me quejé y volví a mirar al techo. —Realmente pensé que tendría esto, sin embargo, V, desde que estaba en la escuela, mi vida iba por buen camino para que al menos tuviera esto, ¿sabes?

—Y lo tendrás —respondió—. Tal vez no de la manera que pensaste que lo harías, pero ¿eso lo hace menos válido?

Me lamí los dientes antes de voltearme a mirarla. —No —dije—. Supongo que no. El problema es que pienso, no sé...

Levantó las cejas, lo que me hizo reír.

—Creo que estoy enamorada de él —dije, y mis propias palabras sonaron huecas y extrañas en mis oídos. Mis ojos se abrieron de par en par cuando la comprensión comenzó a calar—. Oh Dios mío, estoy enamorada de Oscar.

Vanessa rió en silencio, luego su expresión se suavizó cuando vio mi cara. —¿Qué? —dijo cuando la miré fijamente. —Ese apenas necesitó a un científico de cohetes.

Le di un puñetazo juguetón y me quejé. Cerré los ojos. —Esto es molesto —dije—. Siento como... como si faltara algo.

—Lo entiendo —respondió—. Pero pronto se sentirá mejor.

—Creo que te equivocas —dije, lloriqueando. —Esto apesta.

—Lo sé —dijo—. Pero con suerte, no apestará para siempre.

Sacudí la cabeza. —Supongo —dije mientras acababa con el camembert y las galletas. Me lo tragué con un poco de agua con gas antes de hablar—. Sólo espero que tengas razón.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Ari

Mi cabeza estaba palpitando cuando me desperté. Miré el reloj de mi mesita de noche y noté que aún eran las cuatro de la mañana. No había comido nada la noche anterior, porque mis náuseas habían empeorado. No estaba segura de por qué, porque no era como si hubiera comido algo en mal estado. Me sentí mareada cuando me levanté, y apenas pude ir al baño.

Me arrodillé frente al inodoro y vacié el contenido de mi estómago, que era mayormente bilis. No me gustaba tener náuseas y no me gustaba vomitar. Me levanté y me tambaleé un poco mientras me sostenía frente al lavabo. Tenía bolsas bajo los ojos, y mis labios estaban secos. No me di cuenta de lo mareada que me sentía hasta que intenté alejarme del lavabo. Me sentí horrible, y me veía igual de mal.

Traté de pensar en qué podría estar causando estos síntomas. Estaba cansada, más cansada que de costumbre, y tenía náuseas, y había algunos aromas a los que normalmente no era sensible. Tenía muchas náuseas y...

Mientras repasaba los síntomas en mi bodega, sentí un shock.

No puede ser. No puede ser. Me miré en el espejo, y mis mejillas se veían hundidas, y había ojeras bajo mis ojos.

Y cuando conté, una y otra vez, estaba casi segura. Estaba casi completamente segura.

Miré en el armario bajo el fregadero, sabiendo con seguridad que no encontraría nada. Me había deshecho de todas las pruebas de embarazo que había comprado en el momento en que me mudé, pero esperaba que alguna se hubiera olvidado durante mi mudanza. No fue así.

Gemí en voz baja. No quería ir a ningún sitio, pero no tenía elección. Me dirigí hacia mi teléfono, lo agarré y me quejé al abrirlo. La pantalla era demasiado brillante, y me estaba dando vueltas la cabeza. Llamé a la oficina, les dije que estaba enferma y no les di ningún detalle. No quería hacerlo. No podía. Legítimamente no sabía qué me pasaba.

Me dirigí a mi coche, sintiéndome completamente mal del estómago. Estaba tropezando por las escaleras. Pensé que me sentiría mejor si comía algo, pero nada podía calmar mi estómago. Sólo una cosa.

Tenía que saberlo.

Llegué tarde, pero eso no significó nada. A menudo mi período se retrasaba, y no había significado nada cuando estaba con Roger, incluso cuando estábamos intentando activamente tener un bebé. Me metí en el coche, bajé la ventanilla, intenté tragarme la bilis de la garganta y cerré los ojos un segundo antes de poner en marcha el motor. Mis manos estaban frías, así que me aseguré de encender la calefacción antes de decidirme a ir a cualquier parte.

Giré la llave en el encendido y respiré profundamente otra vez antes de ir a la farmacia. Estaba cerca, y normalmente, habría caminado, pero me sentía tan mal que no sabía si iba a poder seguir de pie hasta allí.

Conduje un poco descuidada hasta que estuve allí, estacioné en el lugar de estacionamiento de las camionetas, y prácticamente corrí hacia adentro. Agarré la prueba de embarazo, la llevé a la fila de autoservicio y la guardé en el bolsillo después de haber pagado con mi reloj.

Salí corriendo de la farmacia y volví corriendo a casa.

Entré en el baño, cerré la puerta con un golpe y la desenvolví con los dientes. Sabía que no

debía hacer eso. Después de eso, era cuestión de esperar dos minutos muy, muy largos.

No me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Estaba, estaba conteniendo la respiración, y estaba mirando las líneas de la prueba de embarazo. Había dos de ellas. Lo agité, como si eso fuera a cambiar los resultados, y luego agarré el otro que todavía estaba en la parte superior del lavabo. La abrí con las uñas, la puse debajo de mí y volví a hacer la prueba, aunque no tenía que hacerlo. Necesitaba saber que estaba bien. Tenía que saberlo. Porque si lo estaba, eso iba a cambiar todo para mí.

Vi un video en Internet, esperando que pasaran los dos minutos. Sabía que no era probable que obtuviera un resultado diferente, los tests de embarazo positivos son extremadamente raros, pero necesitaba comprobarlo. Necesitaba asegurarme. Me sentía un poco más estable, y ahora, sentía que podría ser un poco feliz.

Fue un shock, ciertamente algo que no esperaba, pero nunca se me ocurrió usar protección. Nunca hablamos de planificación familiar, algo que debimos haber hecho, porque nunca se me ocurrió que podría quedar embarazada. No de esta manera. No sólo de una aventura, no después de haber pasado literalmente años planeándolo.

Miré la otra prueba de embarazo. Era positiva, y estaba segura de que era correcta. Me levanté, me subí los pantalones, me lavé las manos y me lavé la cara.

Iba a tener un bebé. Había deseado desesperadamente tener un bebé durante tanto tiempo. Se sentía raro pensar en ello, se sentía raro pensar que no sería con mi exmarido. No habría sido un buen padre, pero al menos mi hijo habría tenido un padre. Oscar probablemente no querría involucrarse. Ya tenía su propia familia, su propia pequeña vida perfecta. Me preguntaba si tenía que decírselo. Cogí mi teléfono del mostrador y llamé a Vanessa. El teléfono se fue al buzón de voz. Me quejé, pero cuando volví a mirar al espejo, estaba sonriendo.

—Tienes que decírselo —me dijo Vanessa al oído.

—Lo haré. Lo haré, una vez que descubra que todo esto es viable —dije. Acababa de llegar a la clínica de embarazo, para mi primera visita prenatal. Sabía que iba a ser intenso. Las visitas prenatales a menudo lo eran.

—Necesita saber.

—Lo sé. Pero no necesita saber si esto no sucede realmente.

—Estás embarazada. No soy el doctor aquí, pero no entiendo qué crees que tiene que pasar ahora.

Me reí un poco al salir del coche. Me sentía mucho mejor, con menos náuseas. Desde que supe que estaba embarazada, manejar las náuseas matutinas fue un poco más fácil que cuando estaba sin diagnosticar. Cerré la puerta antes de volver a hablar por teléfono. —No es físico. Es psicológico. No me lo creo de verdad, ¿sabes?

—¿No?

Asentí con la cabeza, haciendo clic en las llaves para cerrar el coche y activar la alarma. —No creo que lo haga. Sé que esto es un poco tonto, pero no creo que vaya a creerlo hasta que el bebé esté realmente en mis brazos.

Se rió. —Supongo que es perfectamente natural. Aunque, tal vez son los bebés. Apuesto a que resultan ser gemelos.

Sacudí la cabeza, abriendo la puerta. —Cállate. Es muy improbable que sean gemelos.

—Pero podría suceder.

Yo hice una mueca. —Mi familia no tiene antecedentes de gemelos. De todos modos, estoy aquí —dije—. Necesito registrarme. Te llamaré más tarde.

—Bien, nena —respondió—. Buena suerte. Sabes que voy a decir lo mismo, ¿verdad?

—Te prometo que lo llamaré hoy. Dependiendo de cómo vayan las cosas.

—Oye, no tienes que prometerme. Creo que te vas a patear a ti misma si no lo haces —respondió—. Hazme saber cómo va?

—Lo haré —dije, terminando la llamada y caminando hacia la recepcionista.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Oscar

No esperaba recibir una llamada de ella.

Había sido un zombie andante. Había tratado de olvidarla, había tratado de hacer las cosas tan normales para mí y para mi hija como fuera posible. Tatiana se había dado cuenta. Era un problema, porque no quería que pensara que estaba triste. Lo estaba, y podía ver que ella echaba de menos a su amiga. Odiaba haber hecho que eso sucediera. Debí haber sabido que no debía presentarle a una mujer que no iba a formar parte de mi vida para siempre. Debería haber sabido que no tenía que traerla por aquí. Definitivamente debería haber sabido mejor que salir con el pediatra de mi hija sólo iba a ser complicado, y no quería que las cosas se complicaran. Quería que fueran tan estables, tan simples y tan fáciles de digerir como fuera posible para Tatiana. Sólo tenía tres años, ya había perdido a su madre, y era mi trabajo protegerla.

Ya le había fallado. Y estar triste a su alrededor, haciéndola sentir que tenía que ser ella la que hiciera sentir mejor a su padre, me hizo sentir como una absoluta mierda. Me desplazaba libremente a través de mi fuente de noticias en redes sociales, apenas prestando atención, y sin decir nada, mientras Tati veía películas a mi lado. Siempre había intentado estar más comprometido con ella, pero sentía que iba a estallar en lágrimas si decía algo sobre Ari. No quería sentirme así, y pensé que lo superaría eventualmente, pero así es como me sentía.

No fue hasta que Tatiana me dijo que iba a poner una película, para que nos sintiéramos bien por un tiempo, aunque no nos hiciera sentir mejor para siempre, que tuve que excusarme para ir al baño y empecé a sollozar.

Habían pasado semanas, habían pasado meses, pero sentí como si Ari se hubiera abierto camino en mi corazón y se hubiera hecho un hogar allí, y como si nunca se fuera a ir. Era molesto, inconveniente. Era demasiado. Pensé que no me enamoraría de ella, y habíamos insistido en mantener las cosas informales, y ahora esto había sucedido.

Hice todo lo posible por no pensar en ella. En realidad no funcionó, pero cada día, se hizo un poco más fácil. Pensaba en ella, inmediatamente cuando me despertaba, y luego cuando me iba a la cama. Estaba mal, pero estaba mejorando.

Tenía la esperanza de que mejorara.

En cambio, empeoró. Porque fue entonces cuando empezaron los sueños. Teníamos una conversación perfectamente normal, o estábamos en la cama, riendo, y yo acariciaba su pelo. Todo era perfectamente normal, doméstico. Era la forma en que debería haber sido. Y luego me despertaba, y mi cama estaba vacía, completamente fría.

Porque lo que soñaba cuando dormía no era como era en realidad. Había una posibilidad, una buena, de que nunca la volviera a ver. Necesitaba acostumbrarme a esa idea. Necesitaba hacer las paces con ella. Lo intentaba, estaba trabajando en un código difícil, cuando recibí una llamada de ella.

Al principio, estaba seguro de que había marcado el número equivocado. No quería contestarle. Quería que pareciera que no había estado pensando en ella todo este tiempo. Pero el pensamiento sólo cruzó mi mente por un segundo. Agarré mi teléfono, lo puse junto a mi oreja y respiré profundamente antes de responder la llamada.

—¿Hola? —Dije.

—Hola. ¿Estás ocupado?

—No —dije, aunque lo estaba—. ¿Qué está pasando?

Esperó un segundo. No estaba seguro de lo que iba a decir, no estaba seguro de lo que podía decir. —Necesito hablar contigo —finalmente respondió—. De verdad que sí.

—No lo sé —dije. Y no lo sabía. No sabía si podría volver a verla, no sin romperme el corazón. Sabía que era egoísta, pero necesitaba protegerme. Protegerme a mí mismo como parte de la protección de mi hija—. No veo realmente lo que ha cambiado.

—De eso es de lo que necesito hablarte,

Esperé, pero no me dio más información, al menos no al principio.

—Realmente creo que tenemos que hacer esto en persona —dijo finalmente, cuando se dio cuenta de que no le iba a decir nada más.

Me levanté de mi silla y me alejé de la computadora. —Lo siento, ¿tenemos que hacer qué?

—Mira, ¿ya has almorzado?

Miré mi reloj. No lo había hecho, y ya eran las dos. A veces, cuando entraba concentrado, era difícil salirme de ahí y recordar las cosas simples, como el hecho de que necesitaba comer. Me esforzaba mucho por mantener la cabeza baja y trabajar, porque sabía que eso era lo que necesitaba olvidar. Pero no esperaba una llamada telefónica de ella. No esperaba que ella tirara una llave en todo el asunto. —No, no lo he hecho.

—Bien. Te invito a almorzar. ¿Nos vemos en el Taco Central en veinte minutos?

No podía decir que no. Pensé en excusas, pero no tenía ninguna. Realmente quería verla, y no importaba lo que había planeado originalmente. Podía ver su hermoso rostro de nuevo, sus ojos, su cabello. Podía... tenía que dejar de entusiasmarme. —Bien. Te veré allí.

Unos minutos después, la estaba esperando. Estaba sentado en una de las mesas exteriores junto al pequeño restaurante. Era un día frío, así que no me sorprendió cuando la vi acercarse a mí. Llevaba un abrigo, una bufanda roja y un sombrero que parecía cubrir la mayor parte de su cara. Sus ojos se arrugaron un poco cuando me vio, lo que pensé que podría haber sido una sonrisa. Le devolví la sonrisa.

—Hola —le dije.

Empezó a quitarse la ropa de invierno. Primero los guantes, luego la bufanda, y luego subió un poco el sombrero para que ya no estuviera tan cerca de sus ojos. Su nariz estaba roja, y tenía bolsas oscuras bajo los ojos.

—Ey —respondió después de un rato—. ¿Ya has ordenado?

Sacudí la cabeza.

Se mordió el labio inferior. —Tal vez deberías. Creo que esta puede ser una conversación muy larga. No te importa tomarte un largo almuerzo, ¿verdad?

Me encogí de hombros. —Yo soy el jefe —respondí—. No importa cuánto tiempo me tome.

—Bien. —Por supuesto —dijo con una sonrisa. —Bueno, ordena, entonces podemos hablar.

—¿Qué es lo que quieres?

—Tacos de carne, por favor —dijo, y luego me miró—. Mucho cilantro. Pero probablemente debería pagar por esto.

Sacudí la cabeza, riéndome un poco. —No te preocupes por eso. Yo me encargo.

—No es eso lo que me preocupa —dijo en voz baja.

La escuché, pero no la reconocí. Había una parte de mí que tenía miedo de hacerlo. Para lo que sea que me haya llamado aquí, era claramente importante. Sin embargo, no parecía tener nada que ver con nuestra relación. No pude evitar estar un poco dolido, lo que me sorprendió. No debería haberme preocupado. Siempre podría haberla llamado, y elegí no hacerlo. Mi pulgar se deslizaba

sobre su tarjeta de contacto en mi teléfono.

Todas las veces que quise llamarla, me recordé que probablemente era mejor que no lo hiciera. Al igual que ella probablemente sabía que era lo mejor si no me llamaba. Por eso estaba tan confundido, porque no podía entender por qué me había invitado a almorzar.

Pedí la comida, e hicimos una pequeña charla sobre el tiempo hasta que llegó. Tenía claro que ella no quería decir nada, aunque era la que había convocado la reunión y yo no quería presionarla. Asumí que estábamos allí por una razón, pero no sabía cuál era. A pesar de mí, a pesar de todo, estaba disfrutando de su compañía, y no quería que se detuviera. Me dije a mí mismo que lo tomara, que lo disfrutara todo el tiempo que pudiera, incluso si su compañía se sentía condicionada. Incluso si lo era. Esto era mejor que no tenerla en mi vida en absoluto.

Se comió sus tacos con una velocidad impresionante. Mientras yo seguía trabajando en los míos, ella volteó su cara para mirarme. —Bien, aquí va —dijo, limpiándose la boca con la servilleta. Respiró profundamente otra vez, y cuando volvió a hablar, su voz temblaba—. Estoy embarazada.

Pestañeé. Mi estómago se agitó. Dejé caer la comida que sostenía en el plato, y la miré fijamente, con la boca abierta. No estaba seguro de qué decir, así que no dije nada. Continué observándola, esperando que me aclarara las cosas.

Se movió incómodamente en su asiento y esperé, sobre todo porque me quedé sin palabras. Mi mente se aceleró. Había cerca de un millón de cosas que podía decir, pero ninguna de ellas parecía correcta, ni tampoco apropiada. Seguí esperando. El tiempo parecía estirarse para siempre, aunque probablemente sólo fueran unos segundos.

—Lo sé —dijo. Miró sus manos, que estaban su regazo—. He pensado mucho en esto, y no quiero deshacerme de él.

Mis ojos se abrieron de par en par. Mi corazón cayó sobre mi estómago. La idea de deshacerse de mi hijo era ridícula. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

—Tú eres el padre, en caso de que haya alguna duda.

Ella me miraba, me miraba fijamente, su mirada justo en la mía.

Yo asentí. —Está bien.

—¿Está bien? —Ella preguntó. No parecía estar impresionada. Agarró su bolso y comenzó a sacar algunos papeles—. Me tomé la libertad de redactar algunos papeles. Esto terminaría con tus derechos paternales, pero aseguraría que nunca tengas que pagar ninguna manutención. Es en tu mejor interés. En el interés de ambos. Me aseguré de encontrar un abogado que fuera ecuánime, pero tal vez quieras que tu propio abogado lo vea. Ella es la que se ocupa de mi divorcio ahora, así que puedo darte su número.

Lo puso en el escritorio cuando no lo acepté. Seguí mirándola, la miré de arriba a abajo. Las bolsas bajo sus ojos estaban marcadas, pero también estaba resplandeciente. Estaba tensa, lo pude notar por cómo estaba sentada, pero estaba feliz. No tenía forma de decirlo con seguridad, era sólo la forma en que se comportaba, la forma en que hablaba cada vez que hablaba de estar embarazada. Como si estuviera a punto de sonreír.

—Deberías mirar esto —dijo, su mirada se interponía entre los documentos sobre la mesa y yo.

Sacudí la cabeza. —No lo creo —dije.

Ella gimió. —¿Por qué?

—Porque realmente no quiero hacerlo.

Cerró los ojos, claramente irritada. —Bueno, los dejaré ahí. Puedes mirarlos cuando quieras, y sé que va a haber más cosas que resolver legalmente, pero sólo quería absolverte de la responsabilidad —dijo.

—Y dejármelo saber, ¿verdad?

—Sí —dijo ella, frunciendo el ceño. Empezó a recoger sus platos desechables, y supe que se preparaba para irse—. Por supuesto.

—¿Eres feliz? —Le pregunté.

Ni siquiera tuvo que pensarlo un segundo. —Sí, mucho. Siempre he querido tener un hijo. Siempre he querido ser madre —respondió—. No pensé que tendría la oportunidad de hacerlo ni por un minuto, y eso me asustó.

—Me alegro por ti —dije.

Ella sonrió, sus ojos rebosaban de lágrimas. —Lo siento, deberíamos haber hablado de protección contigo. Es que nunca pensé...

—Ya lo entiendo —respondí—. No era sólo tu responsabilidad. Debí haber hablado de protección contigo también.

—Gracias. Por ser tan comprensivo —dijo—. No quiero hacerte la vida difícil, así que si pudieras...

—Creo que es un poco tarde para eso —dije, agarrando su mano, que estaba helada—. ¿No lo crees?

—No quise complicarte la vida —dijo—. No pensé que reaccionarías así.

—¿Cómo creías que iba a reaccionar?

Su mirada se abrió paso entre mi cara y su mano que estaba en la mía. —Pensé que te enfadarías —dijo, con la voz temblorosa. Cuando cerró los ojos, lágrimas gordas se deslizaron por su cara. —Furioso.

—¿Porque voy a ser padre? ¿Otra vez? —Pregunté y me reí, sacudiendo la cabeza. —Ser padre es lo que más quiero en el mundo. Entre otras cosas, pero sí, esa está entre las primeras.

—Quieres estar involucrado —dijo. Fue más una declaración que una pregunta.

Asentí con la cabeza. —Por supuesto que quiero participar. Este es mi hijo, mi sangre. Y tú eres su madre —dije—. Lo que sea que haya pasado entre nosotros, Ari, necesito cuidarte. Cuidar de los dos ahora.

Ella tragó, resoplando un poco. Le limpié las lágrimas.

—¿Por qué lloras?

—No lo sé. Después de todo lo que ha pasado, pensé que me ibas a decir que me deshiciera de él.

—¿Por qué te diría eso?

Se encogió de hombros y comenzó a sollozar. La sostuve, hasta que se agotó. Cuando dejó de llorar, pensé en besarle la cabeza, pero no lo hice.

Cuando se alejó, sonreí. —Hola —dije—. ¿Qué tal si te llevo a casa y te preparo un postre, y luego podemos hablar de todo esto con un poco más de detalle?

Se congestionó de nuevo, su cara hinchada y roja. —Hay mucho de lo que hablar.

—Lo hay —dije—. Y puedo proporcionarte todo tipo de sabores de postre.

—Conoces el camino hacia el corazón de una chica —dijo.

—Eso espero —respondí, y la miré a los ojos por un segundo antes de que asintiera con la cabeza.

—Está bien —dijo—. Vámonos.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Ari

Me había preparado para cada escenario posible. Uno en el que me gritaba, en el que me decía que estaba siendo ridícula, en el que me pedía que me deshiciera del bebé. Había otra en la que me decía que estaba feliz de ceder sus derechos. Había otro escenario en el que me preguntaba por qué se lo había contado.

Había un montón de escenarios. Estaba preparada para todos ellos. No estaba preparada para que me pidiera que volviera a su casa, y definitivamente no estaba preparada para que se emocionara. No le encontraba sentido. No creí que él quisiera saber de mí porque todo entre nosotros era casual, y queríamos que siguiera siendo así.

Un bebé sólo complica las cosas, considerablemente. No sabía cómo íbamos a manejar eso. Me sentí un poco mal. Sabía que haría lo correcto, porque era esa clase de hombre. El tipo de hombre que se ponía al frente. Por supuesto que hubiera querido hacer lo correcto.

No estaba preparada. En vez de eso, me quedé sorprendida, completamente perdida. No sabía cómo se suponía que debía sentirme con respecto a todo esto. Pensé que me molestaría un poco su reacción, pero esto me tomó completamente desprevenida. Por otro lado, sabía que tenía que ir con él.

Era el padre de mi hijo, y aunque llevaría un poco de tiempo, hablar de los arreglos era importante. Me dejó entrar primero en su apartamento. Miré alrededor, pero él sonrió. —Está en la guardería.

—¿Cómo está ella?

—Ella es buena. Estará encantada cuando le digamos que va a tener un hermano.

Lo miré por un segundo. Ni siquiera había considerado a Tatiana, o su papel en mi embarazo. La amaba, y me había devastado cuando su padre y yo habíamos roto, porque estaba disgustada porque probablemente nunca la volvería a ver. Sonreí. —Sí, se va a emocionar.

—Lo estará. Siempre ha querido tener un hermanito o hermanita —dijo—. Nos preguntaba constantemente a Camila y a mí, desde que pudo hablar por primera vez.

Miré hacia abajo. Él me miró, y pude sentir su mirada en mi cara. Abrí la boca para hablar, pero no dije nada. Podría haber estado embarazada de su hijo, pero no era un sustituto para que su esposa tuviera un segundo bebé.

Se acercó a mí. Puso sus manos en mis brazos, apretando suavemente. —¿Mírame?

Hice lo que me dijeron. —¿Qué?

—Camila y yo nunca tuvimos otro bebé, no porque no pudiéramos, sino porque al final, nos odiábamos un poco —dijo, y luego se rió, sacudiendo la cabeza. Miró a sus propios pies antes de continuar hablando. —Odio admitir esto, me hace parecer un poco desalmado, y no quería parecer demasiado fuerte, pero...

Se alejó, y yo lo observé hasta que finalmente comenzó a hablar de nuevo. —Para ser honesto, los pocos meses que pasé contigo fueron mucho más divertidos que cualquier tiempo que pasé con mi esposa —dijo.

Fruncí el ceño. Se alejó de mí, moviendo una silla para que pudiera sentarme. Me senté, mirándolo. —¿Qué quiere decir? —Le pregunté, cuando no dijo nada más.

—Amaba a mi esposa. Durante los pocos años de nuestro matrimonio, en cualquier caso —dijo

—. Ella era inteligente, y motivada, y sin ella, la compañía probablemente nunca habría despegado. Pero también era fría, y creo que en un momento, demasiado dentro de nuestro matrimonio, nos dimos cuenta de que habríamos estado mejor como socios de negocios que como marido y mujer.

Toqué su mano. —Lo siento.

Sacudió la cabeza, mirándome. Pasó saliva, y vi su nuez de Adán subir y bajar por su garganta. —Lo que intento decir, Ari, es que sí, la amé, pero de una manera diferente a como te amo a ti —dijo, y las palabras sonaron estranguladas en su garganta, pero también sonaron bien. Como se suponía que debían ser—. Te amo, Ari. Creo que he sabido que te amo desde el primer momento que te vi, pero no sabía cómo decírtelo todavía. Tenía miedo. Miedo de ser lastimado de nuevo. Miedo de no ser lo suficientemente bueno para ti. Miedo...

Lo corté, besándolo suavemente en los labios. Él me devolvió el beso, con su mano en mi nuca. Se alejó y su expresión se suavizó.

—No sé qué decir...

—No tienes que responder, Ari —dijo—. No tienes que decir nada. Entiendo si lo arruiné, y yo...

—No —dije, besándolo en los labios otra vez antes de alejarse—. Yo también te quiero.

Antes de que pudiera procesar lo que estaba haciendo, mis manos fueron a su camisa. Empecé a desabrochar sus botones. Lo hice con manos temblorosas, alejándome de él por un segundo para poder respirar. Le miré a los ojos y sonreí cuando vi su cara. Vio como terminé de desabrochar los botones de su pecho, y apreté mi mano con fuerza contra él.

Los músculos de su pecho estaban tensos, firmes. Lo sentí por un segundo antes de que me besara de nuevo, pasando sus dedos por mi pelo suavemente. Se alejó de mí, sonriendo. —No pensé que esto volvería a suceder.

—Yo tampoco.

—Me alegro de que sea así —dijo. Se puso de pie, y cuando lo hizo, me trajo con él. Lo hizo suavemente, con cuidado, esperando que yo lo alcanzara. Lo hice, y me puso el dedo bajo la barbilla e inclinó la cabeza hacia arriba para que yo estuviera de cara a él. Me besó en los labios otra vez. Sabía a sal, a especias, y cuando le besé, sentí que empezaba a perderme en su olor.

Sus manos cayeron lentamente hasta mi cintura. Me levantó la falda, y luego puso la punta de sus dedos en el elástico de mis panties. Los bajó, lentamente, besándome mientras se alejaba de mí. Ya estaba empapada, ya lo estaba esperando. Lo necesitaba. Lo necesitaba más de lo que nunca había necesitado nada más, a nadie más.

Me quejé. —¿Por qué?

Me sonrió. —Me has hecho esperar —dijo, con una sonrisa malvada en su cara—. Ahora te hago esperar.

—Eso no es justo —dije.

Se rió un poco. Me acercó a él otra vez, besándome con hambre. Nunca me soltó la cintura, las puntas de sus dedos se clavaron suavemente en mi piel a través de la tela de mi vestido. Prácticamente se metió en mí, rítmicamente, aunque todavía llevaba su ropa.

Gemí un poco cuando empezó a besarme el cuello. Colocó la mano sobre mis pechos, apretando mis pezones incluso a través del vestido. Yo gemía, masilla en sus manos, insegura de lo que debía hacer, cuánto tiempo debía esperar, hasta que finalmente comenzó a desabrocharse los jeans. Con prisas, le ayudé. Pasé mis dedos por las trabillas del cinturón, le bajé los vaqueros y le besé apasionadamente en los labios hasta que sentí que ninguno de los dos podía respirar.

Se alejó de mí, se mordió el labio inferior y asintió con la cabeza. Yo asentí con la cabeza

junto con él. No podía esperar más; no quería hacerlo. Me agarró por la cintura, me levantó en el aire y me sostuvo el trasero contra la mesa del comedor. Me cogió como si no pesara nada, hasta que yo estaba gritando, retorciéndome contra él, metiendo mi propio cuerpo en el suyo, gritando su nombre, gritando mis nombres, gritando palabras que no podía entender.

Bajó su mano y jugó con mi clítoris mientras me clavaba su polla en lo más profundo de mi cuerpo, y sentí que mi espalda se arqueaba y mis músculos se tensaban y apretaban mientras empezaba a alcanzar mi pico. Presioné mi cuerpo contra el suyo, y él gimió mi nombre suavemente en mi oído.

—Ari —dijo—. Joder, Ari, estás muy tensa.

Como si necesitara algo más. Estaba llegando, y llegaba entre sus brazos, y seguía gritando su nombre, y él terminaba dentro de mí, podía sentirlo porque temblaba, y gritaba mi nombre otra vez, sólo que esta vez era incoherente, y yo también era incoherente, y por un segundo, estuvimos allí, juntos, ninguno de los dos pudimos hacer nada más que seguir jadeando para después respirar tan largo como pudimos.

EPÍLOGO

DOS AÑOS DESPUÉS

Oscar

—Por favor —le dije a mis hijas—. Dejen de correr.

Estábamos en una suite de hotel que era ridículamente grande, y había tanto espacio que temía no poder vigilarlas. Iban a desaparecer en el pasillo pronto, una vez más, y entonces ambas podrían resultar gravemente heridas.

Tatiana era una niña responsable, pero era sólo una niña, y Amy era sólo una niña pequeña. A diferencia de Tatiana, que había sido tímida y feliz de jugar con sus juguetes y poco más cuando tenía más o menos la edad de Amy, su hermana pequeña insistía en meterse en tantos problemas como fuera posible. Tati la cuidaría, pero entonces, Tati sería fácilmente guiada por la bebé. Las había encontrado riéndose mientras hurgaban en las cosas antes, y aunque no podía evitar encontrarlo entrañable, Ari estaba mucho más paranoica acerca de que las dos se lastimaran.

Ponía los ojos en blanco y me llamaba el típico padre. Y lo era. Había aprendido a serlo. Todo por ella.

Tatiana me miró y se rió, sacudiéndome de mis pensamientos. Eso hizo reír a Amy. Puse los ojos en blanco. —En serio, te vas a lastimar —dije—. ¿Puedes quedarte quieta un rato?

—¿Dónde está mamá? —Tatiana dijo, mirándome a mí. —Pensé que nos estábamos arreglando con ella.

—Sí, ese sigue siendo el plan, ella sólo... —Sonreí, mi mirada se deslizó entre ellos—. Sólo quería un momento mientras se preparaba. Es un día agitado, además quería ir con ustedes.

—Bien —respondió Tatiana—. ¿Puedo peinar a Amy?

—Absolutamente no —dije, mirándola mientras empezaba a tomar el cabello sorprendentemente largo de mi hija menor y a rizarlo. Era una bebé de naturaleza dulce, a Amy no parecía importarle demasiado—. Alguien más va a hacerlo.

—¿Realmente conseguimos vestidos a juego?

—Por supuesto que sí —respondí. Me arrodillé, porque todavía estaba usando mi pijama, y no me había puesto el esmoquin todavía. Acaricié la mejilla de Amy, y luego miré a Tatiana—. ¿Te acuerdas? Tú los elegiste. Te gustaba el color. Ambas lo hicieron.

—¡Púpua! —Amy exclamó, agitando sus pequeños brazos—. Me gusta el púpua.

—A mí también me gusta el púpura, nena —dije—. Creo que te vas a ver increíble.

Ella sonrió, arrojando sus brazos a mi alrededor.

No oí los pasos que venían hacia mí, ya que todavía estaba hablando con los dos. Pero cuando levanté la vista, no pude dejar de jadear. Allí estaba ella. Justo delante de mí, mi futura esposa, y se veía impresionante.

Aún no llevaba su vestido, pero ya se había maquillado y su largo pelo castaño estaba apartado de su cara. Me burlé un poco.

—¿Qué? —preguntó, mordiéndose el labio inferior.

—Es simplemente molesto —respondí—. No deberías estar cada día más guapa. No puedo seguirte el ritmo.

Caminó hacia mí, cerrando el espacio entre nosotros, y puso su mano sobre mi estómago. Sus ojos se agitaron antes de hablar. —Sigues el ritmo —dijo—. Siempre lo haces.

Me reí. —Pensé que no debía ver a la novia antes de la boda.

—No deberías —dijo—. Pero pensé que te darían una excusa porque aún no llevo mi vestido.

—Estoy seguro de que estarás impresionante.

—Más vale que sí, ese vestido costaba como cinco mil dólares —respondió en voz baja.

Me reí. —Valió cada centavo —dije—. Podrías haber ido a por algo más caro.

—Cálmate, Johnny Rockefeller —dijo, sonriéndome y besándome en los labios—. Eso es mucho para gastar en un vestido. No quiero usar tu dinero.

—Es nuestro dinero —dije—. Nuestro. —¿Cuándo te acostumbrarás a eso?

—Un día —respondió ella, sonriéndome—. Aunque mayormente usé el dinero que conseguí en el divorcio. Pensé que había algo poético en usar eso para nuestra boda.

—Puedo entenderlo totalmente —dije, mirando a las niñas, que parecían entretenerse—. ¿Por qué estás aquí, en serio?

—Porque estoy nerviosa —respondió ella, mirando hacia abajo—. Muy nerviosa.

—Yo también estoy nervioso, Ari, yo...

—No —dijo, sacudiendo la cabeza—. Hay algo que no te he dicho.

—¿Oh?

—Quería esperar hasta la boda, y yo...

—¿Qué? —Pregunté, preocupado, porque estaba pálida. Preocupada. Sacudió la cabeza, luego me tomó la mano y se la puso en el estómago.

—Pensé en hacerlo después —dijo—. Pero luego decidí que no quería ocultártelo. Deberías ser tan feliz como yo lo soy hoy.

—Tú estás...

—Sí —dijo—. Sí —dijo ella, sonriéndome a mí.

Sentí las lágrimas brotar de mis ojos, pero me dije a mí mismo que no llorara. Me dije a mí mismo que no fuera ridículo. Coloqué mi brazo alrededor de su cintura, la acerqué a mí y sonreí.

—Te amo —dije—. No puedo esperar a casarme contigo.

—Yo también te quiero —respondió—. Y tampoco puedo esperar a casarme contigo.

Me alejé de ella, y ella ladeó la cabeza.

—Tengo que ir a ponerme ese vestido —dijo, y luego se mordió el labio inferior otra vez—. ¿Y, Oscar?

—¿Si?

Dejó caer su voz en un susurro. —No hay manera de que yo sepa esto realmente, pero siento que es un niño.

EL FIN

¡Si te gusta esta historia, ven y únete a mi lista de correo para una HISTORIA SEXY GRATUITA! Está llena de historias sexys llenas de romance como esta, gratuitas y con avances. No oirás de mí muy a menudo, sólo cuando tenga cosas divertidas y picantes que compartir.

No querrás perdértelo, y todo lo que se necesita son un par de clics.

LEE EL SIGUIENTE LIBRO DE LA SERIE



GUARDIA

de

MI CORAZÓN

RITMO CARDÍACO



LARISSA DE SILVA

LEER GUARDIA MI CORAZÓN

Debridamiento (n):

1. El acto de retirar objetos extraños o tejido dañado de una herida.

2. El acto de limpiar cada rastro de Misha Ivanov de su corazón.

La Dra. Billie Hodges sabe todo lo que hay que saber para cortar el tejido dañado.

Eso es lo que haces cuando un hombre te rompe el corazón.

Y lo único que podía hacer con los pedazos de ella que pertenecían a Misha era extirparlos, tirarlos y dejarlos atrás en un pasado distante que preferiría olvidar.

Lástima que Misha Ivanov sea inolvidable.

1,80 m., brazos esculpidos retorciéndose con tatuajes negros de pecado. Ojos que no han cambiado desde que era un niño, profundos y penetrantes.

Un cuerpo que ha cambiado demasiado, pura gracia bestial tonificada... hasta que Billie no pueda ignorarlo.

No puede ignorar sus sentimientos. No puede ignorar que el peligro que él trae es tan cautivador como aterrador.

Ese es el problema con las emociones. Con los corazones.

Los cortan y vuelven a crecer.

Y lo que crece entre Billie y Misha podría destruirla, si los problemas que surgen de su pasado no lo hacen primero. Con algo más que su amor en juego... ¿Puede Billie confiar en Misha para proteger su corazón?

LEE GUARDIA MI CORAZÓN AHORA

GUARDIA DE MI CORAZÓN

AVANCE

CAPÍTULO UNO

2008

Billie

No creía que el hombre de aspecto perfecto existiera. Sabía que no existía. Sin embargo, levanté la vista de mis deberes y allí estaba, fuera de mi ventana, trabajando. No llevaba camisa, y sus abdominales estaban cincelados, y aunque su pelo se le metía en la cara, no quería nada más que ir allí y besarle.

No hice nada de eso. Lo miré, lo saludé y esperé que me devolviera el saludo. Nos conocíamos desde niños, y él siempre fue amable conmigo. Se había ido durante el verano, y cuando volvió, se había hecho alto, su espalda se había ensanchado, y de repente tenía definición en sus abdominales. Lo recordaba como el niño malhumorado con cinturones de tachas y las camisas de manga larga debajo de las blancas sueltas. Ahora parecía que apenas salía de casa, y cuando lo hacía, siempre llevaba pantalones cortos cargo y poco más. Parecía que sólo salía de casa para hacer trabajo de campo, y aunque fuimos juntos a la escuela, ya no lo vi más.

No había ninguna valla entre nuestras casas, lo único que las dividía eran unos robles dispersos entre los límites de la propiedad. Habíamos plantado algunos juntos, cuando apenas éramos más altos que las rodillas de nuestros padres.

Así era nuestra relación. Habíamos estado muy unidos. Habíamos crecido juntos, a un tiro de piedra del otro.

Cuando éramos más jóvenes, antes del verano, solía acompañarme a la escuela. Pasaba las tardes en mi casa, y hablábamos y jugábamos, y hacíamos los deberes juntos. Nunca se sintió de otra manera que como debería haber sido, así que cuando dejó de venir, las cosas se sintieron mal. Se sentían mal.

Nuestro primer beso había ocurrido hace unos pocos veranos, también, y había sido tan breve, y tan tonto. Me había preguntado si quería intentarlo, si quería ver lo que se sentía. No había sido mágico. Había sido práctico, científico, divertido.

Y luego no lo habíamos vuelto a hacer, y todo había estado bien. Nunca habíamos hablado de ello. Lo intentamos, y nunca afectó nuestra amistad. Éramos niños y pasábamos por un momento extraño de nuestra vida juntos.

Pero siempre fuimos parte de la vida del otro. Eso era una certeza.

Después del verano, cuando dejó de venir, fue cuando las cosas empezaron a sentirse tan raras.

Y en ese momento, ni siquiera me estaba saludando. Me estaba ignorando, dándome la espalda, y yo no podía evitar estar furiosa. Aunque no me hubiera visto, normalmente me saludaba, me buscaba. Sabía que no podría volver a mis deberes antes de aclarar las cosas con él, porque no

iba a ser capaz de concentrarme. Necesitaba que me dijera cómo le había ofendido, o qué diablos había pasado durante el verano que le había hecho sentir que era mucho mejor que yo.

Me levanté, salí por la puerta lateral de mi casa, me salté los dos pasos de la entrada trasera y me acerqué a donde estaba él, con los puños a los lados. Se alejó de mí hasta que prácticamente tuve que correr para alcanzarle, mis chanclas se movían bajo mis pies. Sus piernas eran más largas que las mías, y sabía que estaba tratando de conseguir estar lejos de mí. Fingía no oírme y yo no quería gritarle. No quería tener que exigir su atención.

Cuando finalmente llegué a donde estaba, puse una mano en su hombro y él levantó su cuello para mirarme. Sus ojos azul claro, que parecían crecer cada año, se estrecharon. Se quitó los auriculares de los oídos rápidamente, lo suficientemente rápido como para que pareciera que le dolía. —¿Qué quieres, Cicatriz?

Levanté las cejas, tocando mi barbilla, donde estaba mi cicatriz. Él también había estado allí para eso, y sabía lo devastada que estaba cuando el corte no parecía desvanecerse. Ya no se me consideraba una chica particularmente guapa, y la cicatriz se sentía como si fuera la sentencia de muerte de cualquier belleza potencial que pudiera poseer más tarde. —¿En serio? ¿Cicatriz?

—¿Qué quieres? —repitió, mirándome de arriba a abajo.

—Quiero saber qué diablos te pasa —le dije con los dientes apretados. No quería llorar, pero mis sentimientos estaban heridos. Incliné la cabeza hacia atrás para que no pudiera ver mis lágrimas y me aclaré la garganta para que pudiera mantener la voz. —Por qué no puedes ni siquiera saludarme.

Se arrugó la nariz, se rizó el labio superior y reveló un diente. Sus auriculares colgaban alrededor de su cuello. —¿Por qué necesitas que te salude? —preguntó.

—¿Qué quieres decir? —Pregunté, lloriqueando a pesar de mí. Intentaba mantener la cabeza en alto, pero estaba disgustada, a pesar de mí misma.

—¿Por qué necesitas que te salude? —preguntó de nuevo, esta vez con los dientes apretados.

—¿Qué quieres decir con que necesito que me saludes? —Me escuché a mí mismo preguntando. Las palabras sonaban extrañas en mis propios oídos. Había incredulidad allí. No estaba segura de cómo se suponía que debía sentirme al respecto, y el odio que salía de su boca, y la forma en que me miraba... todo me desequilibraba. Me estaba haciendo sentir náuseas. Quería preguntar más, pero no me respondía. No iba a decirme nada. Venir aquí, pedirle una explicación, no había sido absolutamente inútil. Había sido una idea terrible. Él no quería tratar conmigo, y yo tenía que estar de acuerdo con eso.

Me sentí ridícula. No era un buen amigo, no lo había sido durante un tiempo, y no me debía una explicación. No me debía nada. Habíamos sido amigos una vez, pero ya no lo éramos. Lo había dejado muy claro.

No importaba lo que yo quisiera, por mucho que quisiera que fuéramos amigos. Habíamos sido tan cercanos una vez, y ahora...

Debo haberlo mirado demasiado tiempo, porque se burló de mí, sus ojos azules helados se veían aún más brillantes y claros a la luz del sol. Con su cara retorcida así, no se veía tan atractivo como desde mi ventana. —¿Por qué estás tan necesitada, Cicatriz? —preguntó.

Era mi turno de burlarme. No quería llorar; todavía estaba herida y no sabía si iba a ser capaz de detenerme. Sacudí la cabeza, consciente de que era poco probable que obtuviera una respuesta directa de él, y me preparé antes de volver a mi casa. Antes de que pudiera alejarme de él, me agarró la muñeca y me impidió seguir caminando.

Me eché atrás para mirarle, lista para darle un puñetazo en la cara. En algún momento, él había decidido que era demasiado bueno para mí, y fue entonces cuando me dije a mí misma que era

hora de dejar de preocuparme oficialmente. Tenía tantas preguntas sobre lo que había pasado, lo que le había hecho, sobre nuestra relación, pero con el insulto, y la forma en que me miraba, no quería tener nada que ver con él. Intenté apartar mi mano. —Suéltame —dije con los dientes apretados.

Se iluminó, su cara se acercó a la mía. Podía oler su loción para después de afeitarse, y su pasta de dientes de menta, y podía ver las pecas salpicadas en su nariz. Sus fosas nasales estaban ensanchadas. —Tienes que alejarte de mí —dijo—. Tienes que mantenerte alejada, Cicatriz. ¿Me oyes?

Lo miré con atención, y luego mi mirada se deslizó entre su mano en mi muñeca y su cara. —Te escuché —dije—. Lo comprendo. Te dejaré en paz, déjame ir.

Me agarró con fuerza. —Necesitas alejarte —dijo, su voz bajando a un susurro. —Nadie te quiere aquí. Yo no te quiero aquí, tus padres no te quieren aquí. No tienes otros amigos. Deberías huir, Billie. Huye y no vuelvas.

Me torcí el brazo para que me dejara ir. —¿Qué diablos te pasa? —Pregunté, sosteniendo mi mano sobre mi cuerpo. Sabía que se iba a magullar.

—Hablo en serio —escupió.

—Entiendo —respondí, frotando mi muñeca, tratando de ignorar las lágrimas que caían por mi cara. Estaba llorando, y no estaba segura, pero sentí que él se iba a alegrar por ello. —Hablas en serio. No te preocupes, te escucho alto y claro.

Abrió la boca para hablar, pero no dijo nada. Cerró la boca, se dio la vuelta y empezó a alejarse de mí otra vez. Quise gritar, pero no lo hice. No hice nada, no dije nada.

Volví a mi casa, con el corazón roto, e hice una nota mental para no volver a molestarlo.

2020

Me puse el pelo en un moño y me miré en el espejo. Sólo podía robar unos minutos aquí y allá entre pacientes, y parecer cansada nunca había sido un buen refuerzo de confianza para ninguno de ellos. Ya me veía demasiado joven, y los pacientes dudaban más en escuchar a una mujer joven. Me aseguré de tapar las ojeras con un poco de base y crema BB, y me limpié las puntas de los dedos con una toallita para bebés antes de tirarla al cubo de basura junto al fregadero.

Abrí la puerta del baño y, usando mi tableta, miré al siguiente paciente de mi lista. Su nombre, Eric Brown, no me resultaba familiar y parecía menor de edad. No sabía por qué estaba aquí en lugar de en un centro de atención sin cita previa o incluso en una sala de emergencias, y no sabía por qué no estaba viendo a su médico de atención primaria, el Dr. Milburn.

Miré su historia, pero parecía estar perfectamente sano. No había nada que indicara por qué podría estar allí. La enfermera le tomaba los signos vitales y yo no me retrasé en absoluto, lo cual era algo milagroso considerando el día que había tenido.

Llamé a la puerta y la abrí cuando oí una voz profunda que me decía que entrara. —Hola —dije mientras miraba a mi paciente, un chico alto que no me miraba. Llevaba una sudadera con capucha, y se desplomó en la silla, con los pies apuntando en direcciones completamente diferentes.

Apenas miró hacia arriba, así que me aclaré la garganta otra vez. —Hola, Eric —le dije, mirando la historia para asegurarme de que tenía su nombre correcto. —¿Están tus padres aquí?

Me miró entonces y dijo algo, pero no lo escuché en absoluto. Sus ojos eran azules, con un toque de verde. Nunca quise pensar en ello, pero por una fracción de segundo, la cara de Misha apareció en mi cerebro, y él era todo lo que podía ver. Sus brillantes ojos azules, sus rasgos infantiles, la forma en que la luz del sol iluminó su cabello oscuro. Cerré los ojos, respiré

profundamente y volví a mirar a mi paciente.

—Lo siento —dije, intentando hacer lo mejor por una sonrisa. —¿Dijiste que tus padres estaban aquí? No lo he oído.

Sacudí la cabeza. —No —dijo—. Y no pueden saber que estoy aquí. Doctora. Por eso no estoy viendo al Dr. Milford.

—Eric, esto va a estar en tu historial —dije—. Tus padres van a poder verlo si quieren.

Se encogió de hombros. —No miran realmente mi historial —respondió, y su voz temblaba ligeramente. Podía ver sus manos moviéndose nerviosamente, jugando con las cuerdas de su sudadera, rascando los herrajes plateados. —Sólo tienen que pensar que es una visita estándar. Por eso no podía ir al...

Se fue arrastrando. Asentí, agarré mi silla y la arrastré accidentalmente por el suelo para poder sentarme delante de él. —Dime por qué estás aquí, Eric.

Respiró profundamente antes de hablar. —Bien —dijo. Sonaba como si estuviera a punto de estallar en lágrimas, pero se enderezó y reunió sus pensamientos antes de hablar. Se agarró la capucha y me miró fijamente, un moretón gigante que ya se estaba formando alrededor de la cuenca de sus ojos. —Está bien.

Me habían entrenado para no acobardarme. Sabía que no debía mostrarle lo que realmente sentía.

—¿Qué ha pasado? —Yo pregunté.

Se encogió de hombros y luego dirigió su mirada hacia el suelo. —Me metí en una pelea —dijo cuando me quedé callado. Sabía que el interrogatorio no iba a darme los resultados que yo quería. Sólo iba a decirme lo que quería decirme. Me miró de nuevo, después de que yo no dijera nada, y casi sonrió, un poco inseguro. —Había más de ellos que de mí.

—Bien —dije—. ¿Cuándo ocurrió esto?

—Ayer —dijo—. De camino a casa desde la escuela.

—¿Presentaste una denuncia policial?

Sacudí la cabeza y luego gimió. —No —dijo—. Nada de policía.

—Tengo que animarte a presentar una denuncia policial —dije en voz baja. —Podrían ayudarte a hacer justicia.

Me miró, y por primera vez, sonaba absolutamente seguro. —No lo harán.

Pasé saliva. Sabía que no iba a ser capaz de convencerlo, así que seguí adelante. —Bien. Voy a necesitar que te desnudes, para poder examinarte bien. Puede que tengas que ir a la sala de emergencias, pero vamos a tratar de evitar eso. ¿Entiendes?

—Sí, lo entiendo.

Salí de la habitación. Fui con mi enfermera, que iba de camino a otro paciente. —Liz, ¿qué pasa con el paciente de la habitación tres?

Ella frunció el ceño. —Para ser honesta, Dra. Hodges, no estoy segura. Es un... chico tranquilo.

—No crees que esté en peligro, ¿verdad?

—No hay otros informes de lesiones en su historial —dijo—. Pero no se ve bien.

Asentí con la cabeza. —Sí, el hecho de que haya venido sin sus padres me preocupa mucho —dije—. Voy a tener que hacer una denuncia, pero él no quiere que la policía se involucre. Voy a respetar eso.

—Bien, gracias por hacérmelo saber, Dra. Hodges —dijo—. Asumo que la respuesta es no, pero tengo que preguntar. ¿Quiere que llame a sus padres o tutores?

—Absolutamente no —dijo—. Si hicieron esto, no quiero que interfieran en su charla con el trabajador social. Con suerte, el Centro de Protección a Menores puede enviar uno

inmediatamente.

Liz me miró fijamente y me dijo que aunque sólo tuviera 20 años más, tenía cien años más de experiencia que yo. —Sí, Doctora —respondió—. Llamaré a alguien por teléfono inmediatamente.

—Gracias, Liz —le dije, sonriéndole. La observé mientras se daba la vuelta y se dirigía hacia la zona de recepción.

Respiré profundamente y volví a la habitación. Había muy poco que pudiera hacer para que este chico resultara herido, y eso siempre era molesto. Llamé a la puerta y esperé unos segundos antes de que me dijera que entrara. Sentí que me había tomado demasiado tiempo.

—Voy a entrar, Eric —dije. Abrí la puerta y lo encontré en la camilla y tenía la sábana de modestia sobre él, con los ojos bien abiertos. Mis ojos se abrieron de par en par al ver las heridas en su cuello, en sus hombros, e incluso en sus antebrazos. Si había estado en una pelea, definitivamente había perdido. En el examen visual, parecía que estaba seriamente herido.

Me acerqué a él lentamente e hice lo posible por mostrarle una sonrisa. —Está bien —dije—. Dime exactamente lo que pasó.

Me miró fijamente. —Ya se lo he dicho, doctor —dijo—. Estaba caminando a casa desde la escuela y me asaltaron.

—Entiendo —dije—. Voy a examinarte ahora. Sólo dime si te lastimo demasiado, ¿de acuerdo?

Asintió con la cabeza. Me acerqué a él. No podía oler nada en él excepto el sudor. Empecé a examinarlo, y aunque apretó los dientes, nunca se quejó. Incluso cuando estaba claro que tenía un poco de dolor. Nunca hizo un gesto de dolor, nunca me dijo que me detuviera. Estaba claramente acostumbrado al dolor, y eso me preocupaba.

Cuando terminé, estaba razonablemente segura de que no tenía ningún hueso roto, pero incluso si le hubiera presionado para ir a hacerse una radiografía, sabía que no lo habría hecho. Era joven y se curaría.

Al menos su cuerpo lo haría.

Le pregunté si quería una incapacidad, porque tenía que hacerlo, pero inmediatamente dijo que no. Me excusé con una sonrisa, y decidí que necesitaba tomar un poco de aire fresco.

La medicina de familia fue mi primera opción, y fue en parte porque raramente vi casos como este, donde alguien estaba tan... destruido. La medicina de la sala de emergencias había sido mi primera opción, pero era demasiado, demasiado intensa.

Quería ayudar a las familias. Quería contribuir al bienestar de la gente.

Y no sabía cómo podía contribuir al bienestar de Eric Brown. Era sólo un niño. Un chico que no se merecía a nadie saltando sobre él, si eso fue lo que pasó, aunque parecía que podía superar a cualquiera en la calle. Sabía que era mucho más probable estadísticamente que fuera alguien cercano a él; un compañero, o peor, sus propios padres. La idea me hizo estremecer.

Aunque era un día cálido y soleado, sentí un escalofrío corriendo por mis venas, filtrándose en mis huesos.

—Adelante, vístete, Eric —dije—. Te voy a dar una receta para un medicamento, pero sólo necesito salir un momento. No te muevas, ya vuelvo.

Salí de la habitación, y luego afuera, tratando de sentir el cálido sol sobre mí. Necesitaba el aire fresco. Necesitaba salir, aunque fuera sólo por un segundo, para poder ordenar mis pensamientos.

La práctica familiar era mucho menos intensa que la sala de emergencias, pero claramente aún podía llegar hasta mí. Me apoyé en la pared y miré los bancos cerca de la acera. El día era tranquilo y hermoso, y lo único que podía oír, aparte de los coches de la calle, era el gorjeo de los pájaros.

Me di cuenta de que me resultaba vagamente familiar, aunque no pude ver cómo. Llevaba el uniforme negro con rayas blancas con el que me había familiarizado tanto, pero no me resultaba nada familiar.

Los otros guardias de seguridad eran hombres mayores, más pequeños y amables que sólo necesitaban ganarse un sueldo para su familia. Este hombre, parecía un guardaespaldas de una película, aunque sólo podía ver su perfil.

Volvió su cara y nuestras miradas se encontraron. Un escalofrío bajó por mi columna vertebral de nuevo. Tuve que forzarme a sonreírle mientras me esforzaba por colocar su cara. Estaba en la sombra, y llevaba gafas que oscurecían aún más sus rasgos. Tal vez había sido mi paciente. Yo tenía cientos de ellos y tendría sentido que no lo recordara.

No sonrió. Asintió con la cabeza, y luego se volvió para mirar los bancos, como si fueran lo más interesante del mundo. Respiré profundamente otra vez, llenando mis pulmones de aire, y luego me di la vuelta.

Yo también tuve que volver al trabajo.

LEE GUARDIA DE MI CORAZÓN AHORA

Si te gustó este libro, tal vez puedan gustarte

Presente perfecto

La bella y el barón

Guardia mi corazón

El Dr. Bully y la chica secreta

El Dr. Mejor amigo de mi hermano

También puede gustarte esta serie, de Larissa De Silva

El proceso de curación (Los fantasmas de Thornbridge)